

12
9

CIÓN G



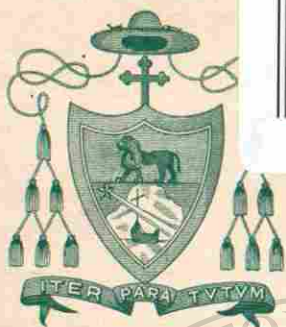
PQ6512

.C149

C3

C.1

10397

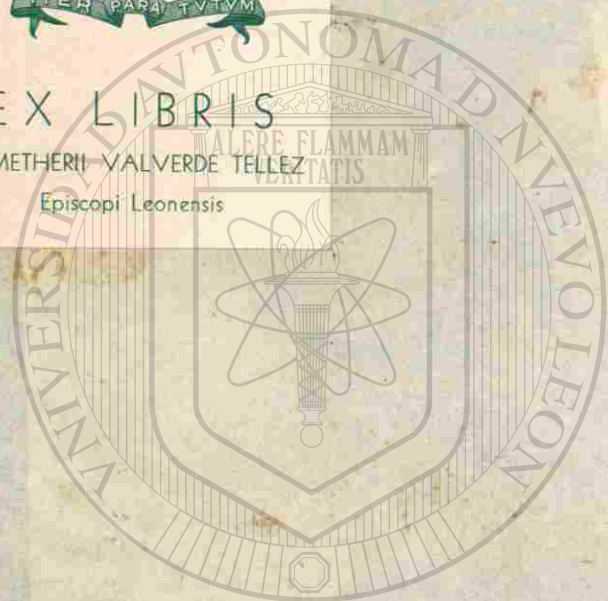


1080021959

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

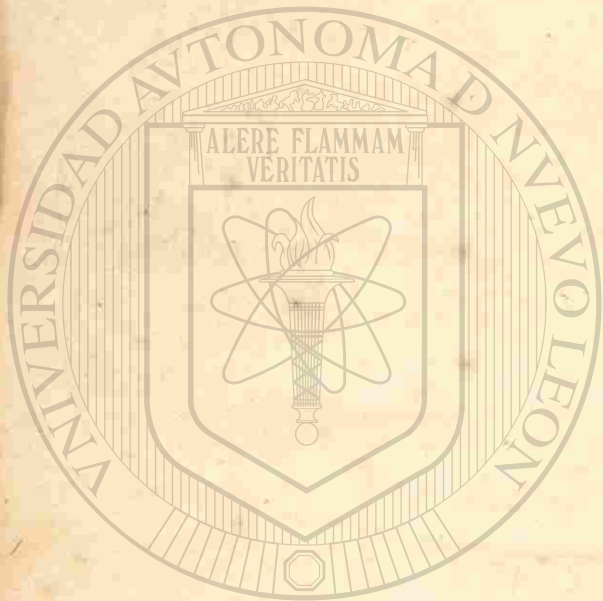


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CAMPANA DE HUESCA

CRÓNICA DEL SIGLO XIX

1813-1820

San Esteban de Gaxiola del Cardal

U A N L

LA CAMPANA DE HUESCA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CAMPANA DE HUESCA.

CRONICA DEL SIGLO XII.

DADA A LUZ

Don Antonio Canobas del Castillo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Verde y Toluca
Biblioteca Universitaria

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE RAFAEL RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

1854.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES
46674

PR 6512

C 149

C 3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

— 2 —

...adobados, y lo largo del
...La puerta de Huesca está allí situada
...a un edificio convento de monjas allí está
...bien la torre ochavada donde las caperas de
...los muros se tornaron tan finas cam-
...para, repada en altura, mas no disminuía
...la similitud de su arquitectura; San
...Pedro el de la Cruz de los Angeles, tan en-
...ta todavía al través de ocho siglos, tan en-
...to como si no lo fuera; y al lado se levanta
...todavía remanentes las torres de Mont-
...alguno apuntadas en fortaleza con las

AL LECTOR.

O RILLAS del Isuela hallé esta crónica, en aquellas huertas cargadas de árboles frutales, vestidas de flores silvestres, que descansan las bardas de sus cercas en sillares del antiguo muro de Huesca.

¡ Sombría historia para hallada en tan apacible lugar !

Pero si de las huertas se apartan los ojos, y en la ciudad se fijan, bien comprenden al punto que allí vivieron don Ramiro y doña Inés; el rey monje, y la reina ni doncella, ni esposa, ni viuda. Aun quedan en pie algunas de las noventa y nueve torres del muro, oscuras unas y fatídicas, risueñas otras y esbeltas, con el disfraz de miradores ó azoteas

010397

cuidadosamente blanqueadas, á lo largo del coso. La puerta *Desircata* está allí arrimada á un gótico convento de monjas; allí está tambien la torre ochavada donde las cabezas de los ricoshombres formaron tan funesta campana, rebajada en altura, mas no disminuida la siniestra severidad de su arquitectura; San Pedro, el que era viejo en el siglo XI, se muestra todavía al través de ocho siglos, tan entero como si no lo fuera; y al lejos se levantan todavía amenazadoras las torres de Mont-Aragon apostándose en fortaleza con las vecinas montañas donde fué el salto de Roldan. Ciudad lóbrega y triste para los que solo buscan el placer de los ojos; agradable para los que prefieren la meditacion y el silencio, para los que gustan de ver las tumbas de los héroes, y de visitar los lugares donde acontecieron las altas hazañas; para los que viven con la memoria, para los que sienten el amor de lo antiguo.

Sin duda esta crónica que doy á luz, nació dentro de Huesca, y mano descuidada la dejó perdida en las alamedas del Isuela.

Que el rey don Ramiro era tal como aquí se muestra, lo dicen los libros viejos y el romancero, y aun la crítica sábia de los tiempos modernos no le considera de otro modo, por

mas que niegue mucho de lo que se le atribuya, y le atribuya cosas que nunca se dijeron de él hasta ahora. Desgracia fué que un poeta como el autor del *Rey Monje* le retratará de otra suerte; porque su drama, puesto en competencia con los indigestos cronicones, podrá siempre mas que ellos, y con razon preferirá todo el mundo tales versos á tal verdad. Pero no será culpa del cronista que se dió á inquirirla, y que no pensó sino en presentar, puesto que en esbozo, la figura histórica de don Ramiro el Monje.

De doña Inés y Castana hablan tambien los libros viejos, aunque no dan noticia alguna sobre su carácter y calidades. Mas tales como el cronista las dibuja, se hallan todavía mujeres en Huesca, de modo que no hay mas que tener por cierto el retrato que de éstas hace. Muchas bellas pasean aun los dias festivos por el campo glorioso del Alcoraz, lánguidas y ensibiles como doña Inés, alegres y bulliciosas como Castana.

¡Lástima que las dos no pudieran ser reinas! Mas con no serlo es harto mas de envidiar la suerte de Castana, que la suerte de doña Inés.

Aznar tambien ha existido, y si anduvo entre los almogávares, como cuenta la crónica,

bien pudo ser como en ella se le pinta, y á nadie parecerán exagerados sus hechos, que haya registrado las páginas de Muntaner y Desclot y Moncada.

Por conclusion.—Lo que parece de este libreo es que está escrito con sobra de precipitacion, y que no se ha empleado un mes siquiera en acopiar las noticias, pensar sobre los hechos y escribirlos, y dar la obra á la estampa. Bien puede servir de alguna disculpa á lo pobre de los conceptos y á lo incorrecto del estilo.



CAPITULO PRIMERO.

Que trata de una famosa ceremonia que se celebró en Huesca en el dozavo siglo de nuestra era.

....et que se levante Rey en sedeylla de Roma ó de arzobispo ó de obispo, et que sea areido la noche en su vigilia et oya su missa en la iglesia....eto.

FUBRO DE SOBRARVE.

Si no miente el buen muzárabe que nos dejó escrito en sendos pergaminos de los que ahora llamamos palimpsestos, la peregrina historia que comenzamos á narrar en este punto, fué grande el júbilo con que los honrados burgueses de Huesca dejaron sus aposentos y salieron á inundar calles y plazas en uno de los mejores dias de Diciembre del año de 1134 de nuestra era.

bien pudo ser como en ella se le pinta, y á nadie parecerán exagerados sus hechos, que haya registrado las páginas de Muntaner y Desclot y Moncada.

Por conclusion.—Lo que parece de este libreo es que está escrito con sobra de precipitacion, y que no se ha empleado un mes siquiera en acopiar las noticias, pensar sobre los hechos y escribirlos, y dar la obra á la estampa. Bien puede servir de alguna disculpa á lo pobre de los conceptos y á lo incorrecto del estilo.



CAPITULO PRIMERO.

Que trata de una famosa ceremonia que se celebró en Huesca en el dozavo siglo de nuestra era.

....et que se levante Rey en sedeylla de Roma ó de arzobispo ó de obispo, et que sea areido la noche en su vigilia et oya su missa en la iglesia....eto.

FUBRO DE SOBRARVE.

Si no miente el buen muzárabe que nos dejó escrito en sendos pergaminos de los que ahora llamamos palimpsestos, la peregrina historia que comenzamos á narrar en este punto, fué grande el júbilo con que los honrados burgueses de Huesca dejaron sus aposentos y salieron á inundar calles y plazas en uno de los mejores dias de Diciembre del año de 1134 de nuestra era.

El sol ardiente aquel día, como en uno de los rigurosos de estío, dejaba entender que no andaban lejanas las nubes; mas en tanto su luz vivísima embellecía, según el cronista, el más maravilloso de los espectáculos.

Que fuera todo júbilo en Huesca, es cosa en que bien pudo equivocarse el buen muzárabe; porque no siempre son de él claras señales las galas de las personas y la algazara de los labios, y el correr de los unos y el gritar de los otros, y el eco sordo é indefinible de la muchedumbre que se pone en movimiento.

Señales son que antes indican curiosidad que júbilo, puesto que lo propio se notan el día de la coronación de un rey, que aquel en que se ejecuta una sentencia de muerte, como el reo sea notable por sus crímenes.

Pero en cuanto á lo maravilloso del espectáculo, no hay más sino dar al cronista entero crédito, como que él cuenta lo que vió, aunque viejo, por sus propios ojos, y tocó con sus trémulas manos.

No hay dudar en que aquel día todas las casas de Huesca se miraban engalanadas con cortinas de varios colores y con ramos de flores recién cortadas; que las calles estaban alfombradas con juncias y siemprevivas, y con arcos á mucha altura levantados, compuestos en ramas de álamo y ciprés, arrancados con los sotos del Isuela.

Los villanos de la famosa hoya de Huesca acudían á las puertas de la muralla de tierra que á la sazón cercaba todavía los arrabales, y reuniéndose

en ella con los cultos oscenses, que al propio tiempo desocupaban sus casas, agolpábanse en tumulto á los robustos arcos flanqueados por altas y fortísimas torres que daban entrada á lo interior de la ciudad. Veíanse en aquella gran multitud los más diversos y extraños trajes; allí los caballeros ricamente aderezados y montados en hermosos caballos; allí los ciudadanos y gente común con sus ropas de abigarrados colores y caprichosos adornos; allí los muzárabes vestidos todavía como sus abuelos los godos; allí los moros recién conquistados con sus resplandecientes albornoces y turbantes, y el de la mesnada cargado de hierro y el almogávar que bajaba acaso por primera vez de la montaña con sus dos dardos y corta espada, y su piel de toro atada á la cintura, y su largo capuchón de malla, y sus tóscas abarcas de cuero, desnudo el pecho y los brazos y piernas, mirando con más desprecio que admiración las ricas telas ó el limpio metal que las demás venían ostentando.

—¿Adónde vamos, Fortuñon? preguntó uno de estos almogávares á otro de harta más edad que él, con quien caminaba emparejado.

—A la *Misleida*, respondió.

—¿*Misleida*! No he oído nunca mentar eso, Fortuñon.

—Ni es de extrañar, Aznar amigo, que tanto ignores. En verdad que tú debías ser muy niño cuando nosotros peleamos uno contra veinte en aquella llanura que al frente miras, la cual es nombrada del Alcoraz. Pues sábete que de resultas de aque-

lla jornada, la mas sangrienta que hayan visto los nacidos, se nos rindió esta ciudad, tan fuerte como la ves, con esas noventa y nueve torres, que son casi tan altas como nuestras montañas.

—Pero ¿y la *Misleida*, Fortuñon? repuso el otro almogávar, que no debia ser hombre de gran espera.

—Paso, hijo mio, paso, contestó Fortuñon; á vosotros los jóvenes os cuesta envidia que los viejos nos paremos un poco allí donde recordamos nuestras hazañas. La *Misleida* era la iglesia principal de aquellos perros infieles que ocupaban esta ciudad hermosa. Mirala, Aznar, mira esta ciudad y considera cuánto dolor seria que aun estuviere en poder de aquel perro de Abd-er-rahman y de sus malditos vasallos.

—Sois prolijo, Fortuñon; decid, si os place, por qué hemos de ir á esa condenada mezquita de moros, y no á la iglesia de los cristianos, donde hoy se celebra la jura y coronacion del buen rey don Ramiro, pues eso y no otra cosa pregunto.

—; Qué sabes tú de buenos reyes! replicó Fortuñon con acento un poco dolorido; cabalmente vamos allá á la *Misleida*, á ver la jura y coronacion de don Ramiro, porque has de saber que el rey don Pedro (¡aquel sí que era buen rey, Aznar!) convirtió la gran mezquita de los moros en santa catedral de cristianos.

Y á tiempo dijo esto Fortuñon, que llegaban entrambos á la estrecha plaza en donde se levantaba la rica *Misleida*, querida y venerada de los moros

á la par de las grandes mezquitas de Córdoba y de la Meca, y á la sazón tenida de los cristianos por uno de los mejores templos consagrados al culto del Dios verdadero.

En la plaza era innumerable el gentío, y las puertas del templo se miraban ocupadas de tal suerte, que no parecia posible hallar entrada.

Fortuñon y Aznar lograron, sin embargo, abrirse camino por en medio del gentío y por entre las numerosas columnas árabes del templo que no parecia sino un bosque simétricamente plantado. Lo extraño de su continente y lo espantoso de sus armas y postura, al propio tiempo que la fama de ásperos y violentos que alcanzaban los almogávares, impulsaba á los pacíficos burgueses á apartarse cuando veian llegar á los dos camaradas, y de esta suerte lograron cosa que á tales horas no era posible que otros lograsen.

La ceremonia andaba ya bien comenzada. El nuevo rey don Ramiro, despues de haber velado las armas toda la noche, segun ordenaba la ley del Fuego, habia oido misa y comulgado, ofreciendo ante el altar púrpura y oro en monedas, las primeras batidas en su reinado.

En aquel momento la comitiva, compuesta de muchos prelados y caballeros, estaba puesta delante del altar mayor.

Ocho ricoshombres de los mejores del reino alzaban sobre su largo pavés á don Ramiro, gritando al propio tiempo muy esforzadamente:

—*Real, Real, Real.*

Los circunstantes repitieron todas tres veces el grito, y entonces el rey, desde lo alto del pavés, arrojó á la muchedumbre copia de monedas nuevas, que podrian valer hasta cien sueldos.

Luego pusieron el pavés en tierra los ricoshombres, y el rey se llegó por sí propio al altar donde estaba la espada y la corona, y se ciñó una y otra por sí mismo, como en señal de que nadie del mundo tenia derecho sobre él para ponerle ó quitarle los atributos de la majestad.

Aquí cuenta el cronista que don Ramiro anduvo un tanto torpe en el ceñir de la espada, como hombre que no acostumbraba á ceñirla; bien es que si hubiéramos de dar entero crédito á su manuscrito, en toda la ceremonia se mostró el rey como embarazado y con menos majestad que convenia.

Pero ello es que puesta la espada y corona, se encaminó el rey á un tablado puesto á mano derecha del altar, y ricamente forrado de tela de seda con las armas de Aragon aquí y allí bordadas. Encima del tablado habia una silla de ébano, con primorosas labores de nácar y marfil, y aun de oro y piedras preciosas en algunos lugares, en la cual el rey se asentó y aguardó á que llegase el reino á tomarle juramento.

Subió primero el arzobispo de Zaragoza acompañado de otros dos prelados, y poniéndole delante la cruz y los santos Evangelios, le dijo:

—¿Jurais ser fiel á la santa Iglesia católica y obediente á sus príncipes y prelados?

—Sí juro, respondió el rey.

—¿Jurais respetar las decisiones de la Iglesia en sus concilios y las sentencias de los Santos padres en todo lo que atañe al dogma y á la interna y esterna disciplina?

—Sí juro, volvió á responder el rey.

—Pues si eso haceis, concluyó el prelado, Dios os lo premie, y si no, os lo demande; que si os lo demandará así en esta vida como en la otra.

Bajó el arzobispo del tablado y subieron tres ricoshombres que fueron Roldan, Gil de Atrosillo y Garcia de Vidaura; y el primero de estos, presentándole tambien la cruz y los santos Evangelios, habló al rey de esta suerte:

—¿Jurais respetar los fueros y privilegios que nosotros los ricoshombres del reino disfrutamos desde *ab initio*, por la gracia de Dios y por nuestros merecimientos en paz y en guerra?

—Sí juro, respondió el rey.

—¿Jurais devolver á todos y cada uno de nosotros los castillos y lugares de que injustamente estamos desposeidos por vuestros predecesores?

—Sí juro, dijo de nuevo el rey.

Pues si eso cumplís, repuso Roldan, conservaréis el reino eternamente, y si no, lo perderéis en justo castigo de vuestro perjurio.

El cronista dice que al sonar estas últimas palabras se sintió un rumor entre el pueblo, que por lo confuso no parecia claramente si era de aprobacion ó de reprobacion; y aunque mas indicaba ésta que no aquella, con todo, no le fué dado averiguarlo, porque como muzárabe que era, no estaba muy al

corriente en las costumbres y usanzas de los conquistadores aragoneses.

No bien acabó el juramento del rey á los vasallos, comenzó el de los vasallos al rey, que fué por tal manera: subiendo al tablado unos tras otros todos los arzobispos, y obispos, y abades, y todos los barones y ricoshombres, y allí jurando de guardarle el cuerpo y de ayudarle á mantener la tierra, el pueblo y los fueros. Y jurado esto, iban besando todos su mano en señal de obediencia y vasallaje.

Tal ceremonia se halla difusamente descrita en el manuscrito muzárabe que vamos siguiendo, con los nombres de los prelados, caballeros y diputados que se hallaron en ellas, y las riquezas y pompa que cada uno traía, y los colores y divisas de estos y aquellos, y otras tales menudencias, que ni son para tan exíguo librejo, ni mucho podrian importar á nuestros lectores.

No es de olvidar, sin embargo, que en los momentos de la jura de los brazos del reino, se soltaron por el techo de la iglesia multitud de papelicos de varios colores, donde se miraban escritas leyendas y trovas en el mal latin y peor romance que por entonces andaba en uso; costumbre esta de echar papelicos á la muchedumbre en fiestas de reyes no tan abandonada como debiera estarlo en nuestros dias.



CAPITULO II.

Donde se prosigue la materia del anterior, con un maravilloso suceso.

Por lo que no le respetan.
Por lo que le deacatan.

ROMANERO.

Así como hubo fin la coronacion y jura, el rey y su comitiva se encaminaron á la puerta principal del templo.

Allí fueron de ver los empujones, amenazas, y carreras, y los gemidos y maldiciones, en los que los piadosos burgueses de Huesca prorumpian al sentirse magullados estos, pisoteados los otros, traídos de acá para allá entre las oleadas de la muchedumbre anhelosa por ver á la luz del dia al nuevo

corriente en las costumbres y usanzas de los conquistadores aragoneses.

No bien acabó el juramento del rey á los vasallos, comenzó el de los vasallos al rey, que fué por tal manera: subiendo al tablado unos tras otros todos los arzobispos, y obispos, y abades, y todos los barones y ricoshombres, y allí jurando de guardarle el cuerpo y de ayudarle á mantener la tierra, el pueblo y los fueros. Y jurado esto, iban besando todos su mano en señal de obediencia y vasallaje.

Tal ceremonia se halla difusamente descrita en el manuscrito muzárabe que vamos siguiendo, con los nombres de los prelados, caballeros y diputados que se hallaron en ellas, y las riquezas y pompa que cada uno traía, y los colores y divisas de estos y aquellos, y otras tales menudencias, que ni son para tan exíguo librejo, ni mucho podrian importar á nuestros lectores.

No es de olvidar, sin embargo, que en los momentos de la jura de los brazos del reino, se soltaron por el techo de la iglesia multitud de papelicos de varios colores, donde se miraban escritas leyendas y trovas en el mal latin y peor romance que por entonces andaba en uso; costumbre esta de echar papelicos á la muchedumbre en fiestas de reyes no tan abandonada como debiera estarlo en nuestros dias.



CAPITULO II.

Donde se prosigue la materia del anterior, con un maravilloso suceso.

Por lo que no le respetan.
Por lo que le deacatan.

ROMANCEO.

Así como hubo fin la coronacion y jura, el rey y su comitiva se encaminaron á la puerta principal del templo.

Allí fueron de ver los empujones, amenazas, y carreras, y los gemidos y maldiciones, en los que los piadosos burgueses de Huesca prorumpian al sentirse magullados estos, pisoteados los otros, traídos de acá para allá entre las oleadas de la muchedumbre anhelosa por ver á la luz del dia al nuevo

rey, y por ponerse al paso de la solemne procesion con que la corte iba á encaminarse al alcázar.

Pero ¿á qué detenernos en estas cosas? A la verdad, los bullicios y algazaras no son de este ni de aquel tiempo, y si el buen muzárabe, que tanto cuidado ponía en contar estas cosas, resucitara en nuestros días, habia de verlos tales que olvidase aquellos antiquísimos en que él se encontró por su persona.

Lo que acaso merece que se diga es que aquellos dos almogávares, Fortuñon el uno, Aznar el otro, así como lograron entrar en la catedral y ponerse en buen lugar para verlo todo cuando ya la iglesia andaba llena de gente, así tambien no bien se puso en marcha la comitiva real, salieron y se colocaron muy á su sabor en sitio donde pudieran estar presentes á cuanto aconteciera.

En el atrio de la catedral, que estaba plantada de álamos blancos muy altos, paró la procesion, y montaron á caballo el rey y sus caballeros, y luego tomaron todos juntos el camino del alcázar:

Iban primero diversos bailes y danzas de los oficios de la ciudad.

Detras iban los bordonadores y tablajeros y justadores que habian de tomar parte en las fiestas de aquella tarde, montados en soberbios caballos con sus paramentos de oro y sedería.

A estos seguía el pendon real que traia en las manos don Miguel de Azlor, señor de Monzon, y de los principales del reino, y en pos de él asistian muchos caballeros y gentiles hombres de su casa.

Luego venia un gran castillo de madera donde iban ardiendo cinco cirios, el uno mayor que todos en medio y los otros cuatro en las esquinas.

Seguianse doce gentileshombres á pié con sendos blandones de cera ardiendo, y en ellos pintadas las armas reales.

Traia luego la espada del rey el almirante de Aragon don Sancho de Fontova, á quien acompañaban éste á un lado y aquel al otro dos ricoshombres de los mejores como en custodia.

Y por fin, llegó el rey don Ramiro vestido con la dalmática real, y el chapelete, y montado en un soberbio caballo blanco con paramentos de oro y terciopelo carmesi.

Cerraban la comitiva muchedumbre de barones y nobles, caballeros y escuderos, los síndicos y los jurados de las ciudades, y otros muchos hidalgos y gentileshombres; y por último, los arzobispos, obispos y abades del reino.

Pues cuenta la minuciosa crónica que seguimos, que de como vió llegar la procesion el buen Aznar el almogávar, comenzó á hablar con su compañero Fortuñon, que á fuer de viejo, bien conocia á todos los señores de la corte, demandándole el nombre, y condicion y empleo de cada cual de ellos.

—¿Quién es aquel viejo que va junto al que lleva la espada del rey? fué una de las preguntas.

—Aquel es, respondió Fortuñon, el buen Ferriz de Lizana; ¿qué decaido está!; Oh! si tú le hubieses conocido en sus buenos tiempos, allá cuando pe-

leamos en la llanura aquella, que ahora está á nuestra espalda, en la llanura del Alcoraz!

—Más es su cara de mal vasallo, que de buen soldado, Fortuñon; va mas soberbio que el rey. Mira con qué gesto clava sus ojos en los leales burgueses que se agolpan al paso del soberano.

—Siempre fué así Ferriz de Lizana; siempre se las disputó á los reyes en arrogancia.

—Bájárasela yo si lo fuera, dijo Aznar irritado.

—Tente, Aznar, hijo mio, tente; repuso Fortuñon. Eres ligero de cabeza, y eso ha de costarte mucha malaventura en esta vida.

—¡Malaventural replicó Aznar; en tanto que yo tenga tales dardos en el cinto, y tal espada ande en mis manos, y haya montañas por donde correr, darásame una higa de todos los señores del mundo.

Y al decir esto el almogávar dió una patada en el suelo; chocaron sus armas unas contra otras, y dejaron oír un son siniestro que espantó á los pacíficos ciudadanos que cerca estaban; de suerte que instantáneamente se apartaron buen trecho.

—¡Miserables! murmuró Aznar sonriendo.

Pasados algunos instantes, tornó á preguntar á Fortuñon:

—¿Y cómo llaman á aquel otro infanzon que con tan poca reverencia viene al lado del rey hablando y riendo con los que le acompañan? Tiene el aire mofador é insolente.

—¿No le conoces, Aznar, respondió este? Pues no le hay mas conocido en todo Aragon; y tú mismo le acabas de ver y oír en la catedral, que él fué

quien tomó juramento al rey en nombre de los ricoshombres. Ese no es otro que Roldan, ricamente heredado en esas sierras de Guara; hijo de un noble y gentil caballero que murió peleando valientemente al lado del buen rey don Ramiro en la jornada de Graus, y descendiente de aquel otro Roldan tan famoso de quien habeis oído hablar en la montaña, que fué de los grandes capitanes de Carlo Magno. Témesese que sea el último de los de su casa.

—En buen hora lo sea; que tambien parece soberbio y mal vasallo, y por último pudiera contárese ya, si yo fuera el rey, ó el rey se guiara por mis consejos, que en verdad que fué insolente el juramento que le tomó, y mejor que prestarlo me pareciera á mí que hiciera volar su cabeza y las de todos sus iguales.

—No quieras mal á los nobles, Aznar, que ellos son la flor y amparo del reino.

—¿Ellos dices? ¡Voto vá! No hay mayor amparo para el rey de Aragon que sus fieles almogávares. Esos ricoshombres no pelean sino por ganar oro y estados, y vivir en soberbios castillos y alimentarse con buen venado y jabalí, mientras que nosotros damos de balde nuestra sangre y dormimos á la intemperie sobre los peñascos de la frontera de moros, y no tenemos que comer sino alguna pieza escapada de sus malditos cotos, y las insípidas yerbas que arrancamos todos los dias debajo de la escarcha y de la nieve.

Iba á proseguir Aznar en sus improprios contra

los ricoshombres, cuando sintió una gritería inmensa y un gran movimiento en la muchedumbre.

—¿Qué será? ¿qué no será? se preguntaban unos á otros los circunstantes; mas sin aguardar la respuesta corrían estos por acá, por allá aquellos, y todo era confusión y algazara.

—Que se mata! ¡que se mata! gritaban unos con dolorido acento.

—El Cogulla! ¡el Cogulla! decían otros con risa. Y á cada instante se acrecentaba el tumulto.

Fortuñon y Aznar permanecían impávidos entre tanto, mirando con harta mas curiosidad que temor aquella escena.

Mas de una vez al llegar cerca de ellos las oleadas de la muchedumbre, Aznar, como de menor guante que su camarada, las repelió violentamente con sus robustos brazos.

La procesion se miraba desbandada; caballeros y prelados habian abandonado sus puestos y corrían de acá para allá, antes aumentando que no calmando la ansiedad y el tumulto.

El rey no estaba en su lugar, ni podia atinarse al lejos qué habia sido de su persona.

Y el eco de aquel extraordinario suceso pasando de calle en calle, y de lugar en lugar, y haciéndose mayor y mas temeroso al paso que se alejaba del punto de su nacimiento, traía ya puesto á toda Huesca en asombro y miedo.

Un grito mas intenso, mas pavoroso que cuantos habian sonado hasta entonces, se oyó de repente en la plaza del alcázar.

Aznar y Fortuñon llegaron hasta allí, sin saber donde iban, vagando al azar por entre el gentío, preguntando á todos, Fortuñon, cortesmente, con razones ásperas Aznar, sobre lo que pasaba; mas ni de una ni de otra suerte lograron respuesta.

Al oír aquel último grito, alzan entrambos los ojos y ven un soberbio caballo blanco, desbocado hácia el muro, el cual por aquella parte caía encima del Isuela, angosto y profundo y crecidísimo con las primeras lluvias del invierno. Pálido, descompuestos los cabellos, caído el chapelete, abierta y flotando al viento la dalmática real, mirábase sobre aquel caballo al rey don Ramiro, abrazado al cuello del indócil bruto, que iba regando el suelo con la blanca espuma de sus quijadas.

Saltaba rabioso el bruto; y ora se levantaba sobre las manos, ora se ponía sobre los piés, y luego recobrado seguía en su arrebatada carrera; mas el rey, tendido en tanto sobre la silla y abrazado á su cuello, no por eso le soltaba un punto.

Ya el animal, ciego de rabia, se dirigía á todo escape al borde del muro. A todo correr venían detras algunos caballeros; pero lejos de darle alcance, le estimulaban mas en la carrera; apartábanse los villanos á uno y otro lado, sin osar detenerlo, y no faltaba sino un instante para que se despeñase con su ginete en las turbias aguas del rio.

—Fortuñon, dijo en esto Aznar: ¿no ves qué cobardes ó qué torpes son todos estos ricoshombres?

—¡Pobre del rey! exclamó Fortuñon santiguándose.

—No mereces ser de los almogávares, repuso Aznar con mayor aplomo que hasta entonces hubiese hablado; y descolgando rápidamente de su cinturón uno de los dardos que traía, lo disparó contra el animal con tal acierto y fuerza tan poderosa, que le atravesó el vientre de parte á parte, de suerte que cayó en el suelo al borde del mismo muro, bañado en su propia sangre.

Y de como esto hizo el almogávar, cual si nada hubiera sucedido á su presencia, se cruzó tranquilamente de brazos.

Al ver á don Ramiro tendido todavía cuan largo era sobre el agonizante caballo, el temor y la sorpresa de muchos y el escarnio de los otros se reunieron en un punto, estallando de consuno en carcajadas y burlas. Los propios cortesanos al ayudarle á levantar dejaban escapar de sus labios la risa, y aun tal cual de ellos se atrevió á dirigir al asendereado monarca preguntas burlonas ó irónicas escusas de su desgracia.

—¡Que este hombre nos traigan por rey! decía el buen caballero García de Vidaura á Roldan.

—¿Por qué decís eso, amigo Vidaura? repuso el de Roldan. Porque es mal ginete? Harto bueno que lo fueran don Pedro y don Alonso, sus hermanos, y aun por eso nos quitaron cuanto habíamos ganado con nuestra buena maña, y se gobernaron solos el reino sin ayuda ni consejo nuestro.

—Ahora digo yo, buen Roldan, que lo acertáis, y tened por no hablado ni pensado lo que oísteis: ¿mas no me dejaréis reír á mi sabor de la caída de

tan desventurado ginete? ¡No sabe tener la brida en las manos!

—Reíos cuanto bien os plazca, Vidaura, que en eso no haceis mas que contentar el ánimo y en nada estorbáis que se haga lo que sea razon, sirviéndonos de estas y otras tales ignorancias del rey para lograr nuestros propósitos.

Y en tanto que así discurrían los ricoshombres, no faltaban pecheros y villanos que aquí, allí y acullá esclamasen en coro:

—¡Es un cogulla! ¡Es un carnicol! No, pues atended y veréis cómo él defiende la frontera de moros, nos libra de las usurpaciones de navarros y castellanos.

En esto el rey se miraba ya puesto de pié y rodeado de todos sus ricoshombres; mas por largo rato no hizo otra cosa que persignarse y rezar muy devotamente sus oraciones.

—¿A quién debo la vida? fué lo primero que preguntó luego; y el cronista asegura, aunque no sabemos cómo cosas tan íntimas pudo averiguarlas, que muchos del concurso, dejada la burla aparte, sintieron entonces en el alma no poder señalarse por tales.

—¿Quién disparó ese dardo tan en mi servicio?

—Ese dardo es de un almogávar, dijo al fin uno de los presentes. Conózcole por lo rudamente labrado que está.

Entonces todos los ojos se fijaron en dos almogávares que á poco trecho se mostraban, descollando entre la gente que los redeaba por lo alto y membrado de sus personas.

El rey mandó que los trajesen á su presencia.

—¿Quién de vosotros me ha salvado la vida? les preguntó.

—Fué mi camarada, señor; este mancebo que aquí veis, dijo Fortuñon, viendo que Aznar no respondía.

—¿Y cómo te llamas? repuso el rey dirigiéndose al joven almogávar.

—Este nada contestó.

—Se llama Aznar Garcés, volvió á decir Fortuñon, y es hijo de García Aznar, que fué gran servidor del padre y hermanos de vuestra Alteza, el cual se halló entre los que trajeron á cuestras las peñas para labrar esa fortaleza de Mont-Aragon, y entre los que ganaron esta gran ciudad de Huesca, y últimamente estuvo tambien en la infausta jornada de Fraga, que Dios maldiga, y allí murió no lejos del glorioso don Alonso. Fué García Aznar de los mejores almogávares que hubo en nuestras montañas, y ahora nos ha dejado este hijo, que no le es desigual en prendas, para que le adoctrinemos y adiestremos en el ejercicio de las armas.

—Páreceme, dijo el rey, que mas necesita de vuestro buen discurso, que de vuestras lecciones de armas; y que él es tal, que pudiera darlas al mas arriscado campeón de estos reinos. ¿Qué dices á esto, Aznar Garcés?

—Digo, señor, que no he hecho por vos sino lo que hiciera por cualquiera otro ginete que viera puesto en tanto riesgo.

¿Cómo! replicó el rey sorprendido. ¿No quieres

que agradezca el gran servicio que me has hecho?

—No quiero, repuso el almogávar, sino que en adelante me ponga vuestra Alteza donde haya de servirlos en mayores cosas.

—Leal pareces, dijo don Ramiro, y ojalá, añadió suspirando, que fueran cual tú todos los aragoneses.

Un pensamiento indefinible cruzó entonces por sus ojos y su frente, donde acaso parecían mezcladas amargura, y devocion, y remordimiento. Recobrándose, sin embargo, no mucho despues, continuó:

—Mira, Aznar, no dejes de acudir al alcázar, cuando bien te plazca: dí tu nombre, y al punto hallarás allí favor y amparo.

—Yo iré, dijo el almogávar, cuando convenga: y si no, no: que no gusto de pecar en importuno.

Y haciendo una reverencia, se apartó con su camarada largo trecho.

El rey, seguido de toda su corte, entró luego en el alcázar que allí frontero levantaba sus macizos torreones redondos y ochavados, con altas almenas y matacanes que escondian entre sus pardos peñascos los lindos ajimeces y las caladas claraboyas que dibujaran por placer los moros.

El gentío se fué poco á poco disipando hasta que la gran plaza del Alcázar quedó completamente desocupada, y todo Huesca tranquilo. Y al llegar á este punto, dice el cronista muzárabe, que el suceso del rey y la hazaña del almogávar sirvieron de tema por todo aquel día y no pocos de los siguientes á las conversaciones de los cultos oscenses y de los villanos de la comarca.

—23—

CAPITULO III.

Que doña Inés de Poitiers se halló cuando menos lo pensaba con que ni era casada, siéndolo; ni viuda, puesto que no lo era; ni soltera, puesto que había dejado de serlo.

De Francia vine á Castilla;
nunca dejara yo á Francia!.....
Caséme en un dia aciago;
mártes fué por la mañana,
y el miércoles enviudaron
el tálamo y la esperanza.

ROMANCIERO GENERAL.

—Asegúrote Castana, que aun no he vuelto del gran asombro y pena que me causó el suceso del rey.

—Loado sea Dios, señora mia, que sano y salvo le sacó de tal peligro.

—¿Hallástete presente, Castana?

—Hallábame á la sazón en la torre del Oriente, y desde allí alcancé á ver muy bien lo que aconteció.

—Dicen que fué un buen caballero quien salió al paso al caballo y supo detenerlo: así Dios le ayude á él y todos los de su casa.

—Pues os engañaron, señora, replicó con notable calor Castana; no fué sino un pechero, un villano, uno de esos que nombran almogávares.

—Gente fiera es, Castana; mas dígame por mi ánima que cuanto horror hube de ellos hasta ahora, he de convertirlo en amor para en adelante.

—Si á éste hubierais visto, señora! mozo es que no ha de contar por mi cuenta los veinte y cinco años; alto y membrudo y ágil á maravilla, ojizarco, pelinegro, trigueño en la color, mas en labios y mejillas matizado con purísimos carmines. ¿Si le hubierais visto, señora! El con su tosco traje oscurecía á los mas apuestos galanes de la corte; y estoy cierta de que á calzar espuela de oro no se le hubiera aventajado uno solo de los justadores que esta tarde han entrado en el palenque.

—Harto le miraste, Castana; qué buenas señas das para visto de paso.

Castana se sonrojó un punto al oír estas palabras, y breve rato guardó silencio; mas luego, variando con intento de conversacion, habló de esta manera:

—¿Queréis, señora, que mas os estreche el justillo?

—No. Bien está, bien está.

—Buena gola, prosiguió Castana; que puesto que el rizarla costara sendos sueldos jaqueses, mérelo bien lo esmerado de la obra. Prenda es de reina. ¿Pondréis ahora el collar de ricas perlas bendecido por el padre santo, que os dió en arras mi señor el rey el día de las bodas? Grande es el broche y todo de oro. ¿Es cierto, señora, que hay dentro el madera de aquella en que enclavaron á N. S. Jesucristo?

—Haila sin duda alguna, Castana; mas trae pronto el collar que el tiempo pasa y es hora de acudir al sarao.

—Aquí está, señora. ¿Queréis ya el luengo manto de vueltas y forro de armiños?

—Qué pregunta, Castana: ¿no sabes que á presentarme sin él en el sarao no habria allí quien me reconociera por reina?

—¡Hermosa estais! exclamó Castana al ver de pié á su señora, la cual puesto el manto echó á andar hácia la puerta de la sala.

—No seas aduadora, Castana, respondió ésta parando un poco el paso: ¿es cierto que estoy bien tocada y bien vestida?

Tiempos amargos para las hermosas aquellos en que apenas se hallaban espejos por el mundo. Por no tenerlo aquella mujer tan ansiosa por brillar y por agradar, como francesa que era; tan ilustre por su nacimiento, puesto que nació en la noble casa de los condes de Poitiers; tan orgullosa con ser reina, que reina la nombraban de Aragon; aquella doña Inés, en fin, de todos admirada y servida de todos, se hu-

millaba hasta demandar una frase halagüena de una de las doncellas de su servidumbre.

¡Oh! ¿Qué seria de la mas modesta de nuestras damas si no tuviera un espejo, un solo espejo con quien consultar á solas los íntimos secretos de su belleza, y medir y contrastar el poder misterioso de sus atractivos?

Juntas salieron del estrecho retrete en donde se hallaban la reina doña Inés y su doncella Castana, y juntas entraron en el soberbio salon adonde habia de tener lugar el sarao, que para mas embellecer y solemnizar la gran fiesta del día daba la corte.

Lleno estaba el anchuroso recinto de cuantas damas de alcurnia y de cuantos galanes caballeros habia en Aragon y en los vecinos condados de Francia.

Hablábase aquí y allí de los juegos y justas en que los caballeros habian empleado la tarde, y celebrábase tal golpe, tal suerte, tal hecho de destreza, loando á los unos por rebajar á los otros, que es lo menos que la malignidad humana permite en tales casos. Cuando entró la reina en el salon ya no se pensó en otra cosa que en la danza.

Y es de ver cómo el cronista muzárabe, puesto que viejo y apagado con el hielo de los años, habla de las bellezas que allí se hallaron, de lo vistoso de sus tocados y prendidos, de lo rico de sus trajes, de lo amable de sus conversaciones, de lo ardiente de sus ademanes, ora al hablar, ora al danzar, ya inclinando la cabeza hácia los labios de algun apuesto doncel porque mejor cayesen en el oido los dulces requiebros, ya ciñendo con sus blancos y flexi-

bles brazos de *leche y sangre* (que el cronista, aunque tan anterior á *Góngora*, sabia usar tales conceptos); ciñendo, digo, la cintura del galan amante ó dejándose arrastrar por él así como en desmayo al mundo de fantasía que ven y palpan los sentidos, entre el són de los músicos instrumentos, y los reflejos de mil antorchas, y el contacto del pecho palpitante, y el aliento de la boca que enamora.

Mas el interes de esta verídica historia llama nuestra atencion á otra parte, y es fuerza que descarguemos aquí tambien de tales incidentes el minucioso relato del cronista, por mas que nuestro corazon, harto mas jóven que el suyo, se deleite y encante con tales descripciones.

Ello es que habia entre tantos corazones como allí gozaban uno que en silencio gemia; uno, el que por mas feliz contaban todos sin duda, el de la reina doña Inés, que se sentia siniestramente oprimido.

¿Y qué tiene de extraño que tal sintiese la reiuva? Era mujer y sensible, y estaba recien casada, y amaba mucho á su esposo, y pasaban horas y horas y éste no llegaba al sarao; y por mas que le buscaban por el alcázar y por todo Huesca, nadie daba razon de su persona, con ser tan conocida de todos; y los fieles servidores aquí y allá enviados, iban volviendo uno por uno y diciendo á la par á su señora:

— ¡No está! ¡no está el rey! ¡No se sabe qué haya sido de él!

Largas horas trascurrieron sin que la corte notase aquel extraño caso; los unos se esplicaban á sí

propios tal ausencia por lo estravagante del carácter de don Ramiro; los otros ni siquiera reparaban en ella, que tan poca cuenta tenian con su persona, y aun por eso la falta del rey no disminuyó en lo mas pequeño el general regocijo.

Mientras dentro del alcázar todo era música, y danzas, y galanteos, tañian á vuelo todas sus campanas la nobilísima iglesia de San Pedro el viejo (que como muzárabe y de los antiguos que en tiempo de moros allí asistian á los santos oficios, no acertó el cronista á contarla en otro lugar que la primera de todas), y la catedral y los demas templos y ermitas, que así en el recinto de la ciudad como en las vecinas campiñas habian levantado en los breves años trascurridos desde la conquista los piadosos aragoneses.

Y así como de dia los mal disfrazados ajimeces, ó las nuevas rejas de los cristianos se miraban adornadas con telas y flores, de noche resplandecian con millares de luces puestas en vasos de muy diversos colores, que ora formaban anillos de enroscadas serpientes, ora semejaban frondosos árboles de fuego ó mágicas flores, ora encantados castillos como aquellos que el vulgo de la época fabricaba en su fantasía, poblándolos de afligidas damas y de alados dragones y vestiglos. Regocijo con que los honrados oscenses se prestaron de bonísima voluntad á celebrar la coronacion y jura de don Ramiro, no bien oyeron el bando de los jurados de la ciudad, donde eran amenazados con multas y otras penas

los que se mostrasen tristes en ocasion tan para risa y contento.

Pero unas tras otras las horas de aquella noche famosa fueron pasando, aun mas de prisa que pasan ordinariamente: comenzaron á apagarse las luminarias; quedaron desiertas las calles, y dentro del alcázar la concurrencia fué dismintuyendo insensiblemente, y calló la música, y cesaron las danzas.

En aquel punto fué cuando mas cundió la inopinada ausencia de don Ramiro, y comenzaron á formarse sobre ella los mas estraños comentarios, y abriéronse camino las mas absurdas versiones.

Importunada por todos, trémula y cuasi llorosa la reina doña Inés, se retiró del salon, marchitas sus galas, demudado el dulce color de sus mejillas.

Y la concurrencia despues de vagar algun tiempo todavia por los anchos corredores y salas del alcázar, hablando y murmurando, desapareció para entregarse tranquila al sueño, ó forjar sangrientos cálculos de ambicion y codicia sobre tal acontecimiento.

Eran á la sazón las altas horas de la noche, esas horas terribles para las mujeres y para los niños y para todas las fantasías, ó vírgenes ó acaloradas.

La reina doña Inés, despedidas las damas de su servidumbre hasta la misma Castana, en quien mas que en otra alguna depositaba sus confianzas, se miraba reclinada en la gran alcoba de los reyes, sobre el fastuoso lecho nupcial.

Perdidas las esperanzas de encontrar á su esposo, incierta, temerosa, despechada, sin saber si quie-

ra qué llorar, ni qué esperar de funesto, hallábase en uno de aquellos instantes supremos en que el alma, grandemente agitada, no se siente dentro del cuerpo, en que los ojos preñados de llanto no lloran, en que el corazon, lleno de suspiros, deja escapar apenas el aliento necesario para la vida.

¡Pobre reina, tan infeliz entonces como la mas infeliz de sus vasallas! ¡Pobre esposa, que tan pronto miraba desierto el tálamo donde juzgó hallar eterna ventura! ¡Pobre mujer!

Y en verdad que nunca habia parecido mas bella. La crencha destocada dejaba ondular sus mil y mil hebras de oro, que esparcidas una por una se confundian por leves con el ambiente, y juntas en caprichosos rizos semejaban rayos de sol.

¡Qué blanca era la tez! ¡Qué palidez tan dulce habia en ella! Era la propia palidez del alba, que deja entrever los purpurinos fulgores con que se viste al despuntar el dia.

De los ojos no hay que hablar, porque turbios como el dolor los traía, habia en ellos cierta luz íntima, cierta espresion tan tierna como orgullosa que á la par infundia amor y respeto.

Era en fin, hermosa, muy hermosa, de alta estatura, delgada sin ser cenceña, alta y flexible, y lo bien concertado del talle, el contorno aéreo de sus manos, y del pié lo breve, acababan el conjunto perfectísimo de su persona.

Aun su apostura triste y meditabunda; aquella mano clavada en la mejilla, aquella mirada fija en el suelo, aquel desmayo de sus miembros, la presta-

ban mayor encanto, y la noche misma, silenciosa y grave, y el opaco resplandor de una sola lámpara que iluminaba la estancia, venian á favorecer su belleza.

¡Espectáculo admirablemente hermoso el de aquella reina dolorida! esclama al llegar aquí el cronista muzárabe que, aunque viejo, no debia ser de roca segun el calor que pone en su pluma siempre que trata de la hermosura.

Pasada seria ya la media noche, hora adelantadísima para aquellos tiempos en que era costumbre destinar al descanso las sombras, y al placer y al trabajo la claridad del dia, cuando se sintió crugir una portezuela escondida en la pared de la alcoba.

Cedió el resorte, abrióse de par en par, y apareció al dintel don Ramiro. Un ¡ay! de placer y de sorpresa se escapó de los labios de doña Inés al verle; levantóse precipitada, y al ponerse en pié ordenáronse los cabellos sobre sus espaldas, repusieronse las caidas gasas de su gola y vestidos, y como si instintivamente sus galas se ordenasen, apareció con ellas, no solo mas hermosa, sino en mas esplendor que nunca.

Pero si la pluma del cronista emplea algunos instantes en describir tales efectos, la reina doña Inés no tardó uno solo en ver á don Ramiro, y alzarse, y lanzarse á él, y estrecharle en sus brazos.

—¿Cómo tan tarde, bien mio? ¿Dónde hais estado, mi señor, que en tan inquietud pusisteis á vuestra esposa y sierva? ¿No me hablais? ¿No me amais ya como el dia de nuestras bodas?

Todo esto dijo doña Inés en un punto: pero don Ramiro no le contestó, sino que desasiéndose de sus brazos fué á sentarse con faz severa y cogitabunda en uno de los cogines orientales, que prestaban voluptuosa comodidad á la estancia. Doña Inés, mas sorprendida que nunca, se mantuvo inmóvil por algun espacio, de hito en hito contemplando la extraña espresion que en el semblante del esposo se advertia.

—¿Estais quejoso de mí! ¿os he ofendido, sin querer, en algo? repuso al fin con tierno acento.

Levantó la cabeza, que tenia inclinada sobre el pecho don Ramiro, y murmuró entre dientes:

—¡Desventurada!

No habló tan por lo bajo que no le oyese la reina, y acercándose mas al esposo le dijo:

—¡Desventurada yo, don Ramiro! ¡Desventurada yo cuando soy vuestra esposa!

—¿Mi esposa?..... No; no sois mi esposa, esclamó el rey; y levantándose al propio tiempo, asió fuertemente con una de sus manos el brazo derecho de doña Inés: no sois mi esposa..... ¿lo oís?.....

Nuestro matrimonio es nulo, nulo ante Dios y ante los hombres, y vos y yo hace diez meses, los mismos meses de nuestro matrimonio, que estamos poseidos del infierno.

Temblaba doña Inés á punto que tenerse en pié no podia; saltaban á raudales las lágrimas de sus ojos sin acertar á decir palabra, y don Ramiro arrastrado por una especie de fascinacion inconcebible repetia:

— ¡Oh no! no digais ya mas que sois mi esposa!
¡No lo sois! ¡No lo sois! y pluguiera el cielo que
nunca tal os apellidaran los hombres!

Doña Inés pensó por un instante que estaba loca:
don Ramiro continuó:

— Mirad: desde este dia no podemos mas vivir
juntos: mañana mismo pienso divorciarme de vos,
y renunciar el cetro en don García de Navarra, en
don Alonso de Castilla, en cualquiera de mis com-
petidores. Yo no he debido empuñar nunca el ce-
tro, ni he debido jamas ser casado: sé ya de cierto
que la cólera de Dios está sobre mí, sobre vos, so-
bre toda nuestra casa.

— ¿Hablais con verdad, don Ramiro? dijo al fin
doña Inés. — Apartaros de mí que os amo tanto! —
¡Privar! ¡Privar del trono á nuestro hijo! ¿Qué
decís, esposo mio?

— ¿Qué habláis de mi hijo? ¿Quién es mi hijo?
¿Qué decís, doña Inés? preguntó el rey asombrado.

— Digoos que hace tres meses que llevo el fruto
de nuestro amor en mis entrañas. Esta noche mis-
ma tenia determinado decíroslo para que el júbilo
del dia fuera completo; y no pensé en verdad que
tanto os entristecierais con saberlo. ¿Estais en vos,
don Ramiro? ¿Qué propósitos son esos tan estra-
ños? ¿Qué palabras son esas que ahora os oigo, y
que ni fueron oidas ni fueron jamas esperadas de
mí?

La sorpresa de don Ramiro no hay cómo enca-
recerla: confuso, aturdido, dió tres ó cuatro vueltas

alrededor de la sala, y luego lanzándose á la puer-
ta salió precipitadamente y gritando:

— ¿Eso mas, Dios mio? ¿Eso mas enviais sobre
vuestro descarriado siervo?

Justo será que aquí cerremos el capítulo, y un
poco andemos hácia atrás, por ver si hallamos las
causas del estraño propósito, y de las incomprensi-
bles palabras de don Ramiro.

Adónde fué éste cuando salió del retrete de doña
Inés, ni se sabe ahora ni importa el saberlo; cómo
quedaría doña Inés despues de la singular entrevis-
ta que tuvo con su marido, cada cual puede por sí
adivinarlo;

Que puesto que el cronista muzárabe se pare aquí
mas tiempo refiriendo por menor las exclamaciones
y llantos de doña Inés, nosotros tenemos en el ma-
gin que copiarlo tambien en esto, seria ofender la
gran penetracion que por lo comun alcanzan los
lectores de tales crónicas como la presente.

templarte, sin saber tu historia, que en tí hubo abad que contase ciento y cuatro iglesias debajo de su jurisdiccion espiritual y veinte y ocho villas y aldeas, debajo de su jurisdiccion temporal y mero y mixto imperio? Y ¿qué cabeza de obispado había de igualársete, si con el territorio que tú sola regias hubo para formar dos grandes obispados los años adelante? ¿Qué corte de rey mas rica y mas poderosa que tú, cuando tú armabas hueste, y ganabas pueblos de moros, y alzabas por tu cuenta fortalezas? ¿No envidiaron reyes y príncipes la mitra de tus prelados? ¿No la pusieron por honra en sus sienes? ¿No poseiste rios adonde solo á tus señores era permitido pescar, y montañas donde solo de ellos era el perseguir y matar las fieras? ¿No se contó en el mundo por era el año de tu fundacion?

¡Muy otro estás, Mont-Aragon, de como te vieron los pasados siglos!

Ya no hay en tí ni corte, ni templo, ni fortaleza. Rebajáronse tus torres, ciento y sesenta palmos levantadas un tiempo sobre el alta montaña, y hoy son sus restos padron de espanto en la comarca, rotas las almenas, abiertos los matacanés. Tus muros, de doce palmos de espesor, donde jamas hizo mella el són aterrador de la guerra, ya solo sirven para publicar en largo espacio tu baldon y ruina; portillos por aquí y por allí, escombros por todas partes. Del adarve donde Sancho Ramirez plantó sus pendones por reto y afrenta del Abd-er-rahman de Huesca, cuelga viciosa y lozana la *higuera del Diablo*; y las enormes piedras que en hombros su-

CAPITULO IV.

Donde se da cuenta de cierta expedicion que hizo un monje benito á un monasterio, para acallar escrúpulos de su conciencia.

Cae; los campos gimen con los rotos escombros.

QUINTANA.

¿Qué mudado estás Mont-Aragon de como fuiste otro tiempo!

¿Quién conociera en tí aquel recinto que fué silla de prelados, y ciudadela de guerreros, y corte de magníficos reyes? ¿Quién diria, al verte, que en tí anduvo cifrada la esperanza como la fortuna de aquella gente heróica que conquistó á Sicilia y Atenas, y dió pavor con sus armas á los mas altos príncipes de la tierra? ¿Cuál osaria pensar al con-

bieron los cristianos á lo alto, no sirven ya para abonar tu gloria, ni para defender tu grandeza; mas rodando desde la cima acrecentaron la redonda montaña donde te asentaste.

Tu templo está desierto, deshechos los altares, abiertas las tumbas y esparcidas las cenizas por el viento; cenizas de conquistadores y de santos. Y necio será quien hoy pregunte en tu recinto por don Alonso el Batallador, porque solo han de mostrarle el hundido pavimento donde yació por largos siglos, y viles fragmentos de la urna, abrevadero ya, si no pocilga, de ganados, donde guardaron sus restos nuestros padres.

Tumbas, altares y riquezas, todo te lo robó la ciudad vecina, Mont-Aragon; mas cierto que tú vengaste como quien eres la afrenta, si ya no es que el mismo Dios vino en tu ayuda. Porque hubo un dia en que se dijo: *es preciso destruir aquel nido* (1), que nido eras de fe y de recuerdos de gloria, y la codiciosa mano del mercader cayó sobre tí. Vendiéronse á precio vil tus tejas y tus maderas cortadas ocho siglos antes en el Pirineo y conducidas en hombros de mártires. Y cuando el despojo infame estaba ya reunido, cuando la mezuquina ganancia mas halagaba el corazón de los especuladores, cayó ignorada llama, fuego quizás del cielo, que todo lo redujo á pavesas.

Noche fué de horror para Huesca aquella en que

(1) Frase pronunciada para solicitar la pronta ruina de Mont-Aragon, quizás por alguno de los que hoy rayan mas alto en punto á sentimientos reaccionarios.

murió coronada tu frente majestuosa de rojos cabellos, hogueras inmensas del incendio; y tanto que acaso no lo sintiera igual desde el dia en que por primera vez vióalzada la cruz sobre la mas alta de tus torres, anunciando el completo estermínio de su gente mora.

Mont-Aragon, Mont-Aragon, al recordarte los ojos que te han visto, se llenan de llanto, y el corazón que ha respirado el aire misterioso de tus ruinas siente vergüenza por la edad presente. ¿Quién retrocediera á los tiempos en que tú eras rey de los Pirineos y de la llanura! ¿Quién peleara cual tú peleaste por aquella raza de monarcas que habian costumbre de morir en lides contra moros, y en defensa y prez de sus vasallos! ¿Quién, como tú, los conociera, y oyera sus altas voces de fe, y de valor, y de gloria!

¡Ah! los que vivimos en esta época de civilizado vandalismo y de cristiana indiferencia, tenemos mucho que aprender al pié de aquellos viejos monumentos que simbolizaban una raza de hombres que sabia hacer guerras de ocho siglos, y conquistar imperios, y levantar catedrales, y descubrir mundos.

Ese símbolo y no otra cosa era lo que se anidaba en Mont-Aragon; ese símbolo y no otra cosa es lo que hemos puesto por tierra.

¿Quién vendrá ahora á solicitar resignacion en los menesterosos y fe en los desvalidos? ¿Quién predicará lealtad monárquica? ¿Quién levantará el antiguo amor de la patria? Tales cosas las apren-

dian nuestros padres en las piedras que nosotros hemos convertido en polvo; y en vano se cansan los filósofos y los publicistas, porque todos sus libros no lograrán lo que lograba una sola de las tradiciones, uno solo de los monumentos, uno solo de los *nidos* que hemos arrancado de la montaña.

Tales exclamaciones se nos vinieron sin querer á las mientes y de las mientes á los labios, al ver que en el viejo manuscrito del cronista, cuyo relato vamos siguiendo, al márgen de uno de los capítulos se miraba puesto en primorosas letras de colores, con figuras y ringorrangos el nombre de Mont-Aragon. Mas hartos de exclamar, y ciertos de que nadie habia de hacernos caso aunque mucho exclamásemos, comenzamos á leer en el manuscrito, y á poco nos pareció notar que el cronista no andaba muy de acuerdo con nosotros en punto á loar sin tasa las cosas de Mont-Aragon. Antes, al principio del capítulo, vimos que muy amargamente se lamentaba de que para entrar en la casa de Dios, fuese preciso emplear tantas formalidades como solian emplearse al entrar en las mas almenadas fortalezas y de que los abades se diesen trato de príncipes y decoro de reyes, entendiendo mas que convenia en las cosas temporales, y mostrándose mas entre soldados que entre monjes, y mas en córtes y campamentos que no en coros y altares.

Picónos la curiosidad este comienzo, y sin pararnos á contemplar cuán diversamente juzgan las cosas aquellos que las ven y las tocan, de los que las aprenden ó examinan al poético trasluz de los si-

glos, pasé adelante con el relato del buen muzáarbe, seguro de encontrar allí algo de provecho para el conocimiento de esta verídica historia.

Ello fué, dice el cronista, que al caer una tarde de Diciembre que podria ser la misma de la jura y coronacion del rey don Ramiro, se presentó á la puerta única que hubiese en el monasterio de Mont-Aragon un humilde fraile benito, demandando que ver le dejasen al santo abad de la casa.

Eralo entonces Fortuño, hombre de calidad en el mundo, y que dentro de la regla, si no santo era de los prelados mas reputados que tuviese Aragon en aquella era, tanto por su ciencia como por sus virtudes. Y bien debia serlo cuando de toda la tierra de Aragon y Navarra, y aun de la parte de Castilla y de la parte de Francia, solian acudir á consultar con él los monjes y legos, guiándose por sus consejos y pidiéndole absolucion de sus culpas.

Así fué que la aparicion de aquel fraile benito en tal ocasion, no pareció á nadie estraña, ni otros obstáculos se pusieron á su entrada que aquellos que eran de costumbre y regla general, á que en caso alguno se faltaba.

Dos hombres de armas salieron al divisar al monje por el postigo de la barbacana, y cuidadosamente le reconocieron. Cerciorados de que no traia consigo armas, y de que venia solo, le introdujeron en la ancha barbacana que corria por en derredor del muro principal, y desde allí, cruzando un estrecho puente levadizo, entraron todos tres por el fortísimo arco donde estaba asentada la puerta, que podria

contar todo lo mas seis piés de altura. Despues de dar unas cuantas vueltas por bóvedas y pasillos oscurísimos, sintió el monje que el frio de la noche le azotaba el rostro, y á pocos momentos se halló en uno de los claustros del monasterio. Dejéronle allí solo los dos hombres de armas, y trascurridos algunos instantes, apareció en el claustro un portero fonsurado, puesto que á decir verdad, antes pudiera tener semejanza con Nemrod que con Jesucristo, y mas propia parecia su membruda persona para empleada en armas, que no para consumida en vigili-
gias y penitencias.

—¿Quién sois? preguntó el portero al monje con acento duro y desdenoso.

—Soy, señor, un monje benito del convento de Saint-Pons de Tomeras.

—¿Saint-Pons de Tomeras? respondió el portero: mal viento viene de allá, hermano. ¿Sabeis que os pudiera caer desdicha por acá, viniendo de tales partes?

—Soy un monje, no mas que un monje, señor, y no entiendo un punto de esas cosas que hablais.

—Abrieraos yo los sentidos, si en mí estuviera, buen fraile: ¿que es decir que no sabeis del viento que viene de Tomeras?

—De allí no ha venido, que yo sepa, sino el señor rey don Ramiro, á quien Dios ayude, dijo el monje.

—¿Rogais por él, hermano? Haceis bien, dado que lobos sois de la misma camada. Mas entended que mala la ha de haber antes de mucho como no

se remedie; ¿no sabeis que tiene ofrecidos á esta santa casa mas de tres molinos y mas de seis iglesias, y mas de veinte yuntas con otras muchas riquezas, y que ahora nos viene dilatando el pago? Mala la ha de haber el de Tomeras, hermano, si es avaro de bienes con la casa de Dios.

—Razon teneis, hermano; y don Ramiro pagará, segun yo creo, ó de no, deberéis castigarle; mas os advierto que traigo un caso de conciencia que consultar con el abad. ¿Podré verlo ahora mismo?

Difícil seria si yo le dijese que érais de Tomeras; porque con los malos hechos de ese monje rey, y el decir que son aconsejados por vuestro prelado, no quiere oír hablar siquiera de tal monasterio. Repitoos, triste monje, que son muchas las cosas que nos tiene ofrecidas el don Ramiro, y hasta ahora no nos ha dado mas que una sola viña y un mal molino; y aun eso con obligacion de encender una lámpara á su hermano don Alonso, y de mantener á un pobre, que ya se llevan en aceite la lámpara y en comida el pobre, mas que producen viña y molino.

—Vuelvo á decir que teneis razon que os sobra, replicó el monje; ¿pero no podré ver ahora mismo al abad de esta casa? No le digais, si os parece, que soy de Tomeras; mas despachaos por amor de Dios, hermano; mirad que verlo me urge.

—Este monje trae irregularidades consigo, y quién sabe aun si andará concuso en anatemas? dijo entre dientes el portero.

—Con que vamos, hermano, tornó á decir el fraile benito.

—¿ Con prisa andais? No, pues contad que no vais á entrar en visperas, sino que vais á comparecer ante el santo abad, que es implacable con los pecadores; y al decir esto el portero echó á andar delante del monje.

—¿ Es muy severo el abad? dijo éste al montar la última grada de la escalera que subia al palacio abacial.

Eslo tanto, que mas de cuatro que entraron á hablarle muy erguidos y valerosos, salieron de su presencia temblando.

—Dios se apiade de mí, murmuró el monje.

Mas sin dejarle tiempo para pensar otra cosa, alzó el portero una espesa cortina, y empujándole con bien poco miramiento, le dijo:

—Entrad en ese aposento, que no tardará en salir el reverendo abad.

Obedeció el monje, y entrando se halló en un salon, ni bien largo, ni bien corto, ricamente decorado con muebles de pino y de roble, y con telas de lana. En la cabecera del salon se miraba una mesa de ancho tablero con labores incrustadas de hueso y de ébano, y encima de esta mesa alzábase un gran crucifijo de plata, al cual daban luz y compañía dos velas de cera amarilla. Detrás de la mesa se mostraba un sillón muy holgado, como si el artífice hubiera sospechado que todos los abades fueran de obesa persona; y al lado del sillón se levantaba un atril que mantenía abierto un libro muy primorosamente pintado.

Nuestro fraile benito reparó poco en estas galas,

ó por serle harto familiares, ó porque tales fuesen de grandes sus pensamientos, que no le permitieran fijarse en otra cosa.

Pasado un largo cuarto de hora, crugió una puerta escondida en el muro, y por ella el reverendo abad Fortuño salió á la estancia.

Tendria Fortuño á la sazón como unos sesenta años; los ojos frios, rugosa la frente, ralo e leabello, antes sobrado que escaso en la estatura, y era mas bien severo que benigno su semblante.

Entró con grave paso, sentóse silenciosamente en el sillón, é hizo seña al monje de que se acercase.

Pero contra nuestro intento se ha dilatado tanto este capítulo, que es fuerza dejar para otro la conversacion de los dos personajes, abad y monje, que tenemos ya frente por frente. Culpas son tales dilaciones del cronista muzarabe, el cual intercala tantos pormenores y minuciosidades en el testó, que la pluma no basta para borrarlos, ni es parte nuestro buen deseo para escusarlos siempre.



CAPITULO V.

Que no hace mas sino proseguir la materia del anterior.

Por fuerza cuasi le sacaron del monasterio, que salir él no quería, ni desabrigarse de su hábito.

(F. GAUBERTO FABRICIO DE VAGAD.)—(Crónica de los reyes aragoneses.)

—Hablad, hermano, dijo el abad despues de contemplar por breve espacio al monje. Hablad y decidme en qué puedo favoreceros ó ayudaros; no hayais temor, que delante estais de quien es pecador como vos lo sois.

—Padre mio! dijo con vos contrita el monje; yo siento sobre mí la ira de Dios.

—Pecador: Dios es misericordioso como tremendo en su ira.

—Yo cumpliré, continuó el monje, cuantas penitencias me impongais; no habrá una que me espante; ni dar la boca al polvo, ni esponer los miembros al cilicio y al fuego. Mas absolvedme, padre mio, absolvedme, y que no vea yo tan sobre mí la celeste cólera.

—Decid, hermano; decid qué habeis hecho antes de todo, y yo os diré lo que importe, replicó el abad con la pausa y la indiferencia de quien se ve forzado á repetir una misma fórmula muchas veces al dia.

—Yo profesé, como veis, en la regla de San Benito.

—Santa regla, formada en el propio espíritu de los sagrados cánones; no hay otra que tanto, como esta, recomiende la Iglesia, dijo el abad.

—Santa regla, padre mio, santa regla: mas yo soy dentro de ella la *oveja perdida* de que hablaba el glorioso San Benito. ¿No es cierto que ella puede contagiar á las otras y que por eso debe ser echada del redil? ¿No es cierto que Dios para arrojarla de él la aniquila?

—Decid, repito, vuestras culpas, pecador; decidlas y acabaremos.

—Mis padres, reverendo abad, me ofrecieron de niño á Dios en la oblation de la misa, y cierto que no contaron con mi voluntad: mas harto sé que los ofrecimientos de los padres valen como si uno pro-

pio los hiciera. ¿No es verdad que eso no pudo nunca excusarme de cumplir la regla?

—Así es como decís, pecador; esa doctrina, aunque dudosa en la Iglesia, quedó claramente resuelta por el cánón cuarenta y ocho ó cuarenta y nueve del cuarto concilio de Toledo; no me acuerdo bien del número del cánón, pero estoy cierto de que bien lo declara.

—Pues según eso, padre, hice los votos de mi regla; primero de obediencia, después de pobreza, y de castidad luego.

—Votos perfectísimos todos ellos, y agradabilísimos á Dios, y al glorioso San Benito que los instituyó. Mas despachemos, que aún he de hacer mis oraciones. ¿A cuál de ellos faltasteis?

—A todos, padre mio, á todos.

—¿A todos? Largo pecar fué.

—Falté, prosiguió el monje, al de obediencia dejando el claustro por el mundo, y tomando sobre mis hombros grave utilidad temporal; falté al de pobreza, con adquirir riquezas sin número y vasallos sin cuento, y por último falté al de castidad contrayendo.....

¿Qué decís, hermano monje? exclamó el abad sorprendido.

—Digo, padre, aunque horror me cueste decirlo, que contraje matrimonio.

—¡Cuántos pecados juntos! exclamó el abad. No oveja perdida, sino muerta, debierais llamaros, á no ser tanta la misericordia de Dios.

El monje, que involuntariamente se había ido

acercando á la mesa conforme declaraba sus pecados, se arrodilló en aquel punto; y penitenciaro y penitente guardaron silencio por algunos instantes.

El abad fué el primero que lo rompió, y dirigiéndose al monje, le habló de esta suerte:

—Ya te he dicho, pecador, que la misericordia de Dios es infinita. No dices que estás muy arrepentido de todo lo hecho?

—Mucho lo estoy, padre.

—¿Habrás te preparado sin duda para la penitencia que yo te imponga?

—No, padre, aun no me he preparado como debiera.

—Con que no has abandonado aún esos bienes terrenos que recibiste en tanto menosprecio de tus votos y daño de tu alma?

—No los he dejado, padre.

—¿Ni te has separado del lecho nupcial, donde entraste con tanta ofensa de Dios y del glorioso San Benito?

—Tampoco.

—¿En qué piensas, pues? prorumpió el abad con voz de trueno. ¿En qué piensas, que sintiendo la carga del pecado, no la arrojas de tí; que reconociendo el yerro, no comienzas por enmendarlo? ¿Cómo has de volver de esa suerte á la obediencia de tus votos y á la gracia de Dios?

El abad se había puesto de pié; sus ojos ardian en indignacion y celo cristiano; con las manos golpeaba fuertemente el tablero de la mesa por dar

mas espresion á sus palabras. El monje parecia aterrado.

—Yo haré, padre, cuanto me ordeneis, dijo al fin con acento compungido.

—Haberlo hecho debierais; que de otra suerte no hallaréis en mí ni absolucion ni gracia alguna. Y al decir esto, hizo seña al monje de que se retirara.

—No es por escusar mi culpa, reverendo abad, exclamó éste; mas dignaos de oirme algunas palabras. Yo dejé el claustro, y tomé bienes y contrahe nupcias, porque era el último de mi raza y sin eso se perdía.

—Perdiérase la raza cien veces con tal que se evitara un solo pecado.

—Hubo tambien prelados que me lo aconsejaron, y aun en nombre de Dios me lo ordenasen.

—Malos prelados fueron ellos, monje; en verdad os digo que no hay poder en la tierra que pueda desatar los lazos que con Dios teneis vos contraidos. Mas abreviemos aún, que el tiempo pasa en vano, y no deja de ser ofensa de Dios el desperdiciarlo. Dígoos que no volvais mas á mi presencia sin haber dejado mujer y bienes, y vuelto á la obediencia de vuestros votos.

—Así lo haré, padre, así lo haré, replicó el monje sollozando, y dió algunos pasos como para marcharse; pero antes de llegar á la puerta, volvióse de pronto y dijo:

—Sabeis, padre, que temo que mientras me absolvéis o no, venga sobre mí el castigo del cielo?

—Dios es justo, y sabe lo que merecen sus hijos inobedientes.

—Es, padre, continuó el monje temblando, que yo he visto claras señas de mi muerte y de mi castigo; y temo que muriendo ahora sea condenado al infierno.

—Rogad á Dios que se apiade de vuestras culpas.

—¡Oh! ¡Piedad, piedad! yo estoy arrepentido de mis culpas; yo quiero hacer penitencia! Mas decidme, ¿qué podría yo ahora ejecutar para libramme de la cólera del Eterno?

—Dejad á esa mujer con quien tan malamente os unisteis, y renunciad á esos bienes que adquiristeis con tan gran pecado. Cada instante que aquí pasais, lo perdeis en vuestra salvacion; si el rayo del cielo os hiriese en este instante, no la habria para vos.

Y al decir esto el abad, puesto de pié, señalaba al monje con el dedo la puerta de la estancia.

—Los dejaré, los dejaré, respondió el monje; y salió precipitadamente, bajó las escaleras de un salto, como quien se juzgaba perseguido por la celeste cólera, y entró al claustro donde á su venida le habian dejado los hombres de armas.

Allí oyó de lejos el precipitado andar de dos personas, alguna de las cuales debia de ser soldado, segun el són de armas que se sentia.

Y al revolver una de las esquinas del estrecho pasadizo y abovedado que conducia a la puerta, se halló frente por frente con el bueno del portero, á

Dios es justo y castigo que merecen sus hijos

quien ya conocen nuestros lectores, que venia acompañando á un caballero vestido de todas armas, la visera calada, y con pomposo penacho en la cimera.

El monje hizo un movimiento para taparse mas el rostro, como recelando ser conocido; pero el desalmado del portero no le dió tiempo para ello, antes lanzándose á él, le quitó la capucha de un tiron, y le plantó un despiadado pescozon en la coronilla que resonó en largo espacio.

Al ver al monje con la cabeza descubierta, lanzó el caballero una exclamacion mal reprimida. El monje, por su parte, no pudo contener un grito de dolor y de rabia.

—Villano, le dijo al portero, ¿quién te manda tratar de tal suerte á los huéspedes de la casa de Dios? ¿Es así, mal portero y follon impío como respetas mis sagrados hábitos?

El portero prorumpió en recias carcajadas al oír estos improprios.

—Dé gracias, don monjecillo, le dijo, que de aquí se va sin los azotes que suelen darse á los malos huéspedes, y mire la cimbradora palma que para hombres como él, y aun mejores, tenemos colgada en esa pared, que bien conocerá, al mirarla, cuánta ha sido su fortuna en no trabar conocimiento con ella.

El monje ahogó dificultosamente en su pecho algunas palabras, pero no replicó mas, y precipitando el paso volvió á salir del muro del monasterio con no menores precauciones que habia entrado.

Subian entre tanto las escaleras del palacio aba-

el reino de castilla, y para que no haya

cial el caballero de que hemos hablado y el portero, y aquel dijo á éste con mal disimulado acento de sorpresa:

—Sin duda no has conocido á ese monje.

—No, buen señor, que puesto que para eso solo le haya descubierto la cabeza no lo he logrado, y bien sé que no lo he visto en mi vida si no es ahora.

—¿Pues cómo te atreviste á tanto?

—Es, señor, que el tal frailote viene del monasterio de Tomeras, del cual ha recibido tantos daños esta santa casa; y así Dios me ayude, que no juzgúe que nuestro abad le soltara sin una mano de azotes, dados por estas mias, que se pintan solas para mullir carne de pícaros.

—¿Le conocerias si otra vez le vieses?

Precisamente para eso le descubrí la cabeza, señor; porque si otra vez le encuentro fuera del convento, no ha de írseme sin mayor racion de cordelazos y puñadas.

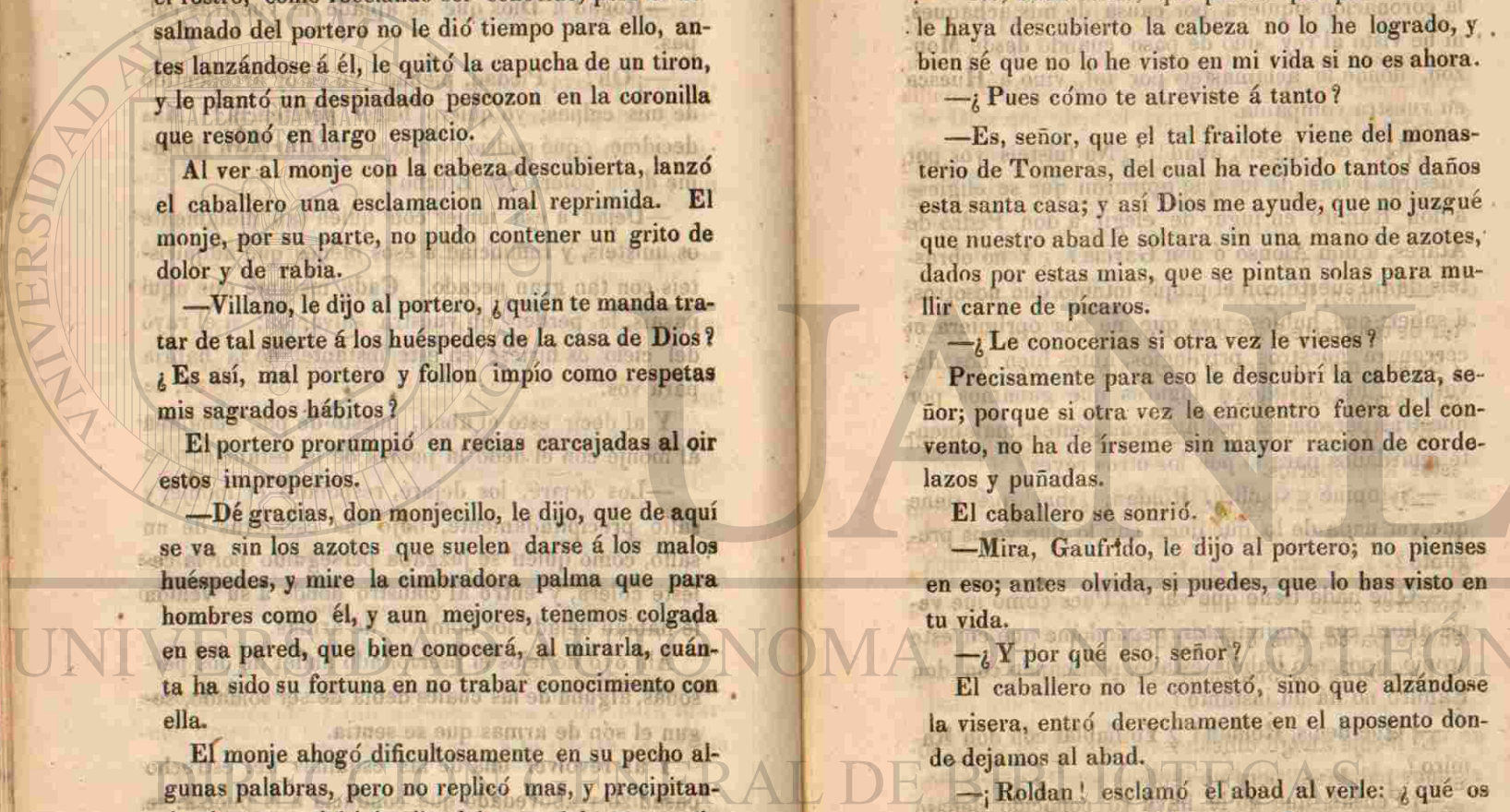
El caballero se sonrió.

—Mira, Gaufrido, le dijo al portero; no pienses en eso; antes olvida, si puedes, que lo has visto en tu vida.

—¿Y por qué eso, señor?

El caballero no le contestó, sino que alzándose la visera, entró derechamente en el aposento donde dejamos al abad.

—¡Roldan! exclamó el abad al verle: ¿qué os trae por acá á estas horas? ¿Por ventura viene con vos la escritura de cesion de las haciendas que debe el rey á esta santa casa? ¿Ha tocado al fin



010297

el cielo el corazón del señor rey para que nos haga justicia? ¿Qué nuevas traéis de la corte?

—Esas iba yo á pedirlos ahora, respondió. Roldan. ¿Quién mas enterado que vos de lo que piense el rey?

—¡Yo! exclamó el abad; pues si no he asistido á la coronación siquiera por causa de mis achaques, ni he visto al rey sino de paso cuando desde Monzon, donde le aclamasteis por tal, vino á Huesca en vuestra compañía.

—¿Que eso digais, abad! ¿No fuisteis vos por vuestras letras de los que opinaron que se eligiese á don Ramiro en lugar de elegir á don Pedro de Atares, á don Alonso ó don García? ¿Y no obrasteis de tal suerte con el propio intento que nosotros, á saber: que hubiese rey que no nos oprimiera ni cercenara nuestros privilegios, antes bien nos devolviera los castillos y lugares que ganamos por nuestras personas ó por nuestras gentes, malamente guardados para sí por los otros reyes?

—Si opiné y si obré, Roldan; ¿mas qué tiene que ver nada de lo que decís con lo que yo os pregunto?

—Que nada tiene que ver? ¿Pues cómo me venís ahora con fingimientos, negándome que en este propio aposento habeis estado platicando con don Ramiro no há un instante?

—¿Qué decís, Roldan! ¿Yo hablar con don Ramiro?

—¿Pensais que no le haya yo conocido debajo de sus viejos hábitos de fraile benito?

—¿Con que era ese el rey? prorumpió el abad espantado. ¿Con que ha sido el rey á quien he tenido á mis piés en penitencia?

—Comienzo á creer que no le habeis conocido, abad.

—Podeis creerlo, Roldan; y ¡oh! si supierais lo que ha pasado entre nosotros?

—¿Qué?

—Basteos saber que le he mandado en nombre de Dios que deje el reino, que deje á su mujer, y que vuelva al claustro.

Roldan dió una violenta patada en el suelo, y exclamó:

—Habeis perdido nuestra causa, abad.

—La he perdido, sí; pero he salvado su alma; no me arrepiento de lo que he hecho, dijo el abad gravemente.

—¿Eso mas? proumpió ciego de cólera Roldan. Cuando yo venia á consultar con vos los medios de rematar nuestra obra, y me encuentro con que de vos ha sido destruida toda ella, haréis gala aún de vuestro hecho? Si ese hombre amara la corona como nosotros pensamos que la amara, y como debiera amarla, pondrian con él nuestras amenazas, valdria con él la intimidación para que nos entregara cuantas tierras y castillos le pidiéramos, y aun para que nos concediera cuantos privilegios nos estuvieran bien. Pero si vos habeis hecho nacer en su alma el remordimiento; si desprecia el poder, la corona; si renuncia á uno y otra, ¿con qué le haremos fuerza en adelante? No tengo mas esperanza

si no es que no haya escuchado vuestras amonestaciones. ¡ Es tan seductora la corona !

—Inútil esperanza, Roldan; está resuelto á dejarla y la dejará; yo defenderé en cuanto pueda los derechos temporales de mi casa, mas no ha de ser contradiciendo las obligaciones de mi espiritual ministerio.

—Mal haya vuestros escrúpulos, padre; que yo sé que á conocer quien era, no le hablarais con el santo celo con que sin duda le habeis hablado. Mas no hay tiempo que perder; si á vos os place, salios de la liga y abandonad vuestras pretensiones. Yo de mí sé decir que ahora mismo parto para Huesca á concertarme con mis compañeros y á remediar el mal que habeis hecho: que si éste se obstina en ser monje, será preciso que nosotros elijamos otro rey que bien nos cumpla en lugar suyo.

Y de como esto habló Gil de Atrosillo, calóse de nuevo la visera y salió de la sala.

—No le hagais que pierda su alma, mirad que es gran pecador, mirad que es forzosa su penitencia, le gritó el abad.

Pero el caballero ya no le oia.

Bajó rápidamente, cruzó el claustro y los pasadizos, montó á caballo en la barbacana, y en compañía de dos escuderos que allí le estaban aguardando, tomó á toda rienda el camino de Huesca, salvando primero la empinada y revuelta senda que bajaba del monasterio á la llanura, y luego los vados del Isuela que con sus aguas le cerraba el camino,

— 55 —
CAPITULO VI.

Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algunos nudos y oscuridades que dejan de sí los precedentes.

Ay cuánto de dolor está presente !

Fr. Luis de Leon.

Pasó la noche de aquel dia en que hubo lugar la coronacion del rey don Ramiro con gran sosiego y silencio en la gran ciudad de Huesca.

Los honrados burgueses descansaron del placer del dia, que mas que nada cansan los placeres en este mundo; y de la muchedumbre de forasteros que al gran rumor de las fiestas habia acudido á Huesca, muchos fueron los idos en el punto en que se acabaron las luminarias y el sarao del alcázar,

si no es que no haya escuchado vuestras amonestaciones. ¡ Es tan seductora la corona !

—Inútil esperanza, Roldan; está resuelto á dejarla y la dejará; yo defenderé en cuanto pueda los derechos temporales de mi casa, mas no ha de ser contradiciendo las obligaciones de mi espiritual ministerio.

—Mal haya vuestros escrúpulos, padre; que yo sé que á conocer quien era, no le hablarais con el santo celo con que sin duda le habeis hablado. Mas no hay tiempo que perder; si á vos os place, salios de la liga y abandonad vuestras pretensiones. Yo de mí sé decir que ahora mismo parto para Huesca á concertarme con mis compañeros y á remediar el mal que habeis hecho: que si éste se obstina en ser monje, será preciso que nosotros elijamos otro rey que bien nos cumpla en lugar suyo.

Y de como esto habló Gil de Atrosillo, calóse de nuevo la visera y salió de la sala.

—No le hagais que pierda su alma, mirad que es gran pecador, mirad que es forzosa su penitencia, le gritó el abad.

Pero el caballero ya no le oia.

Bajó rápidamente, cruzó el claustro y los pasadizos, montó á caballo en la barbacana, y en compañía de dos escuderos que allí le estaban aguardando, tomó á toda rienda el camino de Huesca, salvando primero la empinada y revuelta senda que bajaba del monasterio á la llanura, y luego los vados del Isuela que con sus aguas le cerraba el camino,

— 55 —

CAPITULO VI.

Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algunos nudos y oscuridades que dejan de sí los precedentes.

Ay cuánto de dolor está presente !

Fr. Luis de Leon.

Pasó la noche de aquel dia en que hubo lugar la coronacion del rey don Ramiro con gran sosiego y silencio en la gran ciudad de Huesca.

Los honrados burgueses descansaron del placer del dia, que mas que nada cansan los placeres en este mundo; y de la muchedumbre de forasteros que al gran rumor de las fiestas habia acudido á Huesca, muchos fueron los idos en el punto en que se acabaron las luminarias y el sarao del alcázar,

y otros se prepararon con el reposo de la noche á hacer larga jornada el dia siguiente.

Amaneció Huesca en él como una belleza de treinta años, que deja sus galas y se entrega al sueño despues de largas horas de celos y de amor, y de danza y estruendo.

No hay cosa mas triste que el lugar en donde ha gozado el alma, cuando pasado el placer se le mira de nuevo.

Tales y tan tristes parecian las calles y plazas de Huesca, que al asomar la cabeza los vecinos por sus estrechas ventanas, esclamaban de consuno: ha caido sombra sobre la ciudad. Y nunca en verdad habia lucido el sol con mas ricos reflejos y con esplendor mas grande.

Este dia era completamente contrario al anterior.

Mal dia para el comun de los ciudadanos. Gran dia para aquellos tristes en quienes el otro hubiese enjandrado penas, que de todo hay en los grandes regocijos, y es ley eterna del mundo que no haya risa á la cual no responda un llanto.

Así es como en el alcázar de los poderosos reyes de Aragon saludan al nuevo dia por lo mismo que es triste, por lo mismo que trae sombras, las dos personas de quien menos pudiera imaginarse que tal hicieran. El rey recién coronado y la reina recién casada; don Ramiro y doña Inés.

Pintar los tormentos que padeció durante aquella noche la noble hija de los de Poitiers, fuera imposible; que los tormentos supremos del alma no se

pintan, como no puede pintarse el espíritu impalpable y á la par invisible, donde nacen y se sustentan.

Doña Inés amaba á don Ramiro con ternura; amaba al hijo que sentia en sus entrañas, porque las madres aman sin ver y sin oír, y sin saber aún si llegará á existir el ser que aman. Amaba tambien el trono y la grandeza que la rodeaba, y ¿por qué no habia de amarlos? ¿Por ventura no son dignos de tentar á cualquiera alma humana la dorada silla donde se sientan los reyes sobre todos los hombres y sobre todas las mujeres, y la obediencia de tantos, y el amor de tantos, y el poder de tanto hacer y tanto conseguir como llegue á desear el ánimo?

Pues doña Inés que, como decimos, amaba á su esposo, y amaba al hijo por nacer, y amaba el trono, ¿qué no sentiria viendo perdidos esposo y trono para sí, trono y padre para su hijo?

Y á todo esto lo que mas debia llegarle al alma era ignorar la causa de mal tamaño, y no hallar ni de cerca ni de lejos algun remedio.

La causa muy bien la sabia don Ramiro, pero con el remedio no acertaba mas que su doliente esposa.

Nuestros lectores deben saber, no por el relato de nuestro cronista que anda en esto harto confuso, sino porque así se cuenta en todas las historias de España, que el rey don Ramiro II, era monje en el monasterio de Tomeras, cuando los grandes de Aragon, congregados y reunidos en las cortes de Monzon, determinaron alzarle rey.

Su padre, Sancho Ramirez, estando sobre Huesca, imaginó hacer un dón, el mayor que pudiera al cielo para que se le mostrase propicio en aquella empresa, y el dón no fué otro que este hijo, á quien metió de monje de San Benito en el monasterio de Saint-Pons de Tomeras. De allí quisieron promoverle repetidas veces sus hermanos, los gloriosos reyes don Pedro y don Alonso el Batallador, á alguna mitra ó prelacia de importancia, donde diese honor á lo ilustre de su nacimiento, y en diversas ocasiones le nombraron para la abadía de Sahagun y los obispados de Burgos, Pamplona y Roda; pero el monje, bien hallado con la vida ascética que traía, no llegó á tomar posesion de tales puestos, y permaneció en el convento de Tomeras, hasta que, como arriba decimos; le alzaron por rey los señores aragoneses, y le buscaron esposa jóven y bella, y de calidad correspondiente á la suya.

Gran mella debieron hacer los encantos del poder, gran mella tambien las caricias de aquella mujer jóven, hermosa, y cortesana, en el corazón del monje, que desde sus primeros años no habia pensado en otra cosa que en el claustro, ni imaginado otra vida que la del cenobita.

¿Qué tiene de extraño que prestase fácil oído á los que le predicaban que la salud pública demandaba su apostasia, y que antes serviria á Dios en el tálamo y en el trono que en los altares? ¿Qué tiene de extraño que el amor por una parte, por otra el poderío, las caricias de aquí, de allá las lisonjas, apartasen de su memoria por algunos meses los ci-

licios y el convento? ¿Era doña Inés tan bella! ¿Es tan encantadora la lisonja! Es tan deslumbrador el brillo del trono!

Mas si hubo un punto en que estuviesen sus recuerdos entibiados, nunca á la verdad se vieron muertos.

Tal vez doña Inés recogió en momentos de embriaguez y de encanto una mirada de pavor en los ojos de su esposo; tal vez sorprendió en él un movimiento instintivo de retraimiento y como de repugnancia. Y es cierto que al consultar con los ricos hombres sobre las pretensiones de don Alonso de Castilla y la rebeldía del de Navarra, y al oír hablar de alardes y arreos de guerra, de los peligros y empresas que para defender su trono eran indispensables, solia echar de menos don Ramiro la tranquilidad que durante cuarenta años le habia proporcionado la vida monástica.

A medida que avanzaba el tiempo y se disipaba el encanto del primer instante, mayores inquietudes sentia en el alma; inquietudes vagas, sin forma ni color. ¿Y quién habia de decir que el dia de la coronacion y jura hubiese de dar tan horrenda forma y color tan siniestro á aquellas vacilaciones de su espíritu?

No tenemos ya que narrar cómo concluyó aquella fiesta; el rey estuvo á punto de perecer, y solo se salvó por un género de milagro. Mas ello es cierto que en el punto de inquietud en que se hallaba su alma, aquello fué una tea que tocando en

hacinados combustibles produjo un horrible incendio.

El remordimiento mal escondido hacia algunos meses, asomó de repente en el alma del monje: parecióle ver el semblante de Dios irritado de su apostasia; tremendo como cuando maldijo á Sodoma; negado ya á toda misericordia para con él. La tarde de aquel dia la pasó en hondo afán y recelo; no miró siquiera una vez á sus caballeros que por celebrar su coronacion rompian lanzas y esponian sus cuerpos al hierro; no hubo medio de que ni en una ocasion viniera la risa á sus labios.

Acabáronse las justas y el rey se retiró á su alcázar y se encerró solo en su aposento. ¡Loca idea buscar la soledad en tal momento! Son pocos los hombres que pueden consultar sus penas con el silencio de la noche y la soledad; pocos, como pocas son en ellos las conciencias justas y los ánimos justos.

Ni uno ni otro tenia á la verdad don Ramiro.

Estaba su aposento en una torre ochavada, obra misteriosa de los moros, y desde las ventanas se descubrian muy bien la corriente del rio y la campiña; pues cada vez que algun lucero se reflejaba en las paredes de la torre, miraba el monje sin querer los letreros árabes, allí esculpidos, y pareciale ver en ellos el *mane thezel phares* de la Escritura; no recordaba entonces que aquellas estrañas letras las hubiese visto nunca. Movia el viento levemente los álamos del Isuela, y pareciale al monje que eran fantasmas que salian del lecho del rio y cami-

naban hácia las ventanas de su aposento para prenderle y conducirle á la mansion de los réprobos. Dos ó tres veces puso el oido junto al muro, por ver si era la voz de Dios lo que sentia, y no era sino el agua del rio que allí enfrente de la torre se quebraba en unas piedras.

Rendido de tanto luchar consigo mismo, levántase al fin, y casi instintivamente saca los hábitos de su órden que conservaba en su cámara, vistese-los y sale del aposento y luego del alcázar.

El aire de la noche no alcanzó á templar en lo mas mínimo el ardor de su frente.

Hubo un instante en que pensó ponerse en camino para Tomeras, y arrojarse en brazos de aquel abad que habia sido su maestro; pero al ver brillar al lejos sobre la cima de un monte las luces de Mont-Aragon, recordó que el abad de aquella casa era tenido por de los mas santos de la comarca, y allá camino sin demora.

Tampoco tenemos que narrar lo que le ocurrió en el monasterio, porque todos nuestros lectores habrán ya adivinado que aquel monje benito que tan agitada conferencia tuvo con el abad Fortuño no fué otro que él.

Vuelto al alcázar entró en el aposento de su mujer y participóla cómo tenia resuelto separarse de ella.

Y hé aquí cómo por tan largo rodeo hemos venido á dar en que don Ramiro bien sabia la causa de su estraña determinacion, ya que el remedio no se le alcanzase mas que á su infortunada esposa.

Porque á la verdad, las palabras de doña Inés habian acabado de poner en desórden las ideas de don Ramiro.

Ser padre y huir del hijo; tener una corona y dársela á otro que no á él; sellar su frente al nacer con una marca de baldon; y depararle una vida oscura y pobre en lugar de otra gloriosa y feliz, son cosas que espantan al corazón mas animoso y que contrarestan las mas grandes ideas en el hombre que siente y que piensa.

Don Ramiro vino resuelto de Mont-Aragon á renunciar a aquel mismo dia la corona en cualquiera de sus competidores y abandonando á la reina, volver á los pies del abad para obtener la absolucion y pasar el resto de su vida en el claustro con mayores cilicios y penitencias que nunca. Pero al oír de doña Inés que estaba embarazada, sintió vacilar su propósito, dudó, tembló, y el alba del dia en que debia ejecutar sus intentos, amaneció sin que nada hubiera resuelto todavía.

El primer rayo de luz que penetró en su estancia lució para él no menos siniestro, que luce para el reo que está en capilla aquel que le anuncia el dia postrero.

Tanto luchar le fatigaba, le rendia; y sin embargo, mas amaba la lucha que la resolucion, cualquiera que fuese, porque de las dos que miraba como posibles tanto temia á la una como á la otra.

Lucha del espíritu con el espíritu, del sentimiento divino con el sentimiento humano, del precepto sobrenatural con el natural; lucha que Dios envió á

Abraham para probar su fidelidad, y que apenas cabe dentro de un alma por grande que sea; lucha que solo comprenderán los padres y las madres que por azar recorran estas páginas y que apenas acertarán á concebir los que no lo sean.

El primer impulso, el impulso espontáneo, enérgico de la voluntad, le dice siempre al padre que se sacrifique por su hijo; pero ¿ha de sacrificarle tanto como la vida eterna? ¿Ha de sacrificarle el mandato de Dios? ¿O ha de postrarse de nuevo don Ramiro á los pies del abad de Mont-Aragon, dejando infamado y sin corona á su hijo?



CAPITULO VII.

De una plática sentencial que pasó entre el rey don Ramiro, de buena memoria, y la reina doña Inés de Poitiers.

La fortuna reunió á José y á Zulaika en este mundo; mas cómo había de permitir que gozasen de perpetua felicidad los dos esposos?—Ella no puede ver que nadie esté tranquilo: no puede vivir sin hacer desgraciados.

Poema indio de José y Zulaika
—POR AMIN.

En tales angustias estaba don Ramiro, cuando de repente se le puso ante los ojos su esposa doña Inés, pálida, descompuesta, sin otras galas que el dolor, sin mas compañía que el llanto.

No podía haber llegado mas á propósito; don Ramiro comenzaba á sentir que no bastaba su ánimo

para soportar, ni bastaba su pensamiento para resolver tan grandes contrariedades como albergaba en el espíritu.

Al ver á doña Inés, que era tan infeliz como él, ó mas todavía, y sin culpa alguna; al contemplar doloridos sus ojos, donde tantas veces había encontrado ventura, y pálidas sus mejillas, y contristadas todas sus facciones, notó que la piedad embargaba su voluntad, y sintió arder por un momento en su alma el amor antiguo.

Dió algunos pasos hácia ella, y ya iba á hablarla, cuando doña Inés se le antepuso diciendo:

—¿Queréis oirme, don Ramiro?

—Háblad, hablad, respondió el rey.

—No vengo, continuó diciendo doña Inés, á reclamar el amor que habeis quitado de mí.

—Ojalá, señora, que pudiera devolvéroslo!

—No vengo á preguntaros siquiera la causa de mi desdicha, que bien sé que en nada os he faltado, y harto se me alcanza que para dejarme os han de sobrar pretextos que esponer y razones con que escudaros.

—Así es la verdad, doña Inés, no me habeis faltado en nada; y es cierto tambien que me sobran razones para apartarme de con vos.

Doña Inés se mostraba asombrada de la fria seguridad con que el rey asentia á su discurso.

—Sé, pues, que debo resignarme á vuestra injusticia, prosiguió con algun mas calor que en los principios, y que en adelante nada debo de solicitar de vos que sea para mí.

—¿Injusticia decís, doña Inés? replicó ya don Ramiro sin mas estar en su mano el guardar reparo. ¡Injusticia! Si la hubo fué al tomaros por esposa, fué al unir mi suerte con la vuestra, al compartir con vos el regio tálamo.

—Soy noble, rey don Ramiro, repuso doña Inés, que con aquellas palabras de su esposo creyó afrentada su alcurnia; soy noble, y los de mi casa no es esta la primera vez que se sientan en tronos. Mas de todas suertes, mirad si os conviene, don Ramiro, afrontar á la mujer que fué vuestra esposa, por solo que ya no la ameís.

—No me habeis entendido, doña Inés, replicó el rey; y es que ignorais todavía la causa de nuestra desdicha. Jamas ha habido mujer mas digna que vos de ocupar un trono, ni mas capaz de hacer feliz á un esposo que no tuviese, cual yo tengo sobre mí, el anatema del cielo. El mal estuvo precisamente en que yo os amase tanto como os he amado; en que vos me correspondierais tan fielmente como me habeis correspondido, en que háyamos sido tan dichosos como lo hemos sido.

—Ahora sí que no os entiendo, exclamó doña Inés asombrada.

—¿No habeis visto cuánto peligro ha corrido mi vida esta tarde? Pues ese fué aviso del cielo que manda que nos separemos; estamos en pecado, doña Inés; estamos en pecado, y no hay poder humano que pueda reunirnos mas en este mundo.

Doña Inés, que era crédula por demas, como todas las mujeres de su tiempo, y que habia oido ha-

blar continuamente en su infancia de avisos del cielo, tuvo por verdadero lo que su esposo decia, y lloró en silencio algunos instantes.

—¿Labeis, exclamó luego, que se me ha quitado un gran peso del alma?

—¿Por qué, doña Inés?

—Porque ya sé que vos no me aborreceis; ya sé que no soy indigna de vos; ya sé que ninguna otra mujer me ha usurpado vuestro corazon. Ahora, si el cielo os ha avisado de que no debeis hacer vida conmigo, separémonos y amémonos de lejos.

—Sois una santa, doña Inés, dijo el rey con dulzura. ¿Sabeis que con oiros se me ha quitado tambien un muy gran peso del alma?

—Resignémonos con la voluntad de Dios.

—Resignémonos, doña Inés, que él es quien sabe todas las cosas; y así como nos juntó, nos separa ahora para probar nuestra fidelidad.

Don Ramiro no estaba ya desesperado sino enternecido: doña Inés aparecia mas tranquila, pero de sus ojos corrian aún abundantes lágrimas.

—¿Sabeis qué pienso, don Ramiro? dijo doña Inés. Eso solo me traia, y con la conversacion se me habia ido olvidando. Venia á deciros que ya que me abandonaseis á mí, cuidaseis al menos de nuestro hijo. ¿Qué hemos de hacer con él ahora? ¿Quién de los dos habrá de guardarle y enseñarle el nombre del padre ausente?

Aquellas palabras hirieron á don Ramiro como hiere los ojos la luz inesperada de un relámpago.

—Es verdad, doña Inés. Y nuestro hijo; ¿Qué hemos de hacer con él?

—Sus abuelos y su padre fueron reyes; y él no lo será.

—Triste suerte la suya, doña Inés.

—Acaso sea vuestra propia imagen, y sin embargo, reducido á la condicion particular, miraráse menospreciado de los otros reyes y tratado como igual por nuestros vasallos.

—Es verdad; ¡será menospreciado de los reyes; será de otros reyes vasallo!

—¿Y quién sabe si don Alonso de Castilla ó don García de Navarra, ó el mismo don Pedro de Atarés, cualquiera, en fin, á quien pongan ahora por rey los aragoneses, se vengarán de nuestro hijo por cualquier modo? Nuestro hijo les daría harta sombra en sus reinos, y de esas cosas se ven muchas por el mundo.

—¡Oh! teneis razon, doña Inés, prorumpió el rey; es imposible que nosotros desheredemos á nuestro hijo.

—¿Y el mandato de Dios, don Ramiro? Mas en verdad que el inocente infante no puede estar comprendido en su ira: si él no ha podido ofenderle, ¿cómo ha de llevar tan gran castigo? ¿Qué parte tenía él en las culpas de sus padres?

—No, no le desheredaremos, doña Inés, repitió el rey; suceda lo que suceda, la corona de Aragon será para nuestro hijo.

—¡Oh! gracias, gracias, señor, exclamó doña Inés, arrodillándose delante del rey; mirad, no me

atrevo ya á abrazaros; pero nunca me habeis parecido tan grande como ahora; nunca os he amado tanto como en este momento. Perezcamos nosotros, si es posible; padezcamos tormentos eternos, pero salvemos á nuestro hijo de la afrenta y aun de la muerte que le espera.

—Me haceis temblar, doña Inés. ¿Prefeririais vos la condenacion eterna á arrebatár el trono á nuestro hijo?

—Yo no sé lo que me digo, señor. Mas Dios, que á vos os hizo padre, y á mi madre, perdonará nuestro amor, y él nos dará tiempo de hacer penitencia despues que hayamos logrado nuestro intento.

—Amen, doña Inés, amen. No habrá cilicio que yo no me imponga desde este momento, y el tiempo que medie desde ahora hasta el dia en que veamos rey á nuestro hijo, lo pasaré orando por él y por nosotros.

—Yo os imitaré en la penitencia y oraciones.

—Pero ¿sabeis, doña Inés, que ya no debemos hablarnos juntos si no es en público? ¿Sabeis que en adelante no hemos de ser otra cosa que hermanos?

—¿Y qué importa, si lo principal está conseguido? ¿Veis estas lágrimas, don Ramiro? Son de amor que os tengo, de amor que me abraza las entrañas, y que acabará por quitarme la vida; pero aun soy capaz de este sacrificio y del otro no lo era; aun soy capaz de separarme de vos y no lo era de abandonar á nuestro hijo.

—Y yo tambien, doña Inés, os amo con toda mi

alma. Como que no he conocido otra mujer que a vos, ni en otra he puesto jamas el pensamiento. Pero advertid que tales palabras no nos son ya permitidas: habladme como á un hermano.

—Está bien, señor; no sé si podré acostumbrarme; voime á ensayar en ello.

—Id con Dios, dijo don Ramiro tristemente.

Doña Inés dió algunos pasos, y volvió luego la cabeza; sus ojos eran un mar de llanto, y los ojos de don Ramiro denotaban el dolor mas intenso.

—¿Me negaréis el ósculo postrero? dijo doña Inés timidamente.

—¡ Ah! exclamó don Ramiro, y se cubrió el rostro con entrambas manos.

Doña Inés no insistió, y haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, salió de la estancia.

CAPITULO VIII.

Que sirve para dar tiempo al tiempo y ocasion á que vengan otros inauditos sucesos.

—Quien espera desespera.

Pasaron seis meses tranquilamente ó al menos sin alteracion alguna en las cosas del reino.

El rumor de la renuncia del rey, que comenzó á correr entre la muchedumbre, fuese lentamente apagando.

Los ricoshombres y prelados, alarmados en los principios con la relacion de Roldan, llegaron á creer que aquel intento no se realizaria ya.

Unicamente la reina doña Inés, en soledad de continuo, y de continuo llorosa, era sabedora del secreto y vivia con zozobra y sentia que el pesar

se le aumentaba á medida que mas cerca llegaban los sucesos.

La bella hija de los condes de Poitiers habia salvado los derechos de su hijo; pero no habia sido sino á costa de los suyos propios.

En adelante solo la ternura filial podia ocupar sus horas, porque de esposa no le quedaba mas que el nombre, y de reina solo le quedaba escaso tiempo y azarosa vida.

Y en tanto pesar la desventurada doña Inés, no contaba siquiera con el consuelo de depositar sus confianzas en un pecho amigo; porque á su esposo no le veia, sino en público, y en su corte no habia otra persona que le inspirase cariño sino aquella Castana su doncella, en la cual era mayor el buen deseo que no la cordura; de suerte que no parecia prudente poner en sus manos secreto de tanta monta.

Sin embargo, con esta Castana era solo con quien hallaba algun alivio la reina, recordando á su lado cosas pasadas, como las fiestas del dia de su boda y las aclamaciones con que fué recibida por la corte de Aragon al llegar á la frontera, y el llanto de sus padres al dejar tal hija en tierra estraña. Hablaron tambien en diversas ocasiones del azar del dia de la coronacion, del peligro del rey, de la destreza del almogávar, mas notábase en esta última plática, que la reina hablaba como á su pesar, como si la fuera molesta, y Castana, por el contrario, se fijaba en ella con notorio deleite.

Y ello es que huyendo la reina de recordar el su-

ceso y buscándolo Castana, solian concluir las mas de las veces con este diálogo:

— No has vuelto á saber del almogávar, Castana?

No señora; no se ha vuelto á saber de él por mas que no falte quien haya preguntado.

— Habrá perecido en alguna de esas guerras que los de su gente mueven en la frontera.

— No lo permita dios, señora; no creo yo que haya fenecido, porque no conozco á nadie capaz de matarle en lid; y en la montaña no se hallan traidores que fuera de ella maten al contrario.

— Sabes que quisiera volverle á ver para hacerle algun favor?

— Y mucho que lo creo, señora mia, y no lo deseo yo menos que vos.

— Castana, ¿ estás prendada del almogávar?

— No señora, no; esto que siento desde que le ví debe de ser agradecimiento de mi lealtad por el servicio que prestó al rey.

Sonreíase la reina al escuchar tales palabras, y al punto pasaba á otra cosa, porque era grande, como hemos dicho, el horror que ella mostraba á tal historia.

Don Raimiro, por su parte, divertía el tiempo de un modo que á muchos pareció estraño, puesto que no llegaron á comprender hasta mas tarde su verdadero significado.

En otro lugar hemos hablado de la predileccion que suele mostrar el cronista muzárabe, de quien tomamos este relato, por cierta iglesia de San Pe-

dro, donde él y sus padres y abuelos desde el tiempo de los godos asistían diariamente á los oficios divinos sin empescerles que estuviera la ciudad en poder de musulimes.

Pues esta iglesia, á la cual llamaban ya en la era de la conquista, que está muy cerca de ochocientos años distante de nosotros, San Pedro el viejo, á causa de su antigüedad remota, comenzó á aumentar y engrandecer don Ramiro.

Habia en ella convento de benitos, los cuales hacían muy penitente vida, y oraban de continuo al pié de aquellos altares levantados quizá de orden de los procónsules de Constantino, y en el estrecho y modesto cementerio en cuyas piedras aquí y allí plantadas sobre las sepulturas se leían todavía nombres romanos y godos.

Emprendió el rey la construcción de un claustro anejo á aquella antiquísima iglesia, y diariamente se le veía asistir á los trabajos y dirigirlos, y aun emendar con sus propias manos los toscos dibujos de los escultores de la época, y ayudar con ellas á levantar las columnas y chapiteles que habían de cerrar el claustro.

Nunca obra mas sombría reflejó mas sombríos pensamientos.

Nadie entrará de seguro en tal claustro, intacto aun hoy día, que no sienta en su corazón algo de pavor, de misterio, de tristeza.

Aun pregonan aquellos muros que son obra de un monje, sin otros deseos que el silencio de la soledad y el reposo de la muerte; de un penitente que

puesto en Dios el espíritu no deja para los sentidos del cuerpo ni luz, ni aire, ni agua, sino solamente tierra; de un hombre á quien la vida mortificaba, y el pensamiento de morir se le aparecía de continuo.

El claustro de San Pedro el viejo, es una tumba.

Allí fué donde al cabo de los seis meses que hemos señalado al comenzar este capítulo recibió nuevas el rey de que la reina estaba de parte. Y por primera vez desde el día de la coronación animóse su rostro un tanto, y una idea humana, terrenal, cruzó por su mente.

Horas después vinieron á decirle que la reina había dado á luz felizmente una criatura.

— ¿Es varón ó hembra? preguntó sin dar tiempo á que el mensajero se lo dijera.

— Hembra, respondió el mensajero.

— Pues será preciso que contraiga esponsales desde niña, murmuró entre dientes.

A la tarde de aquel día, cuando la luz faltaba ya completamente del monasterio, cuando ya no era posible seguir en la fábrica, volvió, como de ordinario, al alcázar, y entró á ver á su esposa.

— Mirad, señor, á vuestra hija, le dijo doña Inés con los ojos arrasados en lágrimas.

— Es hermosa como vos, respondió don Ramiro.

— Hermosa como yo! Y la pobre mujer no osó siquiera darle el nombre de esposo. Gracias, señor, dijo, gracias.

Don Ramiro se inclinó sobre la frente de la tierna princesa y puso en ella los labios.

Luego, recobrando al parecer su ordinaria frialdad, dijo:

—Aragon os saludará desde este día feliz como madre de su reina.

—¡Día feliz! repuso la reina: sin duda que lo es, señor; sin duda que debe serlo.

Don Ramiro comprendió que había cometido una indiscreción, pero no estaba para remediarla. A pesar de la frialdad que mostraba tener, lo cierto es que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. La naturaleza, siempre poderosa, vencía por un momento á la preocupacion extraordinaria de su espíritu.

—Ponedla, doña Inés, vuestro nombre, dijo por fin con mal encubierta ternura.

Las mujeres saben apreciar muy esquisitamente todos los sentimientos tiernos, todas las ideas delicadas.

Al oír aquellas palabras que le mostraban tan claramente los sentimientos de su esposo, no pudo resistir la reina mas, y prorumpió en un copioso llanto.

—No, mi nombre no quiero que lo tenga, no quiero que sea cual yo de desdichada.

—Sosegaos, señora, dijo don Ramiro. Contad que esa agitacion y ese sentimiento pueden seros funestos á vos y vuestra hija.

Y como esto dijo, se salió de la estancia.

La princesa fué bautizada con gran pompa al día siguiente, y con efecto no se le puso el nombre de doña Inés. San Pedro el viejo era la tumba elegida por el rey, y en triste memoria de aquel lugar

le pusieron Petronila. En cuanto á don Ramiro, reservado, como siempre, en sus pensamientos, y como siempre misterioso, continuó yendo todos los días á San Pedro el viejo, para andar á la mira de las obras del claustro.

Solo se notó que desde el nacimiento de su hija aceleraba mas que antes los trabajos, y se mostraba mas deseoso aún de que se concluyesen.

Todavía se ven en el claustro las parduscas columnas; ora aisladas, ora agrupadas de dos en dos ó de cuatro en cuatro, que hizo levantar en aquellos días don Ramiro.

Todavía duran los chapiteles donde labraron á su vista los mejores artífices de su tiempo flores desconocidas y hojas de familia indescifrable; guerreros que parecen monjes, y monjes que tienen traza de soldados; reyes, obispos, escuderos, monaguillos en concursos, y procesiones que por tal ó cual atributo se conocen, no por la espresion de los rostros ó la propiedad de los vestidos.

Allí se ven aun brazos que parecen cuerpos, y cuerpos que parecen brazos; allí caras mayores que los cuerpos que las sustentan, ó cuerpos gigantes para rostros de niños.

¡Absurdos respetables! Errores que el entendimiento saluda con entusiasmo, porque en ellos se meció la cuna del arte moderno.

¿Quién diría hoy cuáles fueron las indicaciones, cuáles las mejoras que el monje-rey introdujo en aquellas obras? Pequeños incidentes son y deta-

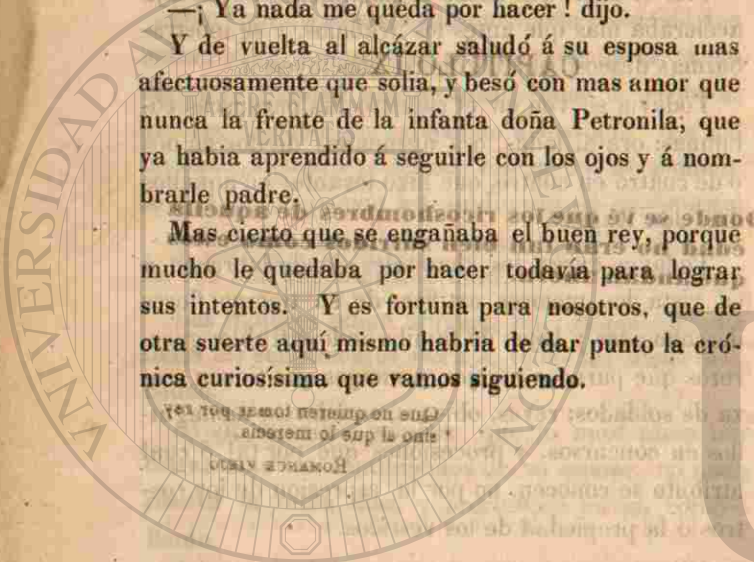
lles á los cuales solamente da valor y aun preciosidad el largo trascurso de los años.

Dos muy cumplidos gastó don Ramiro en aquella obra, y cuando la vió terminada no pudo contener una exclamacion de alegría:

—¡ Ya nada me queda por hacer ! dijo.

Y de vuelta al alcázar saludó á su esposa mas afectuosamente que solia, y besó con mas amor que nunca la frente de la infanta doña Petronila, que ya habia aprendido á seguirle con los ojos y á nombrarle padre.

Mas cierto que se enganaba el buen rey, porque mucho le quedaba por hacer todavía para lograr sus intentos. Y es fortuna para nosotros, que de otra suerte aquí mismo habria de dar punto la crónica curiosísima que vamos siguiendo.



En un gran salon del alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera y voluptuosos cogines orientales, mirábanse reunidos cierto dia como hasta quince ricoshombres, los mejores del reino.

...los cuales solamente da valor y aun preciosidad el largo trascurso de los años. Dos muy cumplidos gastó don Ramiro en aquella obra, y cuando la vió terminada no pudo contener una exclamacion de alegría: —¡ Ya nada me queda por hacer ! dijo. Y de vuelta al alcázar saludó á su esposa mas afectuosamente que solia, y besó con mas amor que nunca la frente de la infanta doña Petronila, que ya habia aprendido á seguirle con los ojos y á nombrarle padre. Mas cierto que se enganaba el buen rey, porque mucho le quedaba por hacer todavía para lograr sus intentos. Y es fortuna para nosotros, que de otra suerte aquí mismo habria de dar punto la crónica curiosísima que vamos siguiendo.

CAPITULO IX.

Donde se vé que los ricoshombres de aquella edad no eran tan bien sufridos como estos que andan ahora.

Que no quieren tomar por rey sino al que lo merecia.

ROMANCE VIEJO.

En un gran salon del alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera y voluptuosos cogines orientales, mirábanse reunidos cierto dia como hasta quince ricoshombres, los mejores del reino.

Pedro de Luesia el arzobispo, era uno, y otro aquel Roldan tan determinado, y Gil de Atrosillo, y Miguel de Azlor, y Sancho de Fontova, y el viejo Ferriz de Lizana, y un cierto Garcia de Peña, y



lles á los cuales solamente da valor y aun preciosidad el largo trascurso de los años.

Dos muy cumplidos gastó don Ramiro en aquella obra, y cuando la vió terminada no pudo contener una exclamacion de alegría:

—¡ Ya nada me queda por hacer ! dijo.

Y de vuelta al alcázar saludó á su esposa mas afectuosamente que solia, y besó con mas amor que nunca la frente de la infanta doña Petronila, que ya habia aprendido á seguirle con los ojos y á nombrarle padre.

Mas cierto que se enganaba el buen rey, porque mucho le quedaba por hacer todavía para lograr sus intentos. Y es fortuna para nosotros, que de otra suerte aquí mismo habria de dar punto la crónica curiosísima que vamos siguiendo.

CAPITULO IX.

Donde se vé que los ricos hombres de aquella edad no eran tan bien sufridos como estos que andan ahora.

Que no quieren tomar por rey sino al que lo merecia.

ROMANCE VIEJO.

En un gran salon del alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera y voluptuosos cogines orientales, mirábanse reunidos cierto dia como hasta quince ricos hombres, los mejores del reino.

Pedro de Luesia el arzobispo, era uno, y otro aquel Roldan tan determinado, y Gil de Atrosillo, y Miguel de Azlor, y Sancho de Fontova, y el viejo Ferriz de Lizana, y un cierto Garcia de Peña, y

otro nombrado Ramon de Foces, y otro aun á quien apellidaban Pedro Cornel, y Garcia de Vidaura y Pedro de Vergues, y cinco más cuyos nombres cae en la crónica.

Caballeros todos ellos, no hay que decirlo; valerosos en armas, ricos en hacienda, osados y ambiciosos á porfía basta saber que lo eran para que se suponga.

Largo rato pasaron en sabroso entretenimiento, ora repartidos en grupos, ora en general conversacion: al cabo se abrió la puerta principal del salon y dos heraldos anunciaron en alta voz al rey.

Los ricoshombres nombrados dejaron entonces su plática y se adelantaron á recibirle.

Don Ramiro parecia más contento que de ordinario, y contra su costumbre saludó muy afectuosamente á los magnates del reino.

Sentóse luego en la silla que le estaba preparada y les habló de esta manera:

—Bien sabéis, mis nobles caballeros y ricoshombres, cuán á disgusto mio fué el salir del convento y tomar mujer, y entender en el gobierno del reino. La salud del estado fué lo único que pudo mo-

verme á dejar la vida tranquila que traia, y faltar á los votos de monje que tenia hechos; pues mientras ha sido necesaria mi persona, he atendido á gobernaros como mejor he sabido, si no siempre con acierto, con buena voluntad en todas ocasiones; mas ahora siento que ya no hago falta por acá, y es hora de que vuelva á la vida penitente para la cual me juzgo hartos mas á propósito que para esta

que traigo hace dos años. Déjoo una hija que debe sucederme en el trono segun los fueros del reino, y con ella los años adelante seréis mas felices que conmigo lo habeis sido. Una cosa me falta por deciros, y es que porque haya quien atienda á la crianza de mi hija, y la defienda de enemigos y os gobierne en paz y justicia, mientras ella sube á mayor edad, he determinado darla en esponsales á algun príncipe poderoso y de probado consejo, el cual, bien miradas todas las cosas, no puede ser otro que el buen conde Berenguer, de Barcelona, caballero escelente, monarca discreto y benigno, como es sabido en todo el mundo. Dentro de una hora partirán mensajeros míos á Barcelona, llevándole al conde la propuesta de estos esponsales; mas antes he querido ponerlo en vuestro conocimiento para que, como leales que sois, me ayudeis en esta empresa.

Calló el rey, y los ricoshombres se miraron unos á otros sin poder ocultar su sorpresa.

—No os decia yo que no os harais de su aparente calma? dijo Roldan el primero. ¡Ah! mal abad de Mont-Aragon, tú tienes la culpa de todo esto.

—Sosegaos, Roldan, respondió Garcia de Vidaura. ¿No oisteis decir que del dicho al hecho hay gran trecho? Todavía ha de verse esto muy despacio.

Tales conversaciones movieron entre sí instantáneamente unos con otros todos los orentes; pero ninguno contestó al rey.

—¿Qué decís á esto? ¿No os parece del todo

acertada mi determinacion? dijo don Ramiro al notar la comun sorpresa.

Férriz de Lizana, como mas autorizado que los otros por sus canas y largos servicios y conocimiento de reyes, tomó al fin la palabra, y habló de esta manera:

—Grande espanto es, señor, lo que nos causa vuestra resolucion, no solo porque en sí ha de ser dañosa para el Estado, sino más todavía porque tal hayais pensado sin contar con nuestro consejo. Los reyes en Aragon no tienen, señor, autoridad para tanto; que así como así no tienen mas sino aquella que nuestros antepasados delegaron en ellos en el monte Pano, y vos mismo la debeis á nuestra eleccion que no á otra cosa. Dejar vos el trono será gran daño para Aragon en las presentes circunstancias; pero ¿cuánto mas no ha de serlo el que venga á gobernarnos un príncipe extranjero? De mí sé decir que no he de consentirlo.

¡ Ni yo ! ¡ ni yo ! gritaron todos al propio tiempo.

Don Ramiro se estremeció al oír aquella reprobacion unánime y no esperada.

—Nobles caballeros, dijo con vos menos firme que la majestad pedía en tal ocasion, ¿ queréis obligarme á llevar la corona en la cabeza contra mi voluntad? ¿ Queréis forzarme á que me falte á mi propio y falte á lo que debo á Dios y á mis votos? ¿ No os basta con haberme impulsado á abandonar la paz de mi monasterio? ¿ No os dejo ya lo que necesitabais, que era sucesion á la corona?

— Pobre monje! no le aflijais, dijo uno de los caballeros á los que mas cerca tenia.

— Miserable cogulla! exclamaron otros.

Férriz de Lizana volvió á tomar la palabra.

—Nosotros, dijo, no queremos forzaros á vivir en el mundo, dado que tanto os molesta: lo que deseamos es que no venga á gobernarnos un príncipe extranjero, ni elegido ni reconocido por el reino.

—¿ Pues quién ha de gobernarnos durante los menores años de mi hija? preguntó cándidamente el rey.

—¿ Quién? repuso Lizana: dejadnos á nosotros en tutela á la princesa; que nosotros buscaremos marido que le convenga, y muy bien gobernaremos en su nombre el reino hasta que se case ó éntre en la mayor edad. ¿ A quién, si no á nosotros, pertenece el disponer en estas cosas?

Por muy tímido que hicieran á don Ramiro los años de convento y de apartamiento de armas y negocios, no pudo contener una exclamacion de ira al oír tales palabras.

La sangre de su abuelo, Ramiro I, el que libró á su madrastra de la hoguera, y murió como tan bueno en Graus; la de su padre Sancho Ramirez, que murió tambien atravesado por saeta mora; la de su hermano don Pedro, que conquistó á Huesca, y la de aquel otro valentísimo hermano que acababa de morir en Fraga, bullia al cabo en sus venas; y su esfuerzo, que habia dormido por tanto tiempo, se despertó en un punto.

Vosotros, dijo, queréis que os deje á mi hija en

tutela para quitarla el ser de reina; queréis gobernar el Estado para usurpar lo poco que conserven aún la corona y el pueblo. Pues entended que no habeis de lograrlo, y que si hasta ahora cedi á cuanto quisisteis, y os di cuanto injustamente me pedirais, en adelante he de obrar como rey y he de serlo vuestro el tiempo que aun haya de estar en el trono. Si os cedi parte de mi poder y de mis bienes, cedi de lo mio; mas de mi hija no he de ceder nada; antes resistiré á todo trance vuestras pretensiones. Ea, pues, idos de mi presencia; y sabed que mal que os pese, Berenguer, conde de Barcelona, será esposo y tutor de la reina.

Al decir estas palabras, sus ojos, por lo comun apagados, brotaban fuego; su fisonomía decaida cobró una espresion y una fuerza espantables.

Los grandes, mas bien maravillados que no acobardados por aquel arranque de ira, se dirigieron hácia la puerta sin responder palabra.

Dos hombres de armas la guardaban.

—Oid los de la mesnada, dijo Ferriz de Lizana. ¿De qué casa es vuestro pendon?

—Somos, señor, respondieron los hombres de armas, de la casa de Azlor.

—Ea, pues, Miguel de Azlor, repuso Lizana dirigiéndose al ricohombre de tal apellido, que venia detras de todos, mandad á los vuestros que no dejen entrar ni salir á nadie por esta puerta sin nuestra orden. Y vosotros Roldan, Gil de Atrosillo, Vidaura, corred á vuestras mesnadas, aquí y allá puestas

de guarda en el alcázar, y que no dejen salir ni entrar á nadie, so pena de la vida.

—Vasallos, ¿os atreveis á prender á vuestro rey? gritó don Ramiro al oír aquellos estraños mandatos.

—No nos atrevemos, replicó Lizana, sino á defender nuestros fueros.

—Temed mi cólera si logro desasirme de vosotros.

—Es que acaso no lo logréis, respondió bruscamente Roldan.

Y volviéndole la espalda se alejaron los ricoshombres hablando ó riendo sin curarse de sus gritos y amenazas.

El rey se lanzó detras de ellos, pero por mas que hizo no pudo salir ya: los hombres de armas, caladas las viseras y bien empuñadas las partesanas, le cerraron el paso como si no le conociesen.

Don Ramiro se desesperó y con razon que le sobra.

No contar con esta resistencia de los ricoshombres, habia sido imprevision notable; mas el monje no lo atribuyó á eso, sino mas bien á enemistad del cielo que quería quitarle los medios de hacer penitencia y de morir en gracia.

Su cerebro enflaquecido con la continua meditacion religiosa y la continua oracion, y lleno de preocupaciones y de misteriosas historias, no podia llevar el menor peso que echase ya sobre él la fortuna.

Dos ó tres veces rogó á sus guardias que enviasen por el abad de Mont-Aragon, á fin de que al

punto le absolviese, aunque hubiera de dejar abandonada la empresa de coronar á su hija; pero los fieros adalides no hicieron caso de sus ruegos.

Su imaginacion comenzó entonces á representarle como posible que los grandes quisieran asesinarle, y antes que no la muerte espantábale el perder la vida sin haber hecho penitencia. Y al propio tiempo el gran impulso de ira que escitaron en él las palabras descomedidas de los grandes, se fué convirtiendo en abatimiento: la reaccion fue horrible.

Así pasó el resto del día encerrado, y preso en su propio alcázar el rey de Aragon, y en el entretanto todo Huesca era rumor, todo armas, todo apellidos de guerra.

De una parte los ricoshombres atendian á llevar adelante sus empeños y aunque vacilando aun en lo que les convenia hacer, disponiase ya para resistir á los amigos del rey, si los tenia, y á los reyes extranjeros que por piedad ó por ambicion pudieran acudir en su ayuda.

De otra, el pueblo, mas asombrado que resuelto, vagaba por acá y por allá llenando en copiosas muchedumbres, calles y plazas, pero sin expresar ningun sentimiento de aprobacion ni de cólera.

Y los servidores de la casa del rey, amedrentados, huian ó se escondian, que es la costumbre de tales gentes en ocasiones como ella.

En tanto la reina doña Inés, harto acostumbrada ya á no ver á su esposo, ignoró por muchas horas lo que ocurría.

Hallábase asomada en un ajimez del alcázar desde donde miraba correr las aguas del Isuela formando cien revueltas por entre los sotos frondosos de sus orillas.

Así procuraba divertir sus ojos con las hermosas vistas que descubrian; mas ¿cómo apartar de su mente tan negros pensamientos como la acosaban?

A su lado estaba Castana con la tierna princesa en los brazos. De cuando en cuando volvia el rostro la madre y aplicaba sus labios con indecible deleite en el rostro de la hija, y aun á veces la bañaba en llanto, que luego cuidadosamente secaba con su pañuelo.

Sonaron dos golpes ligeros á la puerta de la estancia, y Castana fué á abrirla llevando en brazos á la princesa.

Nunca lo hubiera hecho, porque en el propio tiempo que abria, saltaron sobre ella dos guerreros, y arrancándole el uno á la princesa de los brazos, se la dió al otro diciendo:

—Ponedla en seguro.—Y éste desapareció como un relámpago.

Castana prorumpió en un grito horrible, y cayó contra el muró desvanecida.

Doña Inés volvió el rostro al oír aquel grito: mirar y ver que no estaba allí su hija, fué obra de un instante, y dirigiéndose á aquel de los guerreros que habia permanecido en la estancia, le asió del brazo con todas sus fuerzas y le dijo con voz temblorosa:

— ¡ Mi hija ! ¡ mi hija ! ¿ Quién sois ? ¿ Qué habeis hecho de mi hija ?

El guerrero se alzó la visera y la reina reconoció en él á Roldan.

— ¿ Adónde se han llevado á mi hija, Roldan ?

¿ Esto os ha mandado el Rey ?

— Confiad, señora, en que está en mis manos: respondió el caballero.

— No, no confío en nadie: ¿ dónde está ? ¿ dónde está mi hija ? exclamó la reina.

Y seguida de Castana, que habia ya vuelto en sí del momentáneo desvanecimiento que le causara aquel suceso inesperado, se precipitó por la puerta sin saber adónde iba.

CAPITULO X.

De cómo Aznar Garcés era hombre que solia hallar todas las puertas abiertas, con otros curiosos sucesos.

Viendo cerca del pecho las cuchillas mudó la voz y dijo: Caballeros.....

¿ Asi infamais los inclitos aceros ?

ULLOA.— La Raquel.

La reina y Castana recorrieron diversas salas y aposentos, bajaron y subieron escaleras, cruzaron anchas corredores sin sentir otro ruido que el que producian sus pisadas.

— ¡ Mi hija ! ¡ mi hija ! gritaba la reina de vez en cuando, pero en vano.

Y el caso era que no sabia aún si por mandado de su esposo se la habian quitado ó no; si aun estaba ó no segura su vida.

— ¡ Mi hija ! ¡ mi hija ! ¿ Quién sois ? ¿ Qué habeis hecho de mi hija ?

El guerrero se alzó la visera y la reina reconoció en él á Roldan.

— ¿ Adónde se han llevado á mi hija, Roldan ?

¿ Esto os ha mandado el Rey ?

— Confiad, señora, en que está en mis manos: respondió el caballero.

— No, no confío en nadie: ¿ dónde está ? ¿ dónde está mi hija ? exclamó la reina.

Y seguida de Castana, que habia ya vuelto en sí del momentáneo desvanecimiento que le causara aquel suceso inesperado, se precipitó por la puerta sin saber adónde iba.

CAPITULO X.

De cómo Aznar Garcés era hombre que solia hallar todas las puertas abiertas, con otros curiosos sucesos.

Viendo cerca del pecho las cuchillas mudó la voz y dijo: Caballeros.....

¿ Asi infamais los inclitos aceros ?

ULLOA.— La Raquel.

La reina y Castana recorrieron diversas salas y aposentos, bajaron y subieron escaleras, cruzaron anchas corredores sin sentir otro ruido que el que producian sus pisadas.

— ¡ Mi hija ! ¡ mi hija ! gritaba la reina de vez en cuando, pero en vano.

Y el caso era que no sabia aún si por mandado de su esposo se la habian quitado ó no; si aun estaba ó no segura su vida.

Al cabo de mucho andar y revolver llegaron á una puerta donde se hallaban de guardadores dos hombres de armas. La reina, sin verlos siquiera, se lanzó hácia la puerta; pero los hombres de armas cruzaron delante ella los hierros de sus partesanas, y la impidieron que entrase.

—¿Qué haceis? les dijo doña Inés. ¿Sabeis que os oponéis al paso de la reina?

Los hombres de armas no respondieron, y tranquilamente se apoyaron sobre sus partesanas, como antes estaban.

Doña Inés comprendió que aquello podía muy bien tener relacion con el rapto de la princesa.

—¿Sois vosotros, tornó á decirles, los que guardáis á mi hija? Dejadme que entre y la dé siquiera un beso; mirad, guerreros, que soy su madre.

No respondieron ellos tampoco; pero en aquel momento salió de lo interior de la sala un hondo gemido.

Doña Inés se estremeció; la voz era muy conocida de ella y penetró en sus entrañas.

—¿Quién está ahí? exclamó llena de horror.

Otro gemido mas doloroso que el anterior volvió á escucharse.

Doña Inés, sin mas poderse contener, se arrojó á la puerta; mas los soldados volvieron á cruzar sus armas delante de ella, y uno de los hierros hirió levemente su mano derecha.

Al ver correr la sangre de su señora, Castana se abrazó con ella gritando:

—¿Estais herida, señora, herida! ; Favor, favor, que han herido á la reina!

Oyéronse entonces unos pasos un tanto presurosos en lo interior de la estancia, y uno de los hombres de armas le dijo al otro:

—Oye, Corberan, pareceme que nuestro prisionero se levanta y que viene hácia acá; bueno será que entres adentro mientras yo guardo la puerta.

Y en esto las sombras de la noche habian inundado completamente el espacio: los aposentos del alcázar se miraban todos en la máyor oscuridad: no se hallaban por ninguna parte escuderos, ni servidumbre; las únicas personas que ocupaban el lugar de la escena eran aquel hombre de armas que habia quedado plantado en mitad de la puerta, inmóvil y silencioso, y á poco trecho dos mujeres llorosas y aterrorizadas, que eran la reina doña Inés y Castana.

De pronto se alzó de junto á ellas una figura negra y corpulenta, con ojos de fuego que brillaban aun entre lo espeso de las sombras.

Doña Inés no pudo reprimir un ay de espanto: Castana lanzó un grito de alegría.

—¿No ves, Castana? ¿no tiembblas? dijo la reina.

—Lejos de temblar, señora mía, no quepo en mí de gozo: es el almogávar, aquel almogávar que salvó la vida á mi señor el rey el dia de las fiestas.

—¿De veras? exclamó llena de júbilo la reina.

—¡Oh! pues que corra al punto, porque dentro de ese aposento he oido gemir á mi esposo; era él,

era él, y Dios sabe si lo habrán muerto los asesinos que me han robado á mi hija.

—Confiad, señora, en su valor, que él es capaz, segun yo creo, de acabar solo con todos los asesinos del mundo.

A la sazón el almogávar se mostraba como dudoso y sin saber hácia donde dirigir sus pasos: harto se conocía que era la primera vez que andaba por tales lugares; y que como acababa de entrar en la oscuridad no le era dado distinguir á las dos mujeres que allí estaban, puesto que á él muy bien le distinguían ellas.

Castana se le acercó silenciosamente, y tocándole en el brazo con dulzura, le dijo:

—Almogávar, ¿quieres servir de nuevo al rey en cosa en que acaso le vaya la vida?

—¿Quién eres? respondió el almogávar. ¿Eres por ventura alguna dama encantada de esas que dicen que suelen habitar en los palacios y castillos? ¿De qué rey me hablas? Si fuese del de Aragon, mi señor, no tienes mas que disponer de toda mi sangre en su servicio; mas si es de algun rey moro, de aquellos que levantaron este alcázar, no digas mas, que soy cristiano, aunque pecador, y mis abuelos fueron godos por todos cuatro costados, y antes que no á servir aprendí á matar reyes de ese jaez. Y aun si quieres que te desencante y está en poder humano, yo lo haré de muy buena voluntad, que puesto que seas mora, todavía ha de valerte la dulzura de tu voz y la hermosura que en tí imagino sin saber por qué.

—Menos imaginaciones, seor almogávar, y vamos á las obras. Yo no soy mora, ni estoy encantada, ni soy otra que la honrada Castana, doncella de la reina doña Inés, á quien sirvo; la cual está aquí á nuestro lado, toda llorosa, porque en aquel aposento frontero ha oido gemir muy tristemente á su esposo, el rey don Ramiro, y recela que le haya acontecido alguna desdicha.

—¿Qué dices, mujer? exclamó en alta voz el almogávar. ¿Al rey, desdicha? ¿Quién osará ofenderle que no muera al punto á mis manos?

—Sálvale, almogávar; sálvale, dijo entonces la reina doña Inés señalándole la puerta.

—Tened, repuso Castana. Hay dos hombres de armas en el aposento; cuidad no os nieguen la entrada.

—¿Qué es negar? repuso con terrible acento el almogávar, y echó mano á sus dardos, teñidos á la sazón de fresca sangre.

Lo distante del lugar donde esta conversacion pasaba y lo oscuro de las habitaciones impidieron que el atalaya se apercibiese al pronto de quiénes eran las personas que hablaban; que puesto que divisase al lejos los bultos, creyó por algun tiempo que eran los que hacian las mujeres que habia despedido, sin reparar en la figura del almogávar. Las últimas palabras dichas por éste con fuerte acento, le dieron á conocer que habia allí un hombre; y á tiempo que Aznar Garcés, pues tal era, como sabemos, el nombre del almogávar, ponía mano á sus dardos, preguntó con voz de trueno:

—¿Quién vá?

—Un escudero del rey, respondió Aznar, que os manda que dejéis libre esa entrada para él y estas damas que con él vienen.

—Pues volved por vuestro camino, escudero, repuso el otro, que no hay por aquí paso esta noche.

—Si lo habrá, dijo Aznar, aunque haya de servir de alfombra tu maldito cuerpo. Y asestando contra él uno de sus dardos le partió el corazón, de suerte que no acertó á dar un gemido.

—¿Que no le mate! exclamó la reina.

—Rogad á Dios por su alma respondió Aznar.

Y apartando el cadáver de la puerta sin otra ceremonia que un puntapié, entró adelante seguido á alguna distancia por la reina y Castana.

Halláronse primero con una antesala estrecha, y de allí pasaron á un aposento mayor, en el fondo del cual se descubria una puerta, por cuyas rendijas salian los reflejos de una luz opaca y casi perdida en aquel espacio tan ancho.

Al llegar como á la mitad de este aposento, la puerta se abrió y apareció ante ellos el otro hombre de armas, que sin duda volvia á reunirse con su compañero, el que quedó de atalaya. Y no hay mas sino que lo logró, aunque no como él imaginaba; porque á la verdad á éste no le dejó preguntar quién vá el almogávar, sino que desnudando la corta y ancha espada que llevaba al cinto, se fué para él gritándole al propio tiempo, con salvaje alarido:

—Vas á morir!

Sorprendido el contrario, apenas tuvo tiempo bastante para esperarle con la partesana.

Aznar de un solo golpe cortó el robusto mango de roble de aquel arma y echó á tierra la cuchilla. Dando en seguida un salto y otro alarido horrible le asió con la siniestra mano el cuello y con la diestra le sepultó en el pecho la hoja de su espada.

Aquel hombre de armas cayó como el otro sin darle tiempo la muerte para que articulase una queja.

Al sentirse el ruido de la caída, apareció al dintel de la puerta el rey don Ramiro trayendo en la mano una pequeña lámpara de donde salia la escasa luz que en derredor se percibia.

No bien apareció, la reina doña Inés se adelantó precipitadamente á encontrarle, y el almogávar, envainando la espada, se paró ante él en respetuosa apostura.

—¿No os han hecho nada, esposo mio? dijo la reina.

—Nada si no es tenerme preso; ¿paréceos poco para vasallos? ¿Erais vos quien gritabais hace poco? No sé cómo habeis podido llegar hasta aquí.

—¿Cómo! exclamó Castana. ¿No veis quién viene con la reina? Es Aznar, Aznar, aquel valiente almogávar que os salvó en otro tiempo la vida; él ha derribado á sus piés cuantos estorbaban el paso: no le hay mas valiente en el mundo.

—¿Aznar! dijo entonces el rey, ¿cómo podré pagarte lo que te debo! ¿Te has perdido por ha-

terme favor! Las puertas están tomadas: te cogerrán aquí dentro y te matarán. — Ya abrí yo, señor, entrada á pesar de los rebeldes, que Dios confunda. Venid conmigo si queréis al postigo que da á la puerta *Dasircata*, y le hallaréis de par en par, porque los dos hombres de armas que la guardaban cayeron muertos como estos.

— ¿Qué dices, Aznar? ¿Podremos huir por allí?

— Si podréis, respondió Castana al punto; que yendo con Aznar no ha de aconteceros desdicha alguna.

— Apresurémonos, pues, repuso el rey.

— Tened, señor, dijo Aznar. Será bueno que os armeis; yo le quitaré el casco, y cota, y espada á este malsin que os muerto, y servirán para vos si bien os place.

— Armas! exclamó el rey. ¿Hallaremos por ventura quien nos cierre el paso?

— ¿Quién sabe! respondió el almogávar meneando la cabeza.

— Oh! pues entonces no os espongais, señor, no os espongais, dijo doña Inés. Quedaos aquí; ¿qué mal han de haceros vuestros vasallos?

— No se prende á un rey por lealtad ni por cortesía, doña Inés; dígoos que no sé la suerte que podrian depararme. ¿Y la un precisi que esto vaya encaminado contra mí? No adivináis que la causa de mi prision es el que quieren esos ricoshombres disponer á su antojo de nuestra hija?

— Ay de mí! prorumpió entonces doña Inés con un copioso llanto. Yo inquieta, temerosa, horri-

zada, por no daros mayor pena os he estado ocultando lo que pasa. Me han quitado á nuestra hija!

— Me la han robado! La he buscado por todo el alcázar y no he podido dar con ella.

— Dios mio! Dios mio! ¿Dónde la habrán llevado? ¿Qué les lo que van á hacer con mi hija?

— Eso me ocultabais, doña Inés! dijo don Ramiro. ¿Y cómo dejasteis que os la arrancaran de los brazos?

— De la propia suerte quizás que vos dejasteis que os prendiesen, dijo doña Inés sollozando.

El rey notó que el rubor le quemaba las mejillas, y volvió á sentir en sus venas aquella escitacion poderosa de dignidad y de ira que tanto maravilló á los ricoshombres en la mañana de aquel propio dia.

— Está bien, doña Inés, respondió. Yo vengaré esa afrenta mia y á la par rescataré á nuestra hija. Por su vida no temais, que harto les importa á los grandes el conservarla para disponer á su sombra del reino. Quedaos en este alcázar hasta que yo venga, que á vos tampoco han de faltaros en cosa alguna; antes les importa que mostreis conformidad con vuestra suerte. — Aznar, dame esas armas.

El almogávar le ayudó á que se las vistiese, no sin gran dificultad, porque al rey, á pesar de su buen ánimo, eranle harto molestos aquellos desusados atavíos.

No bien le vió armado, dijo el almogávar si con gran respeto con no menor firmeza:

— ¿Vamos, señor?

—Vamos, respondió el rey. Doña Inés, ¿no dais á vuestro caballero alguna presea ó divisa? Voy á hacer mis primeras y últimas armas; favorecedme con la protección de vuestro nombre.

Doña Inés no le respondió por de pronto; mas arrancando de su cintura una cinta blanca muy ancha y bordada de oro, la ató en el brazo de su esposo, diciéndole al propio tiempo:

—Ahí van mi color y mi mote, don Ramiro.

El rey miró las letras primorosamente bordadas en la cinta y leyó de esta suerte: *Sin esperanza.*

—¿No la teneis de ver á nuestra hija?

—Sois muy cruel, señor, repuso la reina, y se cubrió el rostro con las manos.

Don Ramiro la saludó reverentemente y salió de la sala seguido de Aznar.

Durante esta prolongada conversacion, el almogávar habia dado señaladas muestras de impaciencia, y al verla terminada, echó á andar de prisa como para estimular el paso del rey.

Castana, que habia recogido la lámpara de manos de don Ramiro, fue á alumbrarles algun trecho hasta que dieron con una estrecha escalera de caracol que bajaba á uno de los patios del alcázar.

Al despedirse allí se inclinó Castana al oido del almogávar y le dijo:

—Si no llevais divisa ni mote, va con vos mi esperanza, Aznar; cuidad que mucho confío en ella; cuidad que no me la perdais y que os vea yo volver sano y salvo.

El almogávar fijó en ella los ojos con cierta es-

traneza; mas notando el dulce color con que la vergüenza bañaba sus mejillas, y la tierna espresion de sus ojos, le contestó:

—Yo cuidaré de tu esperanza, muchacha; que puesto que hasta ahora no haya estimado la vida en valor de un ardite, al verte á tí interesada por ella se me antoja que es cosa de algun precio.

No hubo tiempo para mas.

Don Ramiro y el almogávar desaparecieron en la primera revuelta de la escalera, y Castana volvió al aposento donde habia dejado á la reina, á la cual halló puesta de hinojos y orando.

Don Ramiro la saludó reverentemente y salió de la sala seguido de Aznar.

Durante esta prolongada conversacion, el almogávar habia dado señaladas muestras de impaciencia, y al verla terminada, echó á andar de prisa como para estimular el paso del rey.

Castana, que habia recogido la lámpara de manos de don Ramiro, fue á alumbrarles algun trecho hasta que dieron con una estrecha escalera de caracol que bajaba á uno de los patios del alcázar.

Al despedirse allí se inclinó Castana al oido del almogávar y le dijo:

—Si no llevais divisa ni mote, va con vos mi esperanza, Aznar; cuidad que mucho confío en ella; cuidad que no me la perdais y que os vea yo volver sano y salvo.

El almogávar fijó en ella los ojos con cierta es-

— Mesnada es de Ferriz de Lizana, respondió Aznar. Y sin mas pasaron unos y otros adelante.

— Mucho sabes, Aznar, dijo el rey. ¿ Quién te ha enseñado que con ese nombre nos dejarían libres ?

CAPITULO XI.

Donde comienzan las pláticas y aventuras del valeroso caballero don Ramiro de Aragon, y su escudero Aznar Garcés.

— ¿ Sabes, Aznar, dijo el rey, que tienes cosas muy estrañas ? ¿ Por qué se te ocurre forzar este puesto y entrar en el alcázar ?

Et mea cymba samel vasta, percussa, princella, illum, quo laesa est, horret adire locum.

— Como esta tarde oí decir por todo Huesca que habia grandes novedades por acá, y grandes contiendas entre vos y vuestros ricoshombres, determiné al punto cumplir la palabra que os di de servirlos en mayores cosas. Llegué al postigo, y dije á esos pobres diables que lo guardaban cómo tenia licencia y autoridad de vos para entrar en el alcázar cuando se me antojase.

— ¿ Vamos á ellos, Aznar ? dijo el rey al punto. — No por cierto, replicó el almogávar, si podemos engañarlos. Reservemos las fuerzas para mas adelante, que si Dios no lo remedia, no han de estarnos de sobra las que tenemos.

— ¿ Quién va ? preguntaron los de la ronda.

— Mesnada es de Ferriz de Lizana, respondió Aznar.

Y sin mas pasaron unos y otros adelante.

— Mucho sabes, Aznar, dijo el rey. ¿ Quién te ha enseñado que con ese nombre nos dejarían libres ?

— ¿ Quiénes habian de ser replicó el almogávar, los desleales que os pusieron prisionero sino de vuestros ricoshombres ? ¿ Qué otro habia de ser cabeza de tal rebellion si no es Ferriz de Lizana ?

En esto llegaron al postigo que buscaban, y le hallaron abierto, sin otra guarda que los cadáveres de los dos hombres de armas que almorzó Aznar.

— ¿ Sabes, Aznar, dijo el rey, que tienes cosas muy estrañas ? ¿ Por qué se te ocurrió forzar este puesto y entrar en el alcázar ?

— Como esta tarde oí decir por todo Huesca que habia grandes novedades por acá, y grandes contiendas entre vos y vuestros ricoshombres, determiné al punto cumplir la palabra que os di de servirlos en mayores cosas. Llegué al postigo, y dije á esos pobres diables que lo guardaban cómo tenia licencia y autoridad de vos para entrar en el alcázar cuando se me antojase. Oír esto y saltar la careajada los muy perros fué todo uno. — Váyase el mendigo, exclamaba éste. — No hay pieza que darle. — decía el otro. — ¿ Quieres una mala sapa con que arroparte ? — preguntaba el primero, y el segundo me ofrecia burlescamente un jabón hecho girónes, que halló entre la inmundicia de la calder. — Sois unos vos en armas, les dije sin duda que no habéis visto

almogávares, ni hasta aquí los conocisteis; mas yo os daré lección tal sobre ello, que otra no necesitéis en la vida. Y diciendo y haciendo, puse mano á mis armas, y San Jorge me ayudó, y di con entrambos en tierra. Pero ya estamos fuera de la puerta, señor; apretemos el paso, porque temo que nos persigan. Aquella ronda que encontramos en el patio del alcázar se encaminaba por lo que vi á los aposentos que acabamos de dejar, y no bien noten nuestra falta, enviarán caballos ligeros á que sigan nuestras huellas.

Durante un largo rato ni don Ramiro ni el almogávar hablaron palabra, atentos únicamente á escapar del gran riesgo que corrían.

El rey fué quien primero rompió el silencio diciendo:

—¿Adónde me guías, Aznar?
—A la montaña, señor; adonde hallemos seguro por lo pronto, que luego será tiempo de pensar otra cosa.

—Es que yo quisiera ir á Cataluña para verme con el conde Berenguer y tratar con él de los negocios del reino.

—Hacia allí nos encaminamos precisamente; pero se me hace tarde, el llegar adonde hallemos fragosidades donde escondernos y amigos que nos ayuden.

—¿Qué amigos son esos, Aznar? Mira que yo no me fio ya de nadie.

—Fiaros debéis de estos que os digo, que no son de los ricoshombres y caballeros que os desacatan,

sino de los leales montañeses que guardan la frontera.

—Pareceme, Aznar, que tu andas descontento de mis ricoshombres, y que no es de ahora el rencor que les muestras.

—Connesos, señor, que no gusto de verlos hartos de oro, y poseedores de ricos castillos, y soberbios y lujosos, mientras yo duermo sobre las piedras, y me alimento con la carne de las fieras que mato, y la yerba que cojo con mis propias manos.

—Eso es murmurar de Dios, Aznar; no todos han de ser grandes en la tierra.

—Ni todos reyes, señor; nosotros los hijos de la montaña no queremos sino que uno solo nos mande, ni más que á uno solo respetamos como vasallos. Sea este rico, sea este honrado, sea este poseedor de joyas y castillos, y todos los demás obedezcan y repartan entre sí los bienes de este mundo, que eso es lo que quiso nuestro Redentor.

—No pensaba yo que tan buen discurso tuvieses, Aznar. Sabes demasiado para tus años y para la vida que traes.

—Tales cosas, señor, se aprenden muy pronto en la montaña.

—¿Y aprendéis también por allí los nombres de los ricoshombres rebeldes? porque antes te oí señalar como tal á Ferriz de Lizana.

—Los nombres no; pero aprendemos á conocerlos; así es que no bien miré el rostro á ese viejo Lizana, se me puso en el ánimo que lo era.

En tales pláticas iban pasando el tiempo y an-

dando leguas, el almogávar con la facilidad de quien eso hacia por costumbre; don Ramiro con la dificultad de quien jamas ha caminado á pié por largo espacio, ni ha llevado áuestas peso tan grave como el de una armadura de hierro.

Al cabo de tres horas de camino, el rey se sintió completamente rendido, y se sentó sobre una piedra.

—La noche está oscura, dijo, y aun faltan muchas horas para el alba; bien podemos descansar un poco, Aznar.

—No permita Dios que tal oñremos, señor; antes haced un esfuerzo y salvémonos en la cerrea montaña.

—No puedo dar un paso, Aznar; primero consentire que me cojan de nuevo los rebeldes.

Ea, pues cargareos sobre mis espaldas: subid y os llevaré como pueda hasta allá.

—Eso no, mi fiel Aznar; seria inútil huir de tal suerte: nos alcanzarian al punto, y tan rendidos, que ni siquiera podriamos defendernos.

—Es verdad, señor; pero ¿qué hemos de hacer? Pararnos aquí es imposible sin correr gravísimo riesgo.

En aquel momento se oyó no lejos de allí el ladrido de un perro y el canto de un gallo.

Aznar se dió una palmada en la frente como si alguna idea feliz se le ocurriera, y dijo al rey:

—Esperadme aquí un instante; yo os traeré caballo donde podais ir á vuestro placer.

—Oh! no, Aznar, respondió el rey; mira que yo

no me atrevó ya á montar á caballo; no he montado, mas desde el dia áquel en que nos conocimos.

—Voto va á Dios!

—Perdonad que jure, señor; perdonadme, que así me eriaron en la montaña, y mi lengua no sabe contenerse, como mi brazo no sabrá jamas abandonaros.

—Te perdono, te perdono; mas no hay que hablar de lo del caballo, Aznar: tú no sabes lo que me sucede; tú no sabes lo que pesa sobre mí.

Y al decir esto el semblante del rey parecia inmutado; miraba al cielo y á Aznar, y temblaba.

El almogávar anduvo suspenso por algunos instantes, sin saber qué partido tomar, ni qué hacer en tan extraño caso.

—Señor, dijo luego al rey, ¿quereis que á vos os prendan de nuevo los ricoshombres y á mi me maten sin defensa en castigo de la fidelidad que os he guardado? Y no hablemos de mi vida, porque vos no debéis tenerla en mas que yo la tengo, que en harto poco es; pero de vos, señor; de vuestras prisioneras ¿cómo hemos de hablar con paciencia? ¡Ah! Yo recuerdo bien que prometisteis á la reina mi señora vengar vuestras affentas y rescatar á la princesa.

Quizás por la primera vez de su vida el almogávar se mostraba conmovido, y el sentimiento que se traslucia en sus palabras hacíase mayor y más elocuente al contemplar la poderosa espresion de su

semblante y la enérgica resolución que brotaban sus ojos.

—; Aznar! exclamó el rey; tus palabras me penetran en el corazón, porque yo deseo rescatar á mi hija y deseo salvar tu vida; mas no puede ser de esa suerte que me dices. Oye, añadió bajando la voz y acercándose al almogávar, como si otro que él pudiera oírlo en medio del campo anchuroso donde se hallaban: oye, Aznar, sábetete que fué permission del cielo que el caballo mio se desbocase aquel día; yo tengo pecados, muy grandes pecados que purgar en el otro mundo; y si ahora mismo vivo, no es sino por misericordia sobrada de Dios. No me hagas tentar de nuevo esa misericordia; vete, vete tú de mi lado, y sálvate y abandóname.

—Jamás, señor, respondió Aznar; ; qué poco conocéis á los almogávares! ni á sol ni á sombra, ni de noche ni de día, ni en poblado ni en despoblado habré de separarme de vos mientras esteis en dicha. Yo moriré á vuestro lado, y vos volveréis á Huesca á ser prisionero en vuestro alcázar de los soberbios ricos hombres, y vuestra hija quedará para siempre en sus manos, siendo juguete de ellos toda su vida; no hay ya otro remedio.

Por largo rato hubo en ambos silencio; y era que ambos padecían á un tiempo; don Ramiro porque luchaba con tan contrarios intentos; Aznar porque miraba perdidos en un punto todos los afanes empleados en salvar á su señor.

—; Cómo avanza la noche! dijo al cabo el almogávar mirando las estrellas. Antes de mucho ven-

drán los rayos del sol á señalarnos á nuestros perseguidores; pocas horas le quedan al rey de ser libre.

Al oír esto levantóse repentinamente don Ramiro, y dijo con voz muy resuelta:

—; Marchemos!
—; Marchemos! contestó el almogávar con jubilo.

Y así caminaron por algun tiempo. Aznar había aliviado al rey de todo el peso de armas que podía: solo llevaba este aún sobre sí la cota y las grebas, que no eran para vestidas de prisa; mas con todo eso no pudo continuar andando mucho tiempo.

Al llegar á unos matorrales muy espesos que ya se estendian por la izquierda del camino hasta la montaña, don Ramiro se arrojó al suelo gritando:

He hecho cuanto en mí estaba; no daré un paso mas, no puedo darle; me falta la respiracion en el pecho, y los pies se me han destrozado en las peñas.

—Todavía estamos en peligro, murmuró Aznar.
—Quiere decir que el cielo tiene determinado que no salgamos adelante con nuestros intentos, contestó el rey con evangélica resignacion.

—Pero, señor, replicó Aznar desesperado: cómo habeis de conocer la voluntad de Dios si vos no poneis toda la vuestra en conocerla? Dejad que yo os busque un caballo, montad en él y corramos, que yo sé que Dios ampara siempre las buenas causas, y es buena la de vuestra hija.

—; Y si se me desboca de nuevo, Aznar, y si pe-

¿qué puedo morir impenitente?

—Si el caballo se os desboca, para eso está aquí el mismo dardo que otra vez lo paró en su carrera, larlo paraba cien veces que sea necesario, respondió el almogávar con seguro acento; y en cuanto á lo de morir ahora, ¿de qué otra suerte lo habeis de tener mas que cayendo en manos de los ricos hombres? Si ellos aspiran á ser los tutores y guardadores de vuestra hija, no pensais que para serlo han de desear poner en el sitio donde menos se lo estorbais? Mejor que una prision es para eso una tumba, en la que no se puede poner la voz: ¡oh! — Y eres tú, Aznar, que á tanto se atreverian mis vasallos? — exclamó el rey, cruzando entrambas manos sobre el pecho.

—Tengo buena memoria, señor, y recuerdo que no ha mucho le deciais á la reina: *no se prende á los reyes ni por culpa ni por cortesia*, y teniais razon por mi vida, que quien tal hace, dispuesto está á todo, y no habrá cosa que por impia ó por estrema le espante. — ¡Ah! — Pero el almogávar dijo con rabia: — Infames son, señor; mas si caes en sus manos aun no han de faltarles medios para ocultar que lo os habitan. Ya veis; cualquiera se mata de una ácaida, ó perece en las garras de una fiera, ó cae en manos de malhechores desconocidos; y nada tendria de extraño que á vos los ricos hombres no os encontrasen sino muertos, y que muerto os llevasen á Huesca, donde llorarian mucho vuestra desdicha.

¡y os harian pomposas exequias al propio tiempo que se proclamaban tutores de vuestra hija y señores del reino!

—Oh! Aznar, ¿razon tienes sobrada en lo que dices; es fuerza huir, huir á toda costa de esos malos decidos ricos hombres. ¿Que no fuera yo tan ligero y tan fuerte como tú?

—Por eso para vos traeré un caballo donde bien camineis: por todos estos contornos hay lugares muy poblados y muy ricos, donde habrá sobra de ellos que traer á vuestro servicio. ¿Ois? — ¿hácia allá se sienten otros ladridos y cantar de gallos; voy al punto á poner por obra mi intento.

—Pero, Aznar! dijo el rey, ¿cómo has de poder traer contigo un caballo? Los que haya, bien guardados estarán de sus dueños.

—Mal ha de estar con su vida quien estorbe mi intento, respondió el almogávar; quedaos ahí escondido en ese matorral, que no tardaréis en verme llegar sano y salvo trayendo buena presa conmigo.

Y sin decir mas echó á andar á largo paso.

— ¡Aznar! ; Aznar! gritó aún el rey.

Pero el almogávar no le oia ya: todo se le iba en caminar y decir para sí: — ¡Infames son señores! — ¡Loado sea Dios, que me ha dejado convencerle: qué tímido que es este rey; pero así nos le dió Dios, y así es preciso tomarlo, cuanto y mas que lo que á él le falte de resolucion, tienenla de sobra algunos de sus vasallos; y de todas suertes, siempre es mas digno de favor y ayuda que no esos orgullosos ricos hombres.

an laya para conocer de qué parte venian tales voces y ruidos que anunciaban poblacion cercana. No bien lo hubo averiguado, echó á andar precipitadamente, y al cabo de medio cuarto de hora llegó delante de una pequeña aldea asentada sobre una colina, orillas de un arrollo de poco caudal. Las bocacalles estaban cerradas con toscas empalizadas y zanjas, y detrás de tales defensas oianse pasos como de gente que las guardase; que en los tiempos que corrian ni el mas miserable lugar estaba libre de algaradas y rebatos, dado que si no los fraguasen moros, nunca faltaba rico hombre codicioso ó pueblo rival que en ellos pasiese mano.

CAPITULO XII

que es si no de los mas largos, de los mas singulares que haya en esta historia.

Aznar andaba tan calladamente, que no fué sentido de las atalayas del lugar. Notando que entrar por las calles no era posible, dió dos vueltas en derredor por ver si parecia hacedero asaltar alguna casa principal.

En las tapias de enormes piedras del vecino arroyo unidas con argamasa de tierra, y de la cresta colgaban espinosas bardas. Aznar no se arredró. Fijóse en una casa de gran apariencia para aquel tiempo y lugar, y de las que mas lejos caian de las bocacalles donde estaban los guardas, y se encaramó en las tapias sin gran dificultad: al llegar á la cresta desató de su cintura la ancha piel de toro que traia por unico abrigo, plantóla sobre las bardas, y apoyando en ellas las manos, saltó del otro lado. La caída hubiera sido mortal para otro que el almogávar; mas este se levantó sin el menor daño, y atentamente se puso á mirar por el patio plantado

que es si no de los mas largos, de los mas singulares que haya en esta historia. Mas de Corbera.

Aznar, separándose del sendero que llevaban, echó por unas hazas recién sembradas que hacia la parte de la derecha se veian, y anduvo por ellas largo trecho.

De vez en cuando sonaban voces indefinibles, unas veces mas lejos, otras mas cerca, según soplaba el viento en derredor. Pasaron algunos momentos de incertidumbre, durante los cuales el almogávar apuró cuantos recursos podia ofrecerle su ejercitado instinto y la sagacidad admirable de los de

su laya para conocer de qué parte venian tales voces y ruidos que anunciaban poblacion cercana.

No bien lo hubo averiguado, echó á andar precipitadamente, y al cabo de medio cuarto de hora llegó delante de una pequeña aldea asentada sobre una colina, orillas de un arrollo de poco caudal. Las bocacalles estaban cerradas con toscas empalizadas y zanjas, y detrás de tales defensas oianse pasos como de gente que las guardase; que en los tiempos que corrian ni el mas miserable lugar estaba libre de algaradas y rebatos, dado que si no los fraguasen moros, nunca faltaba rico hombre codicioso ó pueblo rival que en ellos pasiese mano.

Aznar andaba tan calladamente, que no fué sentido de las atalayas del lugar. Notando que entrar por las calles no era posible, dió dos vueltas en derredor por ver si parecia hacedero asaltar alguna casa principal.

Eran las tapias de enormes piedras del vecino arroyo unidas con argamasa de tierra, y de la cresta colgaban espinosas bardas. Aznar no se arredró.

Fijóse en una casa de gran apariencia para aquel tiempo y lugar, y de las que mas lejos caian de las bocacalles donde estaban los guardas, y se encaramó en las tapias sin gran dificultad: al llegar á la cresta desató de su cintura la ancha piel de toro que traia por unico abrigo, plantóla sobre las bardas, y apoyando en ellas las manos, saltó del otro lado. La caída hubiera sido mortal para otro que el almogávar; mas este se levantó sin el menor daño, y atentamente se puso á mirar por el patio plantado

Eran las tapias de enormes piedras del vecino arroyo unidas con argamasa de tierra, y de la cresta colgaban espinosas bardas. Aznar no se arredró.

Fijóse en una casa de gran apariencia para aquel tiempo y lugar, y de las que mas lejos caian de las bocacalles donde estaban los guardas, y se encaramó en las tapias sin gran dificultad: al llegar á la cresta desató de su cintura la ancha piel de toro que traia por unico abrigo, plantóla sobre las bardas, y apoyando en ellas las manos, saltó del otro lado. La caída hubiera sido mortal para otro que el almogávar; mas este se levantó sin el menor daño, y atentamente se puso á mirar por el patio plantado

de arbustos y árboles frutales. Al fijar los ojos en un punto, exhaló de su pecho una exclamación de alegría; era que á la parte fronteriza de aquella por donde habia entrado se miraba una puerta lóbrega sobre todo encarecimiento, pero sin postigo ni otra cosa que la cerrase.

Entró entonces por ella, y se halló en medio de un espacioso establo: los bueyes le miraron un momento con su ordinaria gravedad, y luego cerraron los ojos tranquilamente: el almogávar no desató más sino que en todos los habitantes de la casa hubiera igual reposo y mansedumbre; pero los descompuestos ladridos de un perro vinieron á mostrarle que no era para cumplido su deseo; el perro se acercaba, y Anzar temia lo largo de la lucha por el ruido, y porque daría lugar á que despertase la gente de la casa.

Recordando entonces una treta muy usada en la montaña contra los lobos hambrientos, salió al patio y cortó una rama de fresno y la afiló muy bien por los extremos. Al propio tiempo el perro, que era un mastin enorme, y defendido con collar y puntas de hierro, se avalanzó á él. Anzar le aguardó puesto de rodillas cogido por la mitad el palo de fresno con la mano izquierda, y con la derecha levantada la cuchilla. Al verle cerca introdujole entre las quijadas el puño siniestro: quiso morderle el animal, y las dos puntas del fresno se le clavaron por arriba y por abajo, mas no pudo cerrar la boca.

Entonces el almogávar le descargó una cuchillada en la cabeza tan sobre seguro, que el fiel can cayó muerto en el propio instante.

No habia tiempo que perder, porque de un momento á otro la gente de la casa podia despertarse. Anzar no habia encontrado aún lo que buscaba; pero estaba seguro de que en casa como aquella no podian faltar caballos de guerra, puesto que ningun rico de la época dejaba de tenerlos.

Salió del establo y vagó algunos momentos por grandes cuadras de ganado y habitaciones desamparadas, hasta que al fin topó con dos soberbios caballos puestas á un pesebre muy bien abastecido.

Aznar, lleno de regocijo desató el uno; mas entonces recordó que no tenia por donde salir con él. A aquel hombre singular le bastaba saber dónde estaba su objeto; el modo de lograrlo dejábalo siempre á la fortuna y á su propio esfuerzo y destreza.

Otro que él, no habria pensado en buscar caballo, solo y á tales horas, para don Ramiro; pero á pensarlo, hallándose en una población considerable y con las entradas fortalecidas, habria dejado su intento sin osar asaltar las tapias; y si por acaso hubiese llegado á este punto, lo que es con el medio de rematar en ella no habria acertado jamas.

Pero los almogávares no se parecian á los demás hombres, y Anzar era el mas determinado de los almogávares.

Pocos momentos le bastaron para imaginar como habia de salir de tal aprieto.

La cuadra se comunicaba con el interior de la casa por una gran puerta cuyas maderas estaban hartó quebrantadas del tiempo, y mal clavadas y unidas.

Aznar levantó con la espada uno de los tablones

sin gran esfuerzo. Metió en seguida la mano por la gran abertura que quedó, y descorrió la barra de hierro que aseguraba por dentro la puerta.

Con esto no tuvo mas obstáculo para entrar en el ancho zaguan de la casa; no se sentia aún allí el menor ruido; solamente los canes de la vecindad multiplicaban de manera sus ladridos, que bien daban á entender que algo inusitado pasaba por allí junto.

Aznar, seguro ya del logro de su empresa, se encaminó á la puerta que daba á la calle, y la abrió de par en par; volvió á la cuadra, ensilló el caballo en un santiamén, y montándose en él de un salto, salió á escape á la calle.

No habia perdido de vista todavía la casa, cuando sintió por todos los contornos abrirse y cerrarse portillos, y preguntarse unos á otros los vecinos qué novedad era aquella que en tales horas corriera tan desesperadamente un caballo por el lugar.

Poco despues sintió detras de sí los gritos de la alarma! ; alarma! ; al ladron! ; al ladron! que partian sin duda de la casa de donde habia sacado el caballo.

Aznar preparó sus dardos y apretó mas los ijares al animal, que en tan corta carrera lanzaba ya blancos esputamarajos por la boca.

De pronto al revolver un esquinazo hallóse en una plazoleta que caíva fuera del lugar; solo que estaba cerrada con empalizada y zanja, como todas las otras salidas.

Aznar tendió la vista y divisó á un hombre que

allí hacia la atalaya, el cual se adelantaba hácia él como para reconocerle.

No habia otro medio de escapar que combatir, y el almogávar no supo dilatarlo: luego que le halló á proporcionada distancia, disparó contra él uno de sus dardos; mas no acertó el golpe.

¡ Voto va! mal dardo, exclamó Aznar; que es la primera vez que me faltas, y que en peor ocasion no pudisteis hacerlo.

Sacó el otro dardo, lo disparó, y aquella vez tuvo mas fortuna: el atalaya cayó muerto á sus pies.

Entonces salvó zanja y empalizadas de un salto, y de como se contó por libre, guió las riendas hácia el punto donde le esperaba don Ramiro.

Mas al pasar por delante de las tapias del pueblo, los vecinos ya dispuestos, y aquí y allá apostados, dispararon contra él un diluvio de flechas y piedras.

Aznar temió que le matasen el caballo y que fuesen perdidos sus esfuerzos; pero no podia por menos de pasar al lado de las tapias, porque al frente de ellas estaba casi tajada la colina, y mas

allá muy quebrado el terreno; de suerte que el salto podia estropear al bruto, que parecia generoso y ligero. Alguna vez al ver venir la piedra poderosamente

disparada de honda enemiga, miró al caballo y exhaló un grito de ira; y al sentir por junto á su cabeza los silbidos de las flechas y ballestas, agradeció mas á Dios que su propia salvacion, la salvacion de aquel bruto, que era la única esperanza del

rey.

Mas todo ello fué obra de un momento. El caballo corría desesperadamente, el ginete lo aguijaba mas y mas, y antes de mucho pudieron separarse de las tapias del lugar y fuera del alcance de los irritados burgueses correr libremente por el llano.

Y ahora advertimos que por seguir al almogávar en sus audaces intentos y aventuras, nos hemos olvidado del rey, que, como primero en autoridad, merece sin alguna duda prioridad y preferencia sobre todos.

Pero aunque se nos tache de importunos en el citar al cronista de esta historia, no hemos de callar que á él antes que á nosotros corresponde esta falta, puesto que así nos dejó colocadas las cosas en su manuscrito; y es que al buen muezárabe, aunque leal, le divertían mas el ánimo los hechos de Aznar que los hechos de don Ramiro, con ser éste rey y aquel vasallo; achaque tambien de algunos otros que han tenido ocasion de saber los varios sucesos de esta historia.

Don Ramiro quedó solo, al desaparecer Aznar, solo en el ancho y silencioso campo. La noche no era oscura, pero los matorrales que cubrían uno de los lados del camino hacian que lo

Mas todo ello fué obra de un momento. El caballo corría desesperadamente, el ginete lo aguijaba mas y mas, y antes de mucho pudieron separarse de las tapias del lugar y fuera del alcance de los irritados burgueses correr libremente por el llano. Y ahora advertimos que por seguir al almogávar en sus audaces intentos y aventuras, nos hemos olvidado del rey, que, como primero en autoridad, merece sin alguna duda prioridad y preferencia sobre todos.

CAPITULO XIII.

Muéstranse en él, tan bien como en cualquier libro de filosofía, algunas cosas raras del espíritu humano.

Las riendas tomad, señor, con aquesta mano misma con que asides el escudo, y ferid en la morisma. — El rey como sabe poco cosas luego allí les respondia: — Con esa tengo el escudo tenellas yo no podria, ponédmelas en la boca que sin embarazo iba.

ROMANCE VIERO.

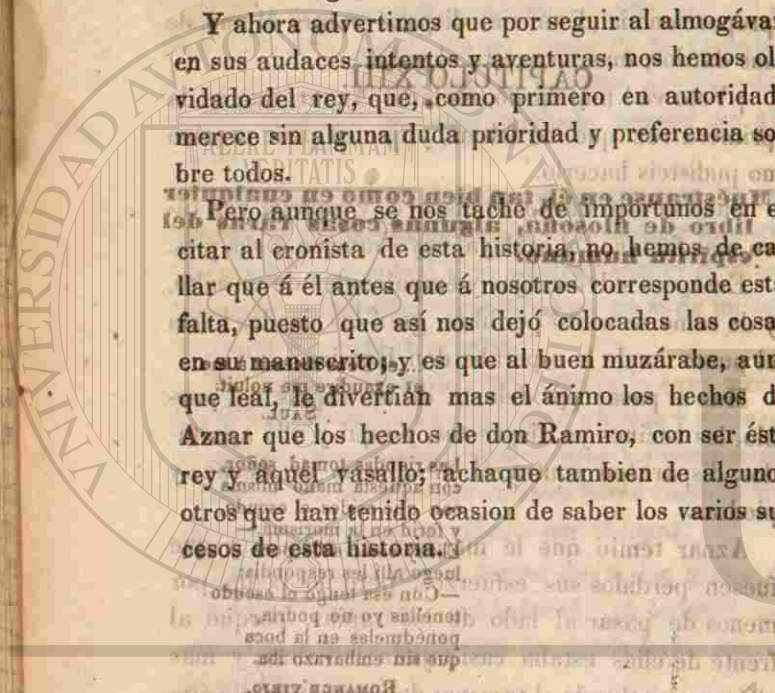
Don Ramiro quedó solo, al desaparecer Aznar, solo en el ancho y silencioso campo.

La noche no era oscura, pero los matorrales que vestian uno de los lados del camino hacian que lo

Mas todo ello fué obra de un momento. El caballo corría desesperadamente, el jinete lo aguijaba mas y mas, y antes de mucho pudieron separarse de las tapias del lugar y fuera del alcance de los irritados burgueses correr libremente por el llano.

Y ahora advertimos que por seguir al almogávar en sus audaces intentos y aventuras, nos hemos olvidado del rey, que, como primero en autoridad, merece sin alguna duda prioridad y preferencia sobre todos.

Pero aunque se nos tache de importunos en el citar al cronista de esta historia, no hemos de callar que á él antes que á nosotros corresponde esta falta, puesto que así nos dejó colocadas las cosas en su manuscrito, y es que al buen muezárabe, aunque leal, le divertían mas el ánimo los hechos de Aznar que los hechos de don Ramiro, con ser éste rey y aquel vasallo; achaque tambien de algunos otros que han tenido ocasion de saber los varios sucesos de esta historia.



Don Ramiro quedó solo, al desaparecer Aznar, solo en el ancho y silencioso campo.

Mas todo ello fué obra de un momento. El caballo corría desesperadamente, el jinete lo aguijaba mas y mas, y antes de mucho pudieron separarse de las tapias del lugar y fuera del alcance de los irritados burgueses correr libremente por el llano. Y ahora advertimos que por seguir al almogávar en sus audaces intentos y aventuras, nos hemos olvidado del rey, que, como primero en autoridad, merece sin alguna duda prioridad y preferencia sobre todos.

CAPITULO XIII.

Muéstranse en él, tan bien como en cualquier libro de filosofía, algunas cosas raras del espíritu humano.

El Dios necesse à meo et et audire me voluit. SAVI.

Las riendas tomad, señor, con aquesta mano misma con que asides el escudo, y ferid en la morisma. — El Rey como sabe poco cosas luego allí les respondia: — Con esa tengo el escudo tenellas yo no podria, ponédmelas en la boca que sin embarazo iba.

ROMANCE VIERO.

Don Ramiro quedó solo, al desaparecer Aznar, solo en el ancho y silencioso campo.

La noche no era oscura, pero los matorrales que vestian uno de los lados del camino hacian que lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



pareciese, dando de sí una sombra densa y fatídica.

Por algunos momentos se mantuvo aún don Ramiro en medio del camino; luego se dirigió pausadamente hácia el matorral y se sentó en lo mas espeso de él, al pié de un arbusto silvestre y corpulento, en sitio desde donde bien pudiese distinguir la vuelta del almogávar.

Las sombras lo envolvian allí de tal suerte, que no veia nada en derredor suyo; solo al lejos alcanzaba su vista, allí donde el matorral no estendia ya sus apretados troncos y enmarañado ramaje, donde la luna que andaba en su nacimiento, y las lejanas estrellas, podian derramar libremente su luz pálida.

Cualquier hombre tranquilo, despreocupado, se habria entristecido en aquel lugar; cualquiera habria dado entrada en su ánimo á pensamientos melancólicos: don Ramiro no tuvo que darles entrada porque ya los tenia dentro de sí; no hizo mas que fijarse en ellos y acariciarlos.

¡ Oh! ¡ la muerte, la muerte! Este fué el primer pensamiento que ocupó su atencion: aquel hombre no pensaba tanto en ninguna otra cosa. Quien quiera convencerle de algo ha de presentarle como posible la muerte de no hacerlo; quien quiera mantenerle en un propósito, solo con la idea de no morir lo mantendrá; quien quiera enternecerle, hablele de la muerte; quien quiera darle contento, haga porque no recuerde la muerte jamas.

Y sin embargo aquel hombre corria á la sazón á levantar la guerra y á provocar combates, y aquel hombre habia alzado el claustro de San Pedro el

viejo, donde existe como en su propio lugar y apesento la idea de morir; donde se desvanece sin querer la idea de la vida; habia edificado su tumba.

Y tal vez por temor de morir se sintiera valiente; y con tanto amor de la vida fuera mas capaz que nadie de esponderia; y por no morir de la mano de Dios se lanzara á morir de motu proprio; y porque otros no le buscasen sepulcro sabria levantarlo él para sí.

¡ Era sin duda un sér contradictorio! ¡ Era un pensamiento anómalo el que habia en el rey don Ramiro!

Mas no se piense por ello que fuese un hombre extraordinario en el bien ó en el mal, en esta ó aquella calidad de espíritu; lejos de eso, lo que principalmente lo distinguió en la vida fué su vulgaridad misma, fué el parecerse al comun de los hombres.

Tales contradicciones, tales luchas como esas viven siempre en el alma humana dormidas al arrullo de la dicha, ó despiertas á la voz del dolor, refrenadas por la voluntad poderosa, ó libres y sueltas á su albedrio.

Dadle á un hombre la duda y el remordimiento; dádselos, y veréis en él á poco mas ó menos el propio rey don Ramiro.

Como á él le espantará la otra vida porque tema en ella el castigo, ó le espantará porque no tema en ella cosa alguna; le espantará porque la espere ó porque no la espere; y acaso, correrá á ella por

mil modos diversos y debajo de mil formas la arros-
trará cada día.

Y que don Ramiro dudaba, que don Ramiro te-
nia remordimientos, ¿quién ha de ignorarlo que
haya seguido con paciencia esta historia? Quería
salvar su alma y salvar á su hija; atormentábase el
haber pecado tanto contra sus votos, y tambien el
no haber hecho ya penitencia. Y en el punto mis-
mo en que habria dado la vida por rescatar á su
hija y vengarse de los ricos hombres, consideraba
que no podia darla porque miraba en ello la perdi-
cion de su alma.

Quando el espiritu llega á tal punto, deciden los
sentidos como absolutos dueños de los pensamien-
tos del hombre; las impresiones eternas le arras-
tran sin dificultad, sin resistencia lo mismo de uno
que de otro lado, lo propio de acá que de allá.

Ahora, pues, que vemos en un matorral espeso á
don Ramiro sin alguna compañía, ¿quién ha de de-
cidir de sus pensamientos? ¿Quién, si no son las
sombras que envuelven sus ojos, y los murmullos
que hieren sus oídos? ¿Quién, si no las inocentes
matas, que viciosas crecieron en aquel paraje incul-
to, sin pensar que rey fugitivo, ni monje en pecado,
ni padre amante viniera á buscar albergue debajo
de ellas? ¿Quién, si no los reptiles desconocidos,
que nacen para vivir un día arrastrándose por los
troncos de los árboles, ó removiendo al correr por
el suelo las hojas secas.

Fuerza es confesarlo; don Ramiro tuvo miedo.
Y cuesta rubor decirlo, cuando todos sabemos

quiénes fueron sus padres, hombres de hierro que
así morian como vivian, mordiéndolo polvo y apelli-
dando guerra. Pero á bien que de ninguno de ellos
se cuenta que llevara sobre sí las dudas y remordi-
mientos que don Ramiro; y á bien que ninguno de
ellos fué criado como éste, entre salmodias y cili-
cios, en un monasterio de benitos.

¿Cuántos latidos le costó al corazón de don Ra-
miro cada mecida de las ramas que aquí y allá em-
pujaba el viento: cada silbo, cada paso, cada voz
de los insectos que bullian en la espesura!

Dos ó tres veces se levantó para huir: pero ¿adón-
de iba? Tuvo que desistir de su propósito: temió
que lo hubiese abandonado Aznar; y que ya no vol-
veria; temió que todo ello fuese trama de los ricos-
hombres para traerle allí y matarle mas á su sabor;
temió aun que el rayo del cielo pudiera herirle en-
tre la maleza, ó que pudieran devorarle los inse-
ctos, ministros viles de la alta cólera de Dios.

Hubo una vez en que sintió claramente el galo-
par de muchos caballos; luego los vió cruzar por el
camino con sus propios ojos, y rezó, y tembló, y en
su ánimo sufrió ya todo el arrepentimiento de la úl-
tima hora y todos los tormentos del suplicio.

Pero los caballos pasaron adelante, y don Rami-
ro volvió á quedarse á solas con su miedo.

Y así pasó muy cerca de una hora; hora durán-
te la cual vió don Ramiro la imagen de la muerte
debajo de todas las formas posibles, y agotó todas
las oraciones y toda la contricion de su espíritu.

Al cabo oyó el ruido de un solo caballo que á la

carrera se acercaba, y un momento después apareció Aznar en el camino; echó pie a tierra, y miró por todas partes por ver si hallaba á don Ramiro.

Mas este apenas acertaba á dar crédito á sus ojos, y permanecía allí tendido en el suelo debajo del tronco añejo que habia presenciado mudo sus penas.

—Señor, señor, grito Aznar.

Don Ramiro no contestó.

—Señor, señor, volvió á gritar el almogávar no poco inquieto ya.

Hubo el mismo silencio.

Pero el almogávar tenia vista de lince é instinto de perro sabueso, y no tardó en hallarlo aun en medio de tanta oscuridad.

—¿Qué es eso, señor, le dijo, que no queréis responder á vuestro fiel Aznar? Si he tardado algo, ved que no fué mia la culpa, sino de esos perros lugareños que tienen harta guardada su hacienda.

Don Ramiro rompió al fin el silencio.

—Eres tú, Aznar? preguntó con voz tímida.

—El mismo soy, señor: levantaos, y dejad el ojo, que en Dios y en mi ánima que no pude remediarlo.

Alzóse penosamente el rey, y al verse junto al almogávar se halló otro hombre; desaparecieron de repente los fantasmas que le acosaban, y se sintió fuerte, audaz.

—Ah! dijo al ver el caballo: ¿cómo has podido traerlo contigo?

—Montad en él, señor, contestó Aznar; y no perdamos mas tiempo.

—Vamos, Aznar, porque has de saber que he sentido pasar cerca de mí un escuadron de ginetes, y ahora sospecho que sean de los despachados en Huesca á perseguirme.

—Sí serán, señor, repuso el almogávar, que con efecto hemos perdido mucho tiempo. Subid os digo y partamos.

—Ayúdame, Aznar, ya sabes que no soy muy gran ginete; como que no habia montado nunca en otras caballerías que las sesudas mulas del convento cuando aquí me trajeron.

Y diciendo esto, puso las manos don Ramiro en las espaldas del almogávar, y con tal apoyo y el de las crines del bruto logró encaramarse en la silla. Pero al retirar las manos de las espaldas del almogávar, hallóselas bañadas en sangre.

—¿Que es esto, Aznar? prorumpió el rey. ¿Estás herido? No pasemos de aquí sin que yo te cure; porque has de saber que allá en Tomeras, donde yo me hallaba, aprendí un tanto el arte de curar heridos y enfermos.

—No pensemos en eso, señor; coged las bridas y vamos.

—Pero, ¿no te molesta esa herida?

—Es una flecha harto aguda que ha logrado penetrar un poco por el tejido de la malla; mas no hayais temor, que eso así se lo curan los almogávares; y diciendo y haciendo, se arrancó de un tiron la flecha y la arrojó de sí largo espacio.

—Pero tienes sangre también en la cabeza y en los brazos, Aznar; no, no partiremos de aquí sin que te cure; y el buen rey fué á arrojarle del caballo.

—Por Dios que no hagais tal, exclamó el almogávar. Lo de la cabeza no pasa de una descabradura; piedra de mal villano, que si yo no trajera tanta prisa, hubieramelo pagado aunque por pacto con el demonio se escondiera en el infierno; y esto de los brazos son garras de un can que ya estará en el otro mundo, si para los canes lo hay.

—No digas esas cosas, Aznar, replicó el escrupuloso monje.

—Y vos no os detengais, señor. Guíad acá á la izquierda; que si nos persiguen ya, solo por ahí podremos escaparnos.

Aguijó don Ramiro, y partió el caballo á la carrera: el almogávar, liada en la mano derecha la cola del bruto, corría á la par del rey.

—Sabes, decia don Ramiro, que cada vez temo mas que se me desboque tambien este caballo?

—No hayais miedo alguno mientras yo vaya aquí asido, respondió el almogávar.

—Y caballero y escudero corrieron de esta manera mas de dos horas.

Al romper el día dijo Aznar al rey:

—Regocijaos, señor, porque ya estamos libres.

—¿Qué? ¿No temes que nos alcancen aún con caballos mas ligeros que éste? Mira que yo sé que aquellos que pasaron por cerca de mí durante tu ausencia eran caballeros de Huesca que iban en

muestra demanda. Salvóme el matorral que allí habia; pará que no me vieses.

—Ojalá que ahora los encontrásemos, respondió el almogávar.

—¿Qué dices, Aznar? ¿por qué has de querer que los encontremos?

—Porque estoy seguro de acabar con ellos. ¿Veis estas rocas y precipicios? ¿Veis aquellas cuevas que parecen de fieras? Pues no son sino moradas de vasallos vuestros y harto mas fieles que los que atrás dejais. Si yo diera un silbido vierais acudir aquí gente capaz de dar cuenta en un abrir y cerrar de ojos de todos los infanzones de Huesca.

—Dálo, Aznar, que quiero yo conocer á esa gente; habíamelos pintado como feroces y bárbaros; pero ahora, desde que te conozco á tí, me siento inclinado á estimarlos.

—No ha de llamarseles sino en la ocasión; mas haceis bien en quererlos; que ellos son la flor de vuestros vasallos; esos son los que los darán la victoria cuantas veces se la pidais, los que estenderán el nombre de vuestra raza por todo el mundo, si en trance de ello los poneis.

—Pues mira, Aznar, dijo el rey, pienso que han de cumplirse tus deseos; tú no puedes verlos desde ahí, pero yo desde aquí distingo muy bien un escuadron de caballeros que sabe hácia este alto por donde nosotros vamos.

—Eso hay? respondió el almogávar; quies dejad, que yo iré á reconocerlos, y veré si son con efecto los que pensamos. Mas ¿voto vó que he perdido

mis dardos. Erré el uno, y dejé el otro en el cuerpo de un mezuquino burgués que maté, allá abajo, y ahora voy á desperdiciar la ocasion de derribar de sus caballos á dos gentiles ginetes.

—¿Otro mataste allá? Eres sanguinario, Aznar.

—Así me criaron en la montaña, señor, y así he de ser toda mi vida. Los almogávares somos ovejas con nuestros amigos, y tigres con nuestros contrarios, quien quiera que sean.

—Malhadado oficio el de las armas, Aznar. Pero ¿querrás creer que ahora que te veo á tí animoso y que me acuerdo de las afrentas que esos ricos-hombres me han hecho pasar, y de la cautividad de mi hija, siento así como deseos de derramar sangre también? Dios me perdone, Aznar; es la primera vez que esto se me ocurre en la vida.

—Eso es, que recordais de quien venís, señor; vuestro abuelo murió en la jornada de Graus, y vuestro padre murió delante de Huesca, y también vuestro hermano don Alonso en Fraga. Por eso los almogávares amamos tanto á los de vuestra casa, porque todos saben pelear como leones y morir como reyes. Y para mí tengo, señor, que no habeis de ser el menor de ellos, si bien nunca os ejercitasteis en armas como los otros.

En esto distinguíase ya con toda claridad el escuadrón de caballeros que venia marchando hácia ellos; veíanse flotar al viento las banderolas de las lanzas, y casi podían leerse los motes de los escudos. Aznar se adelantó algunos pasos á reconocerlos, y notó que de los primeros, y como gobernando

el escuadrón, venia el esforzado Roldán. Entonces, viendo que no habia duda de que fuesen adversarios, dió un silbido prolongado y que resonó por todos aquellos contornos, y luego otro y otro hasta tres veces: y vuelto al lado de don Ramiro, le dijo:

—Preparaos á combatir, señor. Tomad el escudo y las riendas con aquella mano, y con estotra desnudad la espada.

—No ha de ser así, dijo el rey, que no se yo cómo he de poder tener las riendas con la mano izquierda y valerme de ella al propio tiempo para manejar el escudo. Tomaré las riendas con la boca, y así iré bien desembarazado.

—Señor, seguid mi consejo: tomad las riendas y el escudo con una propia mano.

—Ahora te digo yo, Aznar, que no hay que hablar mas en ello, porque la ocasion es de pelear como buenos, y no de aprender galanas aposturas. Júrote que me siento otro; no sé qué ardor singular siento por mis venas: pareceme que bastaria yo solo para todos esos.

Y con efecto sus ojos lanzaban rayos de fuego; su rostro estaba encendido, su corazón firme; no parecia el mismo hombre que horas antes habia tenido miedo, y que tanto habia pensado en la muerte. El almogávar habia logrado imprimir en aquel espíritu incierto y vacilante su valor mismo. Aquella impresion eterna imperaba tanto en don Ramiro como antes habian imperado en él las sombras espesas y los desconocidos murmullos del matorral adonde estuvo á solas.

nunca al de la espuela de oro ni al de humilde ca-
yado; que así hieres en las carnes ternísimas del
infante como en el acerado peto del soldado; y lo
propio te cebas que en sangre de hombres, en san-
gre de hermosas mujeres! Todavía recuerda Hues-
ca con espanto que el día en que traspasasteis sus

CAPITULO XIV.

puertas, todo lo disteis al saqueo y á la violencia. Ni
sirvió á mis hermanos muzarabes su fidelidad á la
santa fe de nuestro Dios, ni les aprovechó el reci-
bros como libertadores. Vosotros nos motejasteis
de cobardes porque permanecemos en la ciudad en
lugar de escapar á los montes altos y vivir en vues-
tra compañía en cavernas y peñascales, y á la par
nos tratasteis que á los mismos moros; y aún osa-
bais decir al ultrajarnos que menos criminales eran
ellos en defender su ley con las armas, que no nos-
otros en practicarla entre contrarios é infieles, fian-
do á la oracion y no á las manos la redencion de
nuestra esclavitud.

**En el cual se narra una grande y descomunal
batalla, que no fuera para creída si de tan
autorizado conducto no nos viniera, como
es el cronista de esta historia.**

Montaner Chronica
E quina gent es aquesta qui
van nus e despullata, qui
no vesten mas sol un casot e
no porten darga, ne escut!...

E los almogavers que oyren
azo entrebunt dixerem: vuy
sera queus mostrarem qui
som.

Montaner Chronica
que apenas hay en vosotros quien sepa de su ascen-
dencia ó pueda decir algo de sus hijos? ¿No se alis-
tan todo género de malhechores en vuestras ban-
das? ¿No vivís perpetuamente en la montaña sin
bajar nunca al llano sino para traer el robó y la
matanza?

El cronista de esta verídica historia debia de ser
grande enemigo de los almogávares, porque al co-
menzar este capítulo lanza contra ellos multitud de
invectivas y los maldice sin cuento.

Oh gente cruel, esclama, que no perdonaste

nunca al de la espuela de oro ni al de humilde ca-
yado; que así hieres en las carnes ternísimas del
infante como en el acerado peto del soldado; y lo
propio te cebas que en sangre de hombres, en san-
gre de hermosas mujeres! Todavía recuerda Hues-
ca con espanto que el día en que traspasasteis sus
puertas, todo lo disteis al saqueo y á la violencia. Ni
sirvió á mis hermanos muzarabes su fidelidad á la
santa fe de nuestro Dios, ni les aprovechó el reci-
bros como libertadores. Vosotros nos motejasteis
de cobardes porque permanecemos en la ciudad en
lugar de escapar á los montes altos y vivir en vues-
tra compañía en cavernas y peñascales, y á la par
nos tratasteis que á los mismos moros; y aún osa-
bais decir al ultrajarnos que menos criminales eran
ellos en defender su ley con las armas, que no nos-
otros en practicarla entre contrarios é infieles, fian-
do á la oracion y no á las manos la redencion de
nuestra esclavitud.

Mas ; que mucho que así obreis, almogávares, si
sois en la persona horribles, en el vestir, fieras, en
el nacer de raza vária y diversa prosapia, de suerte
que apenas hay en vosotros quien sepa de su ascen-
dencia ó pueda decir algo de sus hijos? ¿No se alis-
tan todo género de malhechores en vuestras ban-
das? ¿No vivís perpetuamente en la montaña sin
bajar nunca al llano sino para traer el robó y la
matanza?

Bien es que os alimenteis con carne de fieras y
yerbas del campo, y que mas moréis en soledades
y desiertos que en los pueblos; bien es que durmais

en el suelo y padezcáis tan grandes miserias, puesto que sois tan semejantes á los salvajes brutos en crueldad y en dureza á las rocas de la montaña. Y mal haya de vos, almogávares, mal haya de vos, y así os depare el cielo, como teneis negros y espantosos los rostros, espantoso y negro castigo en la otra vida.

Y por este estilo prosigue el bueno del cronista en sus imprecaciones.

Mas si préscindiendo de estas sentencias, dictadas por lengua enemiga, llegamos á examinar los hechos de aquella gente, parece que no faltaban en ella buenas partes que oscurecian las malas con serlo tanto, y ser tantas como asegura el cronista.

Sin ir mas lejos, este Aznar Garcés, á quien de escudero hemos traído en pos del rey don Ramiro hasta las sierras que corren entre Aragon y Cataluña, si era hombre cruel, no parecia horrible por su persona, á no mentir la buena de Castana, y mostrábase á la par que valiente, y astuto, y gallardo, fidelísimo, que es prenda no de malvados, sino de las mas escasas entre los honrados hombres.

Buena prueba de ello fué el encuentro con el escuadron de Roldan, que comenzamos á relatar en el capítulo antecedente.

Aparte ociosas palabras, sin otra voz que el grito de *San Jorge y á ellos*, Aznar desnudó la espada corta que llevaba al cinto, y se adelantó hácia el escuadron de los caballos.

El camino iba cortando por allí la falda de una

montaña frontera de otra, no menos alta que ella, y si de una parte los ojos apenas acertaban á descubrir las contrapuestas cimas, de otra podia causar vahidos de cabeza lo profundo del abismo que se abria entre ellas. Todo lo ancho del camino no parecia de tres varas, formando vueltas y revueltas en esa figura que ahora llamamos de *zig, zag*; y como por aquellos tiempos no habia escuelas especiales que enseñaran á construir caminos, notábase en éste la singular circunstancia de que en los puntos donde revolvia, se estrechase mas y mas, de manera que apenas podian pasar dos caballos de frente.

En una de estas revueltas se apostó Aznar con la espada desnuda, y el rey á caballo, y desnuda tambien la suya, cogidas las riendas con la boca, y cubierto con el escudo, se colocó detras, haciendo como una segunda línea de combate.

Roldan, no bien notó tales movimientos, puesto que dudase que dos hombres solos osaran contraponerse á su escuadron, donde bien se cortarían cincuenta ginetes, envió á dos caballeros que los reconociesen y alejasen del puesto. Pero lejos de ceder don Ramiro y su escudero, lanzaron á la par el grito de *¡mueran los traidores!* y con denuestos é injurias provocaron al combate á los caballeros que venian de descubierta. Maravillóles á estos la determinacion, y más viendo la apostura burlesca del ginete y las pocas armas y defensas que el peon traia consigo; y creyendo fácil castigar aquello que imaginaban locura, pasaron adelante lanza en ristre y á la carrera.

Aznar aguardó inmóvil; y al verlos á diez pasos, calculó diestramente el espacio que dejaban los caballos, y se plantó en él antes que los caballeros, apercibiéndolo, pudiesen variar la dirección de sus lanzas; luego, al pasar por su lado, hundió la espada en el pecho del caballo que venia de la parte del abismo, y el caballo vaciló un instante, y cayó rodando por las peñas con su desventurado ginete.

El otro caballero erró el golpe de lanza en don Ramiro, porque como el camino se ensanchaba de la parte en que éste se hallaba, no pudo venir contra él rectamente, y pasó por su lado sin herirle. Entonces don Ramiro se lanzó á él como quien ignora en sí propio el efecto de las armas y por acaso ha llegado á perderles el miedo; que es decir, con furia ciega.

Recibióle el otro caballero con la espada también, y en un momento se cubrieron de sendos golpes y se abollaron bien las viseras, sin que á don Ramiro empesciera para manejarse el tener asidas las riendas con la boca, ni al otro contuviera un punto el pelear con el rey, dado que no pudo conocerlo en aquella traza, hasta que Aznar puso término á la contienda, derribando mal herido al caballo de una tremenda estocada en el vientre, y rematando al caballero de una cuchillada terrible, con que le partió en dos trozos el casco y la cabeza.

En esto acudía á todo correr al sitio del combate el buen caballero Roldan, seguido de todos los de su escuadron.

Aznar cogió de las bridas el caballo del muerto adalid y lo arrastró hasta el sitio en que se angostaba el camino; allí acabó con él de un solo golpe en la cabeza, y colocándose detras, para que su cuerpo le sirviese como muro, aguardó á los contrarios.

Caballero y escudero no se dirigieron en todo este tiempo sino una sola vez la palabra.

—Bravamente peleais, señor, dijo Aznar.

—Tu sí; que no hay alimaña del monte que te iguale, le respondió el rey, maravillado de la serenidad con que tales hazañas ejecutaba.

Al llegar los primeros caballos del escuadron al sitio del combate retrocedieron espantados; habian visto muerto su compañero; y por mas que hacian los ginetes, no era posible hacerlos pasar adelante.

Roldan fué el único que de un salto logró ponerse de la otra parte; y el salto fué con tanta rapidez, que no pudo el almogávar herirle.

Acometióle entonces don Ramiro, y Roldan, que vió sin lanza á su contrario, tiró la suya al precipicio, y desnudando la espada le recibió con el mayor esfuerzo.

Largo rato estuvieron dándose golpes sin consecuencia: Roldan era mas diestro; don Ramiro tenia mas coraje, mas resolucion entonces de morir ó vencer.

Aznar en tanto ardia en deseos de socorrer á su señor, pero no se atrevia á desamparar el puesto, por temor de que los del escuadron quitasen de en medio el cuerpo del caballo, que era el único estor-

bo que los detenía, y pasando adelante hiciesen imposible la resistencia.

Sonaban redoblados los golpes entre Roldan y don Ramiro; impacientábanse los caballeros de su escuadron viendo que pasar adonde él estaba no les era posible, y comenzaban á pensar en echar pié á tierra para lograrlo; rugía de cólera el almogávar, y miraba á la cima del monte, como si algo esperase que no venia.

— ¿Quién eres, le dijo Roldan á don Ramiro, que de tan extraño modo coges la rienda y tan rabiosamente peleas?

— Soy uno á quien debes largos agravios, y que hoy piensa vengarlos por sí mismo, ya que pudiera vengarlos por otros medios y ha dejado escapar las ocasiones.

— Pues esfuérzate, replicó Roldan, porque no te las has con hombre que deje hacer en sí venganzas.

Las últimas palabras de Roldan no pudo oirlas el rey, porque en aquel momento se oyó un són espantable en lo alto de la montaña; eran alaridos salvajes, choque rudo del hierro contra las peñas, y confusamente entre el gran ruido se escuchaban estas voces, muchas veces repetidas:

— Desperta ferres, desperta ferres.

— *Hierro, despiértate!*

Aznar lanzó un grito de júbilo; y cogiendo su espada con entrambas manos, comenzó á golpear con toda su fuerza en las peñas del suelo, gritando tam-

bien al propio tiempo:

— Desperta ferres, desperta ferres.

Hierro, despiértate!

Don Ramiro y Roldan suspendieron á un tiempo el combate, y alzando la vista hácia la cima donde se oían aquellas voces, la vieron coronada por hasta una docena de hombres, cuya feroz apostura ponía espanto en el ánimo.

A don Ramiro le pareció que comparado con aquella gente podía pasar Aznar por culto y gentil caballero; así venian de rotos y mal vestidos, negra la tez, sangrientos los ojos; unos con capellinas de malla, otros sin ellas; éste con pieles de lobo, aquel de toro, el otro de gato montés, atadas á la cintura; y todos ellos con calzas y antiparras de cuero viejo, y rudas abarcas de monte.

Traían chuzos en las manos y espada corta como la de Aznar, y los mismos dos dardos que éste solia traer consigo.

— Son los almogávares, señor, gritó Aznar; ahora verán esos perillanes y traidores de ricos hombres con quien han de habérselas.

Y bajaban los reciénvenidos por la pendiente escarpadísima de la montaña tan fácilmente como pudieran por el llano.

Tres ó cuatro de ellos se plantaron de un salto al lado de Aznar; y los otros, repartidos por diversos puntos de la pendiente, comenzaron á arrojar dardos y piedras contra los caballeros del escuadron.

Apenas hubo lugar á la defensa: ni uno solo de los dardos de los almogávares se perdió en hombre ó caballo, y los peñascos enormes que hacían ro-

dar desde lo alto acabaron de maltratar á los pocos que quedaron sanos de la primera acometida.

Aznar, viendo en tanta destruccion á los contrarios, corrió al punto á ayudar á su señor contra Roldan.

— ¡Detente! exclamó don Ramiro. Este hombre será mi prisionero; dáte, date, Roldan, y conservarás la vida.

— ¿Dónde oistes, prorumpió Roldan, que se diesen los que llevan mi nombre y son de mi casa?

— Permitted, señor, que le baje esa altivez, y que ponga en lo que es razon la reputacion de su casa y nombre, dijo Aznar.

— Roldan, repuso el rey, yo te mando que te des, y ya es hora que obedezcas con armas al que sin ellas escarneciste. ¿Te acuerdas de aquel juramento inusitado é injurioso que me tomaste en Huesca? ¿Te acuerdas de la vanagloria que mostraste el dia en que prendiste á tu rey, en compañía de otros traidores? Ahora venias sin duda persiguiéndome para prenderme de nuevo ó para quitarme la vida: mas hé aquí que eres mi prisionero cuando menos lo pensabas.

Y al decir estas palabras se levantó la visera.

Roldan quedó asombrado.

— El rey con armas! dijo entre dientes: ¿que diablos es esto? Cosa es ella que veo y no creo; parece encantamento.

Miró en derredor suyo, y halló tomadas por almogávares el frente y las espaldas: tendió la vista

hácia donde habia dejado á sus compañeros, y se encontró sin ellos.

A la verdad, habianse defendido muy bien, aunque desmontados, alguno que otro veterano de los mas diestros y esforzados, y éste y el otro jóven que haciendo la primera campaña, querian sacar airosas las divisas de sus damas.

Tremendos eran los botes de lanza y los mandobles que enderezaban á sus desnudos contrarios, y grande la defensa que les prestaban á ellos los bruñidos petos de reluciente acero y los anchos escudos y ferradas grebas.

Pero ¿qué servia todo ello?

Los almogávares alcanzaban en el combate el empuje poderoso del toro, y la figereza y cautela del tigre, y la bravura del leon, y el rencor de la hiena.

Tan pronto avanzando como cejando, esquivando el golpe ajeno, y no dando el propio sino sobre seguro, rendian primero á los adalides y luego los mataban sin piedad.

Así fueron cayendo unos tras otros aquellos valientes, gloria los unos, grande esperanza los otros, de Aragon.

Y á tiempo fijó Roldan sus ojos en ellos, que vio caer á su ayo Per Villanova, anciano orgulloso y valiente, á quien debia mucha parte de sus altos intentos y condicion dura, y caer á su deudo Galceran de Foch, jóven que hacia sus primeras armas, y en quien él tenia puesto muy gran cariño.

Estremecido apartó de allí la vista; mas no ha-

llo donde fijarla, porque hacia todos lados se miraba igual espectáculo.

La pendiente que desde el camino bajaba al abismo que corría entre las dos montañas fronteras mostrábase salpicada de hombres y caballos muertos ó moribundos aquí y allá, suspendidos en las matas ó recogidos por las salientes peñas.

En un momento habia acontecido todo aquel estrago; y la confusion y desbarate de los caballeros al sentir el inesperado ataque de los almogávares y sus piedras y dardos debió ser grande, porque no habia dos cadáveres juntos, y pocos hierros de lanza aparecian ensangrentados.

Aumentaba el espanto del suceso el ver rodar de cuando en cuando los cadáveres, un instante detenidos en la mitad de la pendiente, hasta lo profundo del abismo.

Roldan no se acobardó; antes bramaba de rabia como una fiera acorralada en el ojeo, que ve llegar ya los perros de la trailla y siente el trote de los caballos de los cazadores.

Veíase sin medios de escapar por uno y por otro lado del camino, y ni esperaba que el rey le perdonase la vida, ni queria debérsela tampoco, segun era de soberbia su condicion.

—Muramos, Roldan, dijo para sí; muramos con honra y sin caer en manos de estos perros.

Y luego, dirigiéndose al rey con arrogante voz, le habló de esta manera:

—Rey don Ramiro, no creas que has de vengarte en mi persona de la enemiga que me tienes; ni

pienses que he de pedirte perdon de mis hechos porque te vea poderoso y yo me sienta fiaco y solo entre tu gente. Valor hay en mí para morir cien veces antes que soportar afrenta alguna que empañe la gloria de mi casa. El último soy de los Roldanes; y si muero, quiero hacer de suerte que no parezca menor en las historias el último que el primero.

—Prendedle, gritó Aznar á los almogávares que estaban puestos á espaldas del caballero, y al propio tiempo dió él algunos pasos adelante.

—No le hagais daño, exclamó el rey, notando que algunos de los almogávares ponian mano á sus dardos.

Peró Roldan cortó la disputa como nadie imaginara, que fue apretando los ijares de su caballo, y dirigiéndolo de tal suerte, que lo obligó á saltar al abismo.

Todos los presentes creyeron por un momento que se habia despenado; pero al cabo le vieron con su generoso trote trepar por los fronteras riscos, aunque dificultosamente, y luego correr á toda brida por la cima de la opuesta montaña, y trasponer en breve por entre los matorrales que la vestian.

El rey, Aznar y los almogávares lanzaron todos á un tiempo una exclamacion de asombro.

De la cima de una montaña á la cima de la otra bien habia muy buen trecho y por en medio corría un arroyo profundo, que era el abismo adonde habian ido á parar los hombres de armas de Roldan;

de suerte que nunca ginete del mundo dió tan largo salto, ni antes ni después, como éste.

Por eso desde entonces es conocido aquel sitio con el nombre de *salto de Roldán*; y al través de tantos siglos se ha perpetuado hasta nosotros el hecho memorable.

Hoy que el tiempo ha desmoronado una y otra montaña hasta poner entre ellas mas de doscientos pasos de distancia, haciendo tambien desaparecer la antigua senda que fué teatro del combate, el suceso se da por increíble.

Vuelto de aquel primer asombro el rey, dijo á Aznar:

—¿Cómo podré yo pagar, mi buen Aznar, los favores que debo á esos tus compañeros?

—Pagadlos con saber y reconocer que son leales. Y ahora prosigamos el camino adonde bien os plazca.

—A las tierras del buen conde de Barcelona, dijo el rey; por el conde y por sus soldados para rescatar mi trono.

—Bastárais con los propios si bien quisierais; mas allá iremos, repuso Aznar.

Y cogiendo de las riendas el caballo de don Ramiro, porque no tropezase en aquel ríscoso camino, echó andar adelante seguido de los otros almogávares.

Estos caminaban silenciosos, tranquilos como si nada hubiera sucedido, cargados todos ellos de joyas y preseas, porque en un momento y sin que ni el rey ni Aznar pudieran notarlo, despojaron de

ellas los cadáveres de los caballeros. Hubiérase dicho que eran guerreros godos que volvían de saquear á Roma con Alarico; ó algunos hunnos escapados de los campos catalaunicos. Y no eran sino españoles; gente que guardaba Aragon para conquistar á Sicilia y Atenas y para azotar á griegos y franceses; gente que perdido el nombre y la traza, habia de conquistar un mundo para su patria, héroes en Ravena, ó venciendo como semidioses en Mulberg y en Otumba.

¿Por qué fatalidad se habían empleado esta vez sus armas contra la sangre generosa cayendo como de los ricos hombres aragoneses?

—¿Cómo podré yo pagar, mi buen Aznar, los favores que debo á esos tus compañeros?

—Pagadlos con saber y reconocer que son leales. Y ahora prosigamos el camino adonde bien os plazca.

—A las tierras del buen conde de Barcelona, dijo el rey; por el conde y por sus soldados para rescatar mi trono.

—Bastárais con los propios si bien quisierais; mas allá iremos, repuso Aznar.

Y cogiendo de las riendas el caballo de don Ramiro, porque no tropezase en aquel ríscoso camino, echó andar adelante seguido de los otros almogávares.

Estos caminaban silenciosos, tranquilos como si nada hubiera sucedido, cargados todos ellos de joyas y preseas, porque en un momento y sin que ni el rey ni Aznar pudieran notarlo, despojaron de

— 144 —
CAPITULO XV.

Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas.

Mantengavos Dios, señor.
— Adalides bien vengades:
pues ¿qué nuevas me traedes
del campo de Palomares?
— Buenas las traemos, señor,
pues que venimos acá...
que nos pesó ó que nos plugo
hobimos de pelear.
Los cuatro de ellos matamos,
los tres traemos acá.

ROMANCE VIERO.

Dejemos al rey don Ramiro con sus almogávares; dejémonos de lamentaciones y reflexiones históricas. Ello es que anda encendida la discordia entre el rey y los ricoshombres, y que los hijos de la montaña, los valerosos almogávares van puestos

de su parte. Si ha corrido harta sangre de nobles, mas sangre sospechamos que ha de correr todavía; porque eso tienen las contiendas civiles en todos tiempos, que son mas sangrientas que las otras. Ahora don Ramiro va en busca de mayores fuerzas y ajeno amparo; sin duda que obtendrá uno y otro, sin duda que volverá, y entonces habrá larga ocasion de ocupar otros capítulos con su persona. Pero en el entre tanto, la crónica nos llama á otra parte, que es á la gran ciudad de Huesca, para ver lo que aconteció en ella desde que la abandonó don Ramiro en compañía de su fiel escudero Aznar.

Natural era que hubiese gran confusion en el alcázar al notarse la falta del prisionero, al ver cadáveres á los guardas y forzadas las puertas, sin hallar á todo esto rastro alguno ni indicio que denotase cómo y cuándo hubiera podido ejecutarse tan arriesgada fuga. Al punto ardieron antorchas, relumbraron espadas, sonaron clarines, alzáronse pendones, cundió la alarma por toda la ciudad y los lugares comarcanos.

No hubo ricohombre de cuenta que no saliese con numeroso escuadron al campo en demanda de los fugitivos; quier por un camino, quier por otro, por acá y por acullá, con el aguijon cada uno de hacer suya la presa, y todos con el deseo de que no se les fueran á tierra extranjera, de lo que á ellos podrían seguirseles grandes daños.

Vano empeño; pasaron horas y horas, y fueron volviendo los ricoshombres cansados de caminar

noche y dia, sin hallar á sol ni á sombra al rey don Ramiro.

Solo se notó que Roldan, el mas activo y determinado de los ricoshombres, tardaba mas que los otros.

Mas viendo que alcanzar al rey no parecia ya posible, los ricoshombres se constituyeron en cortes en el alcázar de Huesca, y allí comenzaron á proveer y determinar en todo, acudiendo á las turbulencias que amanecian en el reino, y á gobernar las cosas en cabeza de la tierna princesa doña Petronila, á la cual guardaban separada de su madre en casa de la dueña del buen almirante Miguel de Azlor.

Y no descuidaron los ricoshombres, mal aposentados en el alcázar de los reyes, ni era cosa de descuidar el fortalecer la ciudad, y buscar armas, y levantar soldados, y prepararse para la guerra si llegaba á ser necesaria, sino que en el mismo dia en que faltó el rey de Huesca, comenzaron á tratar en todo ello.

En tanto la reina doña Inés y su fiel Castana, vueltas á su aposento, pasaban horas de indecible angustia.

El resto de la noche en que se escapó don Ramiro del alcázar, la emplearon en orar; la esposa no podia olvidar al esposo, Castana no sabia apartar de su memoria al almogávar.

Mas no bien rayó el dia, doña Inés dijo á Castana:

—Es preciso que busquemos á mi hija.

—¿ Creéis que los ricoshombres os la devolverán? contestó Castana.

—Dénmela ó no, iré á buscarla ahora mismo, porque yo no sé ya vivir sin ella. Es un trasunto de su padre, Castana; ¿ no has reparado en eso? Vamos á buscar á mi hija.

Y salió como una simple dueña seguida de su doncella.

En cuanto se mostró en la calle, á pesar de que cuidadosamente se cubria el rostro y el talle con un largo manto, las gentes comenzaron á murmurar entre sí, mas no tan bajo que no llegase á sus oídos:

—Es la reina doña Inés. ¿ Qué afligida va! ¿ Pobre madre! ¿ Le han quitado á su hija! decian los mas indiferentes.

Otros mas leales esclamaban.

—¿ No es vergüenza que la reina de Aragon vaya de esa manera, sin escuderos que la sirvan, sin alabardas que la defiendan? ¿ No seria mejor que nos pusiésemos de su parte, que no de parte de esos soberbios ricoshombres?

Pero aquel dia andaba Huesca tan llena de soldados y caballeros, que ponía respeto en los mas audaces; y aunque muchos compadeciesen á la reina, ninguno habria osado darle ayuda ni decir en alto sus intenciones.

Así, paso entre paso, llegó la reina doña Inés en casa de Ferriz de Lizana.

—Este como el mas viejo y mas autorizado de los ricoshombres sabrá de mi hija, y aun acaso recuer-

de al verme su lealtad antigua y me la devuelva!
decia la reina.

— ¡Que no conozcais aún á estos señores! respondia Castana. Habed por seguro que no os la devuelvan.

Hallábase la plazoleta donde se levantaba la casa de Azlor obstruida de gente que hablaba entre sí como de una cosa extraordinaria, y á duras penas pudieron llegar al zaguan.

El gentío se agrupaba principalmente en derredor de un hermoso caballo ricamente enjaezado que se mostraba muerto delante de la puerta.

— ¡Pobre animal! decian unos.

— Así debió ser de larga la carrera, añadian otros.

La reina, sin parar mientes en aquella compasion popular, que así se empleaba en su persona como en el muerto caballo, mandó á un escudero de la casa, que avisase á su señor de cómo allí habia una dueña que lo buscaba.

Un instante despues Ferriz de Lizana, galante como todos los caballeros de su tiempo, salia á recibir á doña Inés y la introducía en una estancia que en lo suntuoso podia competir con las mejores del regio alcázar.

Allí estaba el valeroso Roldan cubierto de polvo, bañado en sudor, pálido el semblante, denotando en todo su exterior hondo cansancio.

— ¿Queréis, señora, que hablemos en puridad vos y yo solos?

— Me retiraré, añadió Roldan con un una profunda reverencia.

— No; no os retiréis, Roldan; á los dos vengo á hablaros, y los dos habeis de poner remedio en mi cuita, respondió la reina descubriéndose el rostro.

— ¡Sois vos, señora! exclamó al verla Ferriz de Lizana, un tanto embarazado.

— Vengo, Lizana, dijo doña Inés, á que me deis mi hija; ¿dónde estará mejor guardada que en mis manos? ¿quién es mas digna de tenerla que yo?

— Se trata, señora, de la seguridad del reino; esa niña augusta pertenece mas que á vos á sus vasallos. Los ricoshombres del reino la custodian, ¿qué podeis temer?

— Temo no poder vivir sin ella, Lizana; es un retrato de su padre, es lo único que me queda ya en el mundo.

— Su padre, replicó entonces con ronca voz Lizana, anda mal aconsejado de algunos dias á esta parte. ¿Sabeis, señora, que ha levantado pendones contra Aragon? ¿Sabeis que ha empuñado las armas en la montaña, como si fuera un salteador?

Aquí teneis al buen caballero Roldan, que os dará largas noticias de lo que ha hecho su padre. Cincuenta hombres de armas, escogidos; cincuenta vajiientes de aquellos que conmigo pelearon contra moros; cincuenta guerreros, la flor de Aragon, han sido hechos pedazos por su hueste de bandoleros. El mismo Roldan no debe la vida sino á un milagro.

Y al decir esto comenzó á dar paseos por la sala con una agilidad que contradecía sus años.

—Lizana, repuso doña Inés; á mí no me toca hablar en esas cosas; ni sé, mas sino que amo á mi esposo con toda mi alma, y que no puedo vivir sin mi hija. Pero, ¿no os parece, que si el rey ha levantado pendones contra vosotros, aun es más criminal que vosotros los levanteis contra él, siendo sus vasallos, y que osárais aun ponerlo preso?

Férriz de Lizana apenas pudo reprimir una exclamacion de despecho: las palabras no acertaban á modularse dentro de sus labios; su ceñudo gesto denotaba que hervia su sangre en ira como en los tiempos de la juventud.

—Bien decís, señora, respondió al cabo, que no puede tratarse con vos de estas cosas; y aun por eso os ruego que las dejemos aparte, y que me perdonéis si no puedo devolveros á vuestra hija: hoy con mas razon que nunca deben custodiarla los ricos-hombres del reino.

—¿No habrá piedad para una madre, Lizana?

Mirad que es mucho rogaros una reina.

—No puede haberla, señora; disponed de mi sangre, mas no me mandeis que deje de atender al bien del reino.

—Esta bien, Lizana; dijo la reina. Preferid á la lealtad el interes, que eso es lo que ahora se nombra bien del reino; preferidlo en buen hora, que Dios ayudará mas por eso á don Ramiro para que castigue á los rebeldes, y á mí me acrecentará en fuerzas para rescatar á mi hija.

Y sin decir mas, se salió de la estancia; en la an-

tesala la aguardaba Castana, y juntas tomaron de nuevo el camino del Alcázar.

Allí permanecieron encerradas largos quince días, sin oír á nadie ni ver á nadie, sin noticias de don Ramiro ni de la tierna princesa. Al cabo una tarde que era de las hermosas de primavera, sintieron unos golpecitos á la puerta del aposento, abrió Castana, y entró un almogávar.

—¿Aznar! dijo Castana; ¿tú por acá? ¿Cuántos deseos tenia de verte!

—No serian tantos como yo tenia de hallar esos tus ojuelos, que hieren mas que flechas de almora-vides, y son mas dulces que miel de abejas; pero oye, Castana, ¿dónde está tu señora?

—Que éntre, gritó desde adentro la reina doña Inés, que habia conocido la voz.

El almogávar entró con respetuoso continente, pero sin perder su natural desembarazo.

—¿Dónde has dejado á tu señor, Aznar? le preguntó la reina.

—Hélo dejado, señora, á dos jornadas de aqui; viene en compañía del conde Berenguer de Barcelona, y traen junta copiosísima hueste de catalanes y aragoneses.

—¿Tan cerca? repuso la reina con indecible júbilo. Tú no sabes, Aznar, lo que deseo su venida. Sábeta que esos rebeldes ricos-hombres no han querido devolverme á mi hija, y que todos los días vienen á este alcázar y entran en las salas reales y desde allí disponen á su antojo de todo.

—Ya devolverán á vuestra hija, ó por mejor dea

cir, ya se la quitaremos bien en mengua suya; y de las salas de este alcázar, por cierto que han de salir no tan soberbios como entraron.

—Pero, ¿estás seguro del triunfo? ¿Estás seguro de que podrá vencer el rey á los rebeldes? Mira que son poderosos, Aznar.

—Y ¿qué importa que lo sean, señora? Como diebres huirán de la hueste del rey, ó de no, caerán como haces de mies al filo de nuestros hierros. Y harto siento yo que el rey haya determinado conceder perdón á sus delitos, con tal que no hagan resistencia; resistieranse ellos en buen hora y acabará de una vez en Aragón tan mala semilla.

—¿Traes tú el perdón?

—No, sino el honrado Pedro de Fivallé, que es como escudero del de Barcelona, al cual llaman rey de armas.

—Y ¿crees tú que lo admitirán los ricoshombres?

—Tengo por cierto que no lo admitirán.

—Y ¿qué hacer en tal caso?

—¿Qué hacer? El rey y el conde llegarán de todas suertes á la ciudad, y si hallan abiertas las puertas entrarán pacíficamente; si no las quebrantarán y harán portillo en el adarve. Y si al entrar por la ciudad tañimos cierta campana Fivallé y yo en señal de que han solicitado el perdón los rebeldes, no habrá en ellos matanza; mas de otra suerte sus casas serán entradas á sangre y fuego, y sus cuerpos hechos pedazos en pena de encubrir tan traidores ánimos.

—Qué horror! Aznar, ¿ha mandado eso el rey don Ramiro?

—No; mas por él halo dispuesto el conde de Barcelona, que parece hombre de esfuerzo y dignísimo de llevar corona en la cabeza; de nuestro buen rey don Ramiro fué solamente el mandar que primero se les brindara con el perdón.

En este momento sonó una trompeta en el patio del alcázar.

—¿Qué es esto? preguntó la reina.

—Es que Pedro de Fivallé ha terminado su encargo, y debo ya juntarme con él. Conque ya sabéis, señora, que mañana tendréis aquí al rey vuestro esposo, y que mañana hallaréis en vuestros brazos á la tierna princesa.

—Mi esposo, no; mi hija, si; murmuró entre dientes la reina con honda melancolía.

El almogávar hizo una profunda reverencia y salió. A la puerta del aposento halló á Castana.

—¿Tan pronto te vas? le dijo esta.

—Tan pronto, respondió él; y á fe que lo siento en el alma, porque has de saber, hechicera muchacha, que lo que nunca me ha sucedido, ahora me sucede, que les desear tu habla de jilguero, y tus ojos de endrina, y tu andar de venado, y tu talle flexible como la mimbre, y ese tu pie tan breve que no parece tuyo sino de una niña recién nacida. Y en Dios y en mi ánima, que á no ofenderte, quisiera departir contigo esta noche en puridad; que bien puedes fiar en mí, pues soy aunque rudo montañés, fidelísimo en guardar secretos y promesas, y porque conmigo estés ó hables, no ha de pararte mal alguno.

—Eso creo yo muy bien, Aznar, dijo Castana, y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde están estos aposentos; que yo te arrojaré escala por donde subas á ella, pues has de saber que como esta torre cae detras del muro y está tan alta y no hay ruido de enemigos, suele andar sin atalaya.

—Sí que vendré, Castana, y no hay mas que hablar en ello, y queda con Dios que abajo me esperan.

—Mucho hablaste con Aznar, le dijo la reina á Castana cuando volvió á su aposento.

—Castana no contestó, y se puso colorada.

—No te ruborices, mi fiel Castana, añadió la reina; que Aznar te querrá honradamente, y ya os heredaremos de manera que paseis muy bien la vida como buenos esposos. ; Quiera el cielo hacer vuestro matrimonio mas feliz que el mio!

—Eso creo yo muy bien, Aznar, dijo Castana, y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde están estos aposentos; que yo te arrojaré escala por donde subas á ella, pues has de saber que como esta torre cae detras del muro y está tan alta y no hay ruido de enemigos, suele andar sin atalaya.

CAPITULO XVI

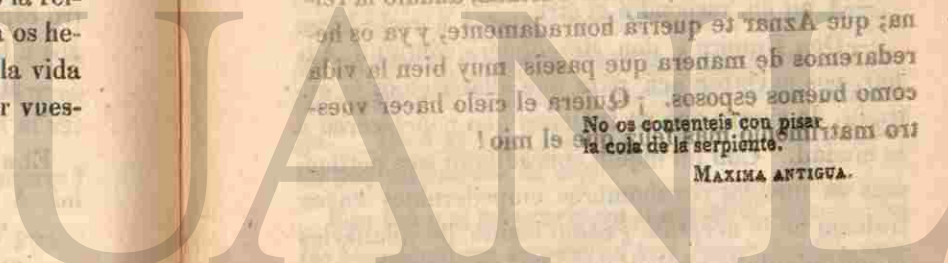
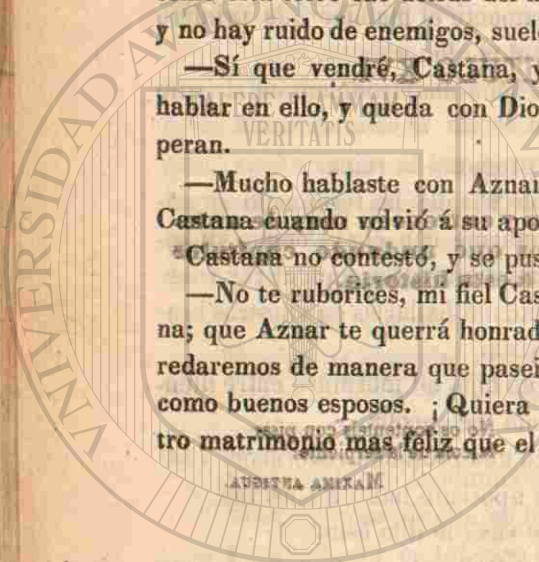
—Si que vendré, Castana, y no hay mas que hablar en ello, y queda con Dios que abajo me esperan.

—Mucho hablaste con Aznar, le dijo la reina á Castana cuando volvió á su aposento. **Donde se preparan y entreven muy de adelantado los sucesos que andando capitulos han de poner fin á esta historia.**

—No te ruborices, mi fiel Castana, añadió la reina; que Aznar te querrá honradamente, y ya os heredaremos de manera que paseis muy bien la vida como buenos esposos. ; Quiera el cielo hacer vuestro matrimonio mas feliz que el mio!

No os contentéis con pisar la cola de la serpiente.

MAXIMA ANTIGUA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quando Aznar llegó al patio del alcázar, se encontró allí con su compañero Pedro de Fivallé.

El rey de armas estaba rodeado de heraldos y escuderos, y soldados con antorchas encendidas.

—¿Qué hay? le preguntó Aznar.

—Que las córtes de Aragon reunidas por su propia autoridad y convocatoria en este alcázar, se niegan á reconocer mas por rey á don Ramiro, y han



—Eso creo yo muy bien, Aznar, dijo Castana, y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde están estos aposentos; que yo te arrojaré escala por donde subas á ella, pues has de saber que como esta torre cae detras del muro y está tan alta y no hay ruido de enemigos, suele andar sin atalaya.

—Sí que vendré, Castana, y no hay mas que hablar en ello, y queda con Dios que abajo me esperan.

—Mucho hablaste con Aznar, le dijo la reina á Castana cuando volvió á su aposento.

—Castana no contestó, y se puso colorada.

—No te ruborices, mi fiel Castana, añadió la reina; que Aznar te querrá honradamente, y ya os heredaremos de manera que paseis muy bien la vida como buenos esposos. ; Quiera el cielo hacer vuestro matrimonio mas feliz que el mio!

—Eso creo yo muy bien, Aznar, dijo Castana, y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde están estos aposentos; que yo te arrojaré escala por donde subas á ella, pues has de saber que como esta torre cae detras del muro y está tan alta y no hay ruido de enemigos, suele andar sin atalaya.

CAPITULO XVI

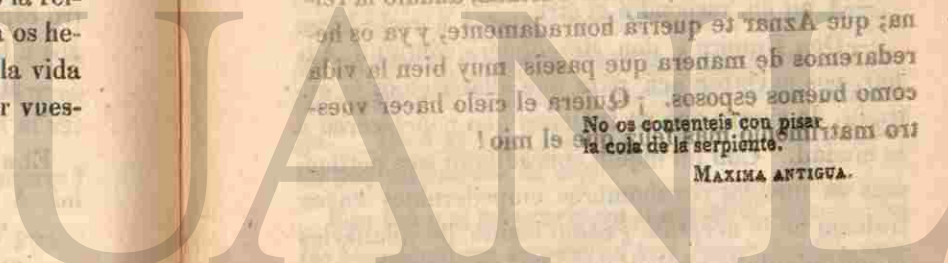
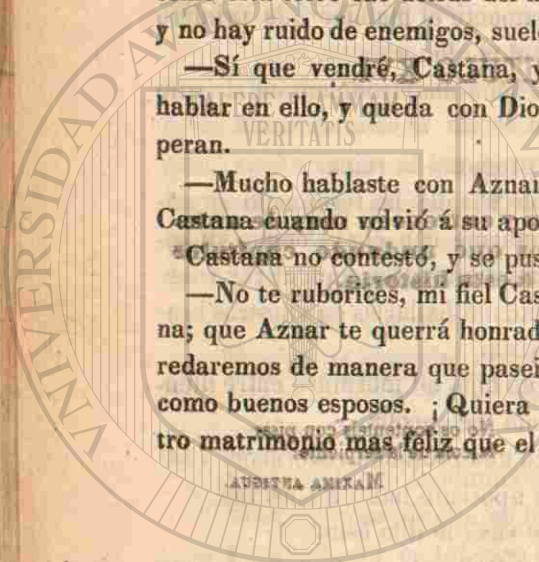
—Si que vendré, Castana, y no hay mas que hablar en ello, y queda con Dios que abajo me esperan.

—Mucho hablaste con Aznar, le dijo la reina á Castana cuando volvió á su aposento. **Donde se preparan y entreven muy de adelantado los sucesos que andando capitulos han de poner fin á esta historia.**

—No te ruborices, mi fiel Castana, añadió la reina; que Aznar te querrá honradamente, y ya os heredaremos de manera que paseis muy bien la vida como buenos esposos. ; Quiera el cielo hacer vuestro matrimonio mas feliz que el mio!

No os contentéis con pisar la cola de la serpiente.

MAXIMA ANTIGUA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

El rey de armas estaba rodeado de heraldos y escuderos, y soldados con antorchas encendidas. ; Qué hay? le preguntó Aznar. —Que las córtes de Aragon reunidas por su propia autoridad y convocatoria en este alcázar, se niegan á reconocer mas por rey á don Ramiro, y han

Cuando Aznar llegó al patio del alcázar, se encontró allí con su compañero Pedro de Fivallé. El rey de armas estaba rodeado de heraldos y escuderos, y soldados con antorchas encendidas. ; Qué hay? le preguntó Aznar. —Que las córtes de Aragon reunidas por su propia autoridad y convocatoria en este alcázar, se niegan á reconocer mas por rey á don Ramiro, y han



declarado que no dejarán entrar dentro de Huesca ni á él ni al de Barcelona, contestó Fivallé.

—Pues si eso pasa, dijo Aznar, no hay mas sino que me salí con la mia, porque nunca pensé que el perdon lo aceptasen.

—Vamos á nuestro alojamiento, y allí hablemos despacio, repuso Fivallé.

—Sea como decis, añadió Aznar.

Y entrambos echaron á andar para la calle nombrada del *Salvador*, adonde estaban aposentados.

No bien llegaron allá y despidieron á los de la comitiva, dijo Aznar á Pedro de Fivallé:

—¿Nada se os ocurre que hacer ahora?

—A mí no, respondió el otro.

—Don Ramiro y don Berenguer, continuó Aznar, nos enviaron acá para que allanásemos la entrada, de suerte que no tuvieran que poner cerco á la ciudad. Con tal objeto concedieron ese perdon; mas ya que los ricoshombres empedernidos en su traicion no lo aceptan, ¿cómo hemos de allanarles la entrada de la ciudad evitando el cerco?

—No se me ocurre cómo, respondió Fivallé, segun que yo los he visto de soberbios: no hay mejor hacer que salir nosotros de aquí y dar parte de todo á nuestros principes para que los traten con todo el rigor de la guerra.

—Ni por pienso, Fivallé; eso no conviene, replicó Aznar. Al abrigo de esos muros tan recios y de esas noventa torres que circuyen la ciudad, los ricoshombres sabrán mantenerse en su rebelion por largo tiempo, y aun desde aquí no les seria difícil levan-

tar el reino y desbaratar los intentos del buen rey don Ramiro y de su aliado don Berenguer.

—Así es la verdad, Aznar, repuso el rey de armas; ¿pero cómo hemos de remediarlo?

—El cómo ya lo buscaremos, continuó Aznar. Lo que importa es que convengamos en reconocer nuestro deber; ni don Ramiro ni don Berenguer nos mandaron que saliésemos de aquí. “Id, dijeron, y llevadles nuestro perdon mientras nosotros entramos en la ciudad. Si al entrar oimos el repique de una sola campana, entenderemos que sois vosotros quien la tocais, y que no debemos hacer daño á los ricos-hombres, porque ellos han reconocido su culpa, sometiéndose á nuestros mandatos; mas si la campana no suena, ó suenan muchas como en rebato, entenderemos lo contrario y obraremos como convenga.” Bien se ve, Fivallé, que no previeron el caso de que saliésemos de aquí.

Eso fué que no previeron tampoco el caso de que los ricoshombres estuvieran tan determinados, respondió Fivallé.

—O acaso, contestó Aznar, que haban en que nosotros no dejariamos que cuajase el propósito de la resistencia.

—¡Imposible! replicó Fivallé como asombrado, ¿quién habia de imaginar semejante cosa? ¿Qué fuerzas son las nuestras para ello? Aznar, contad aún con lo que hablais, no dejemos por acá la cabeza.

—¿Eso os espanta? dijo Aznar.

—No me espanta, sino porque ha de ser inútilmente, contestó Fivallé.

—Inútilmente no, continuó Aznar; y una vez que eso solo os empesce y mortifica, aguardadme aquí que yo vendré dentro de poco, y os diré un plan por donde logremos nuestro intento. ¿Me aguardaréis?

—Sí aguardaré.

—Pues hasta luego, y confiad en que mayor servicio que este nuestro, nunca lo han hecho á reyes sus vasallos.

Salió Aznar al decir esto, y por entre las revueltas callejuelas del contorno llegó al Coso, ancha calle que á la sazón comenzaban á formar los vecinos construyendo casas por enfrente del muro de piedra, en el arrabal que desde el tiempo de los moros venia allí encerrado con gran paredon de tierra que le servia de defensa.

En una de las primeras calles de este arrabal se paró delante de cierta casa, mas destruida y de mas vil aspecto que las otras, y dió diversos golpes.

Abrieron con una sogá desde arriba, subió, y en una sala estrechísima y mal amueblada se encontró manos á boca con Fortuñon, antiguo compañero suyo, al qual conocen ya nuestros lectores.

Fortuñon, le dijo Aznar, ¿tienes en tus venas todo el valor antiguo? ¿Amas al rey como le amaron siempre nuestros padres? ¿Te fias tú de mí como te fiabas de mi padre García de Aznar?

—Si tengo, si amo, si fio, respondió compendiosamente Fortuñon.

—Loado sea Dios que te hallo tal como creia.

¿No temerás, pues, menear de nuevo las armas en servicio del rey? ¿Herirás á quien él te mande sin preguntar su nombre? Recuerda que así obraron siempre los de nuestra raza.

—Digote que por el rey y por tí haré cuanto sea necesario.

—¿Qué número de almogávares habrá á estas horas en Huesca?

—No pasarán de cincuenta, Aznar.

—¿Conóceslos tú á todos?

—A todos.

—¿Qué tal gente son?

—Pero Díaz es el uno, aquel hijo del campanero de Oviedo que se vino años atrás con nosotros, y Juan de Sobrarbe, y ese perro de Ramiro Bénédris, que dice que viene de reyes moros y él es moro en las obras aunque sea en los pensamientos cristiano, y Loharre, y...

—No queria saber los nombres de todos, mas solo si era gente con la cual se pudiera contar en todo trance.

—No la hay mejor entre los almogávares.

—Me basta, Fortuñon; esa es la gente que necesito. Solo falta que todos te reconozcan por caudillo. ¿Hay entre ellos alguno que sea mas viejo que tú?

—Mas viejo que yo le contestó al punto Fortuñon, como picado de que tal osara suponer el manco. Somos ya pocos los que quedamos de aquellos tiempos en que se daban batallas como la del Alcoraz, y se tomaban ciudades como esta de Hues-

ca. ; Mas viejo que yo ! A fe, a fe que mis años no los he llevado en cuenta, ni de mis padres pude averiguar los que tenia, porque muy temprano se olvidaron de ellos; mas yo te contaré cosas que presencié, y otras en que puse mano, que no haya en todo el reino tres personas que las recuerden. Ni los hay mas viejos que yo entre los almogávares; la vida se acaba pronto en la montaña, y en la lid, antes peleando que comiendo, y antes corriendo tierras que descansando en mullidos lechos, y es milagro que el cielo haya conservado tanto la mia.

Aznar escuchó toda esta retahila con su acostumbrada impaciencia; luego, reprimiéndose lo que pudo, habló al viejo almogávar de esta manera:

—Ea, pues, Fortuñon, sirva tu larga edad y el crédito, y mando que ella te asegure entre los almogávares para una gran empresa, que ha de ser no menos aceptada á Dios, que provechosa al rey.

—Continúa, Aznar, repuso Fortuñon.

—Ya sabrás cómo los ricoshombres del reino aquí reunidos se han rebelado contra don Ramiro, hermano del Batallador don Alonso, y del glorioso don Pedro é hijo del valiente Sancho Ramirez, con quien hicistes tus primeras armas.

—Y cuán diferente que es este don Ramiro de su padre y hermanos ! Oh, si tú á aquellos hubieses conocido ! interrumpió Fortuñon.

—Eso no es del caso, replicó con calor Aznar viendo el contrario efecto que sus citas habian producido. ; Negarás tú ahora que sean rebeldes y dig-

nos de castigo los ricoshombres que se han alzado contra el rey don Ramiro ?

—Cierto es que obraron mal; pero, hijo mio, no te descompongas tanto contra los ricoshombres; mira que ellos son imagen del rey, como el rey es imagen de Dios.

—; Que no me descomponga con ellos ! esclamo Aznar: son traidores, Fortuñon; son traidores, y nosotros los que somos leales no debemos respetarlos ni tenerlos en nada, sino por el contrario, lavar en su sangre las afrentas del rey.

—Muy adelante te lleva la cólera: ¿ es quizá para algo de eso para lo que requieres mi brazo ?

—Precisamente para eso; para que entre tú y yo y esos almogávares, rematemos de una vez con los mas soberbios de los ricoshombres, y demos libre entrada al rey dentro de estos muros.

—Pues vuélvome de lo dicho, Aznar, y aconsejote que no te metas en tales honduras; que luego los grandes de la tierra entre sí se acomodan, y nosotros los pequeños lo pagamos todo.

—; Y así cumples la palabra que me diste de servir al rey y de herir á quien él te mandase sin preguntar su nombre ? Y así muestras el amor que dices que me tienes ? Y así imitas los hechos de tus mayores ? Nunca mi padre Garcia de Aznar hubiera temido como tú temes, ni hubiera faltado como tú faltas á tus promesas.

Al decir esto Aznar, sus ojos lanzaban rayos de ira; su voz temblaba, su brazo levantado desafiaba todos los obstáculos.

— ¿Mas qué te va ó te viene, Aznar, para que tanto fijes tu atencion en ello? respondió Fortuñon sin curarse del gesto indignado de su compañero. ¿Qué tienes tú que entender en las luchas del rey con los ricoshombres? Dígame que al cabo el rey perdonará á sus rebeldes cortesanos y capitanes, y que éstos no perdonarán jamas á los que en nombre del rey los ofendan ó lastimen.

— Por eso mismo no trato yo sino de hacer que su perdon sea imposible; por eso mismo no trato yo sino de penarlos de suerte que mas no puedan vengar ofensas, ni reparar sus daños; repuso con ronca voz Aznar. Mas dejémonos de ociosas disputas: si tú no me acudes, yo solo intentaré la empresa, yo solo iré á las casas de los principales ricoshombres, tan temibles capitanes y cortesanos, y de ellos libraré á Aragon á costa de mi vida.

— Oh! no hagas tal, Aznar, exclamó Fortuñon interrumpiéndole. No hagas tal, que te perderás sin remedio y sin provecho alguno.

— Si lo haré, respondió el jóven almogávar mas exaltado que nunca: lo haré porque no se diga que há dejado de haber almogávares en Aragon, por no faltar á la memoria de mi padre que siempre fué leal, y quiso que lo fuese su hijo. ¿Es tan bueno el rey! ¿Son tan soberbios los ricoshombres! Yo he de morir por él ó he de sacarle victorioso sobre los rebeldes; esta es mi última resolucion, ¿lo entiendes? Discurre ahora, Fortuñon, si te conviene ayudarme en mi empresa, ó dejarme solo á que perezca en la demanda.

Fortuñon se puso á meditar apoyando su blanca cabeza entre las manos; luego, despues de un breve rato de meditacion, dió dos ó tres vueltas por la estrecha sala, y parándose delante de Aznar exclamó, no sin exhalar antes un profundo suspiro: no

— No puede ser! Y Dios sabe cuánto me pesa no complacerte; pídemme otra cosa; pero eso de ir contra los ricoshombres de motu proprio, sin mandamiento ni disposicion de nadie, no esperes que lo haga jamas. La lealtad ciega tus ojos, hijo mio; ábrelos á la evidencia de mis palabras, y verás cómo no es justo ni conveniente sobre ser peligrosísimo y de éxito casi imposible.

— Oh! Si nace la resistencia de que á tu parecer no tenemos mandamiento ni disposicion de nadie, cuenta que estás en grande error. Ordena el go del rey, órden terminante, y yo voy á cumplirlo. Acabaras! dijo Fortuñon. Y por qué no mostrarme desde luego el pergamino y no hubiera disputa? Bien sabes que soy entendido en letras, porque en mi niñez, como te he contado muchas veces, me dedicaron mis padres á monaguillo en Jaca. Ea, pues, muéstrame ese pergamino, y vea yo mandado del rey lo que tú me dices, y harélo aunque me cueste la vida.

Los ojos de Aznar se iluminaron de alegría.

— Ahora te conozco, mi viejo Fortun, dijo poniendo la mano en el hombro de su camarada. Aprés-tate, pues, que el pergamino donde esa órden está escrita yo te lo mostraré á la noche; que puesto que yo no entiendo en leer como tú, para eso viene an

CAPITULO XVII.

Cómo es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada.

Hubo mientes como puños,
hubo puños como mientes.

Aznar subió de un salto la angosta y revuelta escalera de la casa donde estaba aposentado, sita en la vieja calle del Salvador, como en otro lugar queda dicho.

—Pedro de Fivallé, dijo al llegar á lo alto; ya está todo compuesto; mañana entrarán los príncipes en Huesca sin resistencia alguna y harémos sonar la campana, que con solo oirla esta vez desfallezcan todos los rebeldes del mundo cuanto mas los del reino.

Fivallé lo miró como asombrado sin hablar palabra.

—Traed el pergamino, continuó Aznar, donde se trata del perdón de los ricoshombres rebeldes.

—Aquí lo teneis; ¿mas vos sabeis leer, Aznar?

—No entendí en mi vida de esas brujerías, que mis padres no me criaron para monje sino para soldado, y de los almogávares, que son doblemente soldados que los otros.

—Pues ¿para qué queréis entonces el pergamino?

Quiero que ahora mismo quiteis eso que reza, y en su lugar pongais lo que yo os voy a decir.

—No me atrevo á tanto, respondió Fivallé; pero aun cuando me atreviera, es el caso que si leer sé muy razonablemente, de escribir no entiendo mas que vos.

—¡Diablo! exclamó Aznar: esta sí que es gran dificultad.

Y como sin saber qué hacerse, comenzó á dar vueltas por la sala donde se hallaban, ora asomándose á las ventanas, ora quitándose, sin discurrir al parecer buena salida en el laberinto en que se veía metido.

—¡No lo harán! ¡No me obedecerán! si no tengo ese pergamino, gritaba de cuando en cuando.

Cosas de Aznar. Para aquel hombre pensar y poner las obras en ejecución, era todo uno, segun hemos visto en otros trances; audaz por la edad, por la raza, por el ejercicio, y alentado con el buen éxito de sus empresas, puesto que le habian salido bien

hasta entonces las más arriesgadas; diestro, ágil, poderoso en fuerzas y armas, no había obstáculo que le estorbase el comenzar y llevar adelante un empeño.

Mas por esta vez la dificultad era tan grave, que si no les hizo arrepentirse ó temer, le tuvo por largo espacio sin acertar con el remedio.

Si se tratara de derribar á un ginete brazo á brazo, ó de asaltar la torre mas levantada, y aunque fuera de lidiar solo con un ejército, Aznar no lo habría meditado tanto, sino que ciegameute se habría arrojado al obstáculo, y ó lo habría arrollado, ó habría perecido en la demanda. Pero eran letras lo que había que hacer; letras, y el valeroso almogávar ni de vista apenas las conocia. Hubo momento en que deseó que sus padres le hubieran criado para monje y no para soldado como era.

Otras veces, abandonando el proyecto del pergamino, se ponía á maldecir á Fortuñon á grandes voces, afeándole su cobardía en no querer emprender nada contra los ricoshombres sin mandato escrito del rey, y al propio tiempo jurando que tomaria de él notable venganza, cuando la ocasion le viniera á cuento.

Y cierto que debian ser horribles las venganzas de Aznar: cuando por aficion á los peligros, por antipatia á los que eran mas que él, y por fidelidad al rey se lanzaba de tan buena voluntad á derramar torrentes de sangre, ¿qué no habría hecho en desagravio de la ofensa propia?

Ni podia haberla mayor para él que estorbarle la ejecucion de sus pensamientos.

Yendo, pues, y viniendo, y revolviendo cosas en su cabeza, llegó á fijarse en la idea de dejar aparte á Fortuñon é ir por sí á buscar á los almogávares que había en Huesca y persuadirlos de que acometiesen tamaña empresa. Pero ni él sabia dónde podria hallarlos, en una ciudad que le era aún poco conocida, ni dado que los hallase, podia confiar en que siguieran su voluntad.

La empresa era arriesgadísima y espantosa de imaginar; el número, y fama, y riqueza de los ricos hombres era para poner respeto en los más osados. Y de otra parte, Aznar no tenia aun la autoridad que solo dan los años verdaderamente; por mas que los títulos y grados de nuestros dias la finjan y aparenten de suerte que pueda haberla sin ellos.

Viéndole en peligro de su persona, no habría almogávar que no le acudiese por amor á él, y eso que hoy llamamos espíritu de cuerpo; pero que entrase alguno á sabiendas en tal empresa por solo su mandato, no habría podido lograrlo.

Y en esto comenzaba á anochecer, y no parecia sino que la proximidad de las tinieblas aumentaba mas el desasosiego del almogávar.

Al cabo por una de las ventanas distinguió en la calle los hábitos de un monje que pasaba.

— ¡Oh! ese monje debe saber de letras, exclamó: nada me falta, y de un salto se puso en la calle.

Aquello fué una inspiracion.

—Padre mio, le dijo al monje, ¿sabeis vos escribir?

—No hais de llamarme padre, que no soy sino lego, hermano, respondió el monje: mas ¿cómo si sé escribir? no hay en toda la comarca otro convento donde tan buenas letras se hagan como en ese glorioso de Mont-Aragon; ni hay allí otra mano como la mia para toda clase de escrituras.

—Pues el caso es, buen lego, ó buen diablo, ó lo que seais, dijo Aznar, que yo necesito de vuestra habilidad maravillosa para que me escribais un pergamino importante.

—Eso no puedo yo ahora, que tengo que hacer, hermano: y habládme con mas reverencia, que si bien no soy padre de almas, todavía me cuento por lego de autoridad en el convento.

—De reverencia no se trate, replicó Aznar, porque os haré cuanta os plazca y parezca; mas en lo de no escribir será fuerza que amanseis el ánimo, porque lo propio que si escribis habrá para vos buenos sueldos jaqueses de Aragon, si no lo haceis me temo que hayan de desaparecer vuestras narices de una puñada, padre lego.

—Hablárais antes lo de los sueldos y no hubiera en mí la dificultad mas pequeña, que aunque es verdad tengo que hacer, no es cosa que no dé algun espacio. Mas en eso de la puñada habria mucho en qué entender, y si queréis probar los míos luego que gane esos sueldos, sabréis cómo el lego Gaufrido se pinta solo para andar en carne ajena, ni mas ni menos que para trazar letras y ringorrangos en un pergamino.

—Todo será como vos decís, Gaufrido, que yo con que me escribais lo que os dicte, me doy por contento, respondió afablemente el almogávar.

Subieron sin mas á la casa, y puestos en la sala y cerradas cuidadosamente las puertas, le entregó Aznar al lego el pergamino que contenia el perdon, diciéndole:

—Quitad primero esas letras, menos el nombre y sello del rey, que por ahí debe andar así como á los fines.

—Tened, dijo Fivallé que estaba presente.

—Quitadlas, repitió Aznar.

El monje recordó que este era el de los sueldos ofrecidos, y no hizo caso del otro; mas sacando del pecho una cajita con ciertos instrumentos e ingredientes, comenzó lentamente á borrar lo escrito del pergamino.

Así que hubo terminado su tarea, dijo:

Dictad.

—Vos, Fivallé le pondreis el encabezamiento de una sentencia de muerte contra varias personas, que yo no sé tampoco de esas cosas, dijo Aznar.

—Pero, ¿estais loco, Aznar? ¿qué pensais hacer? repuso Fivallé.

—Ayudadme en esto, Fivallé, continuó Aznar, que para lo demas ya daré yo traza y haré de modo que los dos ganemos mucha prez en estos reinos.

El rey de armas se encogió de hombros, y como fascinado por la palabra energética y el continente intrépido del almogávar, cedió á su voluntad y comenzó á dictar la sentencia.

—Reparad que son nobles, dijo Aznar como á la mitad; tratadles ahí segun su alta clase.

Pedro de Fivallé se paró un momento dudoso; luego continuó dictando:

—Y ¿ los nombres? preguntó embarazado cuando hubo llegado el punto de ponerlos.

—Miguel de Azlor es uno, dijo Aznar.

Y el monje escribió sin decir una palabra; no así Fivallé que sintió estremecerse todo su cuerpo.

—Otro Gil de Atrosillo, continuó el almogávar.

Y volvió el monje á escribir, y á temblar el rey de armas.

Aznar en tanto dictaba con la indiferencia mas grande. Los pliegues que habia levantado en su frente la pasada incertidumbre habian desaparecido; y en su fisonomía varonilmente bella, mas bien se leia la satisfaccion que ningun otro sentimiento.

Despues de Gil de Atrosillo, dijo:

—Pedro de Vergues, y luego:

—García de Vidaura.

Pedro Fivallé no pudo contenerse por mas tiempo, y exclamó:

—Si no miente la fama, esos son de los mas esforzados y famosos ricoshombres del reino. Pensais de veras que se les pueda quitar la vida con esa sentencia que mandais escribir?

Aznar prosiguió sin contestarle:

—Férriz de Lizana.

—¿ El héroe del Alcoraz? prorumpió Fivallé. El nombre de ese guerrero ha llegado hasta nosotros

los catalanes, todo resplandeciente de gloria; allá en Barcelona os lo hemos envidiado muchas veces.

Aznar se sonrió siniestramente; y sin cuidarse aun de las palabras del atribulado rey de armas, continuó:

—Roldan.

—¿ Tambien Roldan? exclamó estupefacto Fivallé. ¿ Tambien Roldan? Eso es imposible, Aznar: os estais burlando de mi, y acaso de vos mismo si tal pensais. Ni debe ser que se acabe en un dia con la flor de Aragon, ni puede ser que eso se consiga. ¿ Con qué medios contais para acometer tamaña empresa? ¿ Dónde están las gentes que han de apoyaros? ¿ Dónde las armas? ¿ Dónde los capitanes?

Aznar le miró entonces fijamente, y con entera voz le dijo:

—Buen escudero, yo defendiendo á mi rey y sé como debo defenderlo; cuidad vos de defender á vuestro conde, y de lo que convenga á su servicio. Yo, acabando en un dia con estos soberbios ricoshombres, hago libre á Aragon y libre al trono. Pues que el conde de Barcelona viene á ocupar este trono y á reinar en Aragon, ved vos si os conviene impedirlo. Sin estas muertes que deplorais, ni don Berenguer dejará de ser conde, ni Aragon y Cataluña se verán unidos.

El almogávar discurria como el mejor político de su tiempo; sus palabras rudas en la forma estaban llenas de inteligencia, de verdad. Fivallé sintió suspensa su razon, pero no bastaba; era preciso, que se

conveciese tambien su corazon acobardado por la magnitud de la empresa.

— Todo ello es cierto, respondió; y no parece al oiros sino que anduvisteis en córtés de reyes antes que en riscos y cuevas de la montaña. Pero es imposible que eso lo ejecutemos nosotros solos.

— Si acaso no lo conseguimos, á bien que nosotros cumplimos con dejar nuestras vidas en el trance.

— Con todo, con todo, murmuró el rey de armas, mas temeroso de parecer cobarde que decidido á perder la vida.

— Apresurémonos, que es tarde, dijo á la sazón Gaufrido.

— Allá voy, hermano, respondió Aznar. ¿ Quién son los que van apuntados hasta ahora?.

El lego leyó:

— Miguel de Azlor, Gil de Atrosillo, Pedro de Vergues, García de Vidaura, Ferriz de Lizana, Roldan.

— Pedro de Luesia, continuó Aznar.

— ¡ El arzobispo ! exclamó el monje tan indiferente hasta entonces. ¡ El arzobispo ! No, yo no escribo eso, no puedo, no quiero escribirlo. Pagadme mi trabajo y quedaos con el diablo, que no con Dios porque eso no puede ser cosa buena.

— Proseguid, buen lego, escribiendo, le contestó Aznar; que mas cuenta os ha de traer que el resistiros.

— No en mis dias, repuso Gaufrido.

— ¡ Qué no, don lego ! Pues tomad eso á cuenta de lo que os espera, y ved luego si os conviene medirnos conmigo.

Y al decir esto descargó Aznar una puñada en el carrillo derecho del pobre Gaufrido, de tal suerte que lo derribó cuan largo era en el suelo. Alzóse el lego gimiendo, y bañada en sangre la boca.

— ¡ Me habeis dejado sin dentadura ! gritaba.

— ¿ Quereis mas ? dijo Aznar alzando de nuevo el puño.

— No, por Dios, respondió el monje; me basta, me basta.

— Yo haré aun que os sobre, si otra vez osais resistir á lo que yo diga.

— No resistiré, dictad, dictad.

— Pues escribid lo que ya os dije, añadió Aznar.

El lego volvió á sentarse y puso temblando: " Pedro de Luesia."

Y en seguida Aznar dictó otros y otros hasta quince los mejores ricoshombres del reino; y aquellos que tenian entonces el gobierno de las cosas.

No bien se hubo acabado la tarea, Aznar cogió el pergamino, y le dijo á Fivalle:

— Leed esto, no sea que el don leguillo nos haya engañado. Y vos, Gaufrido, venid acá: los sueldos se os darán colmados, pero no será sino hasta mañana; por esta noche habeis de quedar encerrado aqui abajo, porque no conviene que hombre que sabe lo que vos sabeis salga á la calle.

— No, no, dejadme, exclamaba el lego; que aun es tarde ya para regresar á mi convento; dejadme y os perdono los sueldos que me debeis.

— No seria justo, Gaufrido, que perdiessis el fru-

to de vuestro buen trabajo. Pasad acá abajo la noche, y amanecerá Dios y medraremos, y medraremos todos.

Y cogiéndole de un brazo le arrastró á un zaquezami muy oscuro, lleno de polvo y de muebles rotos, y cerró cuidadosamente la puerta sin que el lego osara mas poner resistencia. Vuelto á la sala, preguntó á Pedro de Fivallé:

— ¡Está bien puesto cuanto le hemos dictado?

— Bien puesto está, respondió el otro.

— Ea, pues, seguidme si bien os place, Fivallé; os aseguro que hemos de salir triunfantes en nuestra empresa.

— Pero, Aznar, ¿estais loco? Mientras mas pienso en ello, mas me confundo, respondió el rey de armas. Parece, dijo, que os andais en burlas, porque lo que es en sana razon nadie es capaz de imaginar lo que imagináis.

— Y ¿en esas andais todavía? contestó Aznar. Vive el cielo que me determino á no contar con vos para nada: quedaos, Fivallé, puesto que tanto miedo os asiste, quedaos y servid á vuestro señor con cobardes palabras, que yo con las armas he de servir al mio.

— ¿Me insultais? Por San Jorge que he de probaros que hay valor en mí de sobra, y que si no os sigo á esa empresa, es porque en ella no os asiste la cordura. Aquí mismo ha de ser, en este aposento.

Y el ultrajado rey de armas, lleno el rostro de vergüenza, y de cólera los ojos, desnudó la espada.

Aznar lo estuvo contemplando por breve rato.

— No os atreveis? dijo Fivallé alentado con aquel silencio, y queriendo devolver al almogávar la afrenta que le habia hecho.

— No, no me atrevo, buen Fivallé, contestó el almogávar con aparente calma.

Y en tanto sus ojos saltaban dentro de sus órbitas, flaqueaban sus rodillas y sus brazos, y su voz temblaba.

Nunca el almogávar habia hecho tanto sobre sí mismo; nunca habia reprimido de tal suerte sus sentimientos.

— No hablarais mal, repuso Fivallé, y os arrojariais el que yo tuviera que mostráros quien soy!

Dijo esto con tono desdenoso y vano, como de persona que muestra moderación en la victoria y piedad hacia el rendido.

Aznar lanzó un rugido de cólera; toda su sangre se le agolpó á la cabeza.

— Oh! no puede ser, exclamó... don Ramiro... el conde... lo perderiamos todo... paciencia!

Y sin decir mas que estas palabras entrecortadas, se salió de la estancia corriendo, y en un vuelo se puso en la calle.

Y el ultrajado rey de armas, lleno el rostro de vergüenza, y de cólera los ojos, desnudó la espada.

Aznar lo estuvo contemplando por breve rato.

—Fortuñon? dijo Aznar.
 —El mismo, respondió éste. ¿Traes el pergamino que me dijiste? Porque conmigo viene una linterna á cuya luz pueda leerlo.
 —Prevenido y receloso eres, por vida mia.
 —No en balde pasan años, y se sufren trabajos, y se ven reinar reyes.

CAPITULO XVIII.

Que Aznar no dejaba de mendir á las cistis que le daban las mujeres.

—Has acabado ya? ¿Estás satisfecho, viejo marrullero? dijo Aznar al cabo de un rato; mira que el tiempo se pasa.
 —Aun la media noche no era llegada,
 Ya sabia Hernando
 Por una escala,
 Y entra muy feroz
 Por la ventana,
 Un arnés vestido
 Y espada sacada,
 —Caballeros malos,
 ¿Qué hacéis aquí?

CANCIONERO.

Aznar tomó el camino de la Misleida, y colocóse de la parte de Oriente. Los gallos de la vecindad cantaron la media noche; un instante despues llegó Fortuñon con algunos almogávares, y unos tras otros fueron llegando los demas.

—¿Fortuñon? dijo Aznar.
 —El mismo, respondió éste. ¿Traes el pergamino que me dijiste? Porque conmigo viene una linterna á cuya luz pueda leerlo.
 —Prevenido y receloso eres, por vida mia.
 —No en balde pasan años, y se sufren trabajos, y se ven reinar reyes.

Aznar sacó de la faltriquera el pergamino que acababa de escribir Gaufrido y lo puso en manos de Fortuñon; éste dió una vuelta á su linterna, y la luz escondida hasta allí, apareció de repente; luego se puso á leer el pergamino, muy lentamente sin duda, porque tardó largo rato en separar de él los ojos.

—¿Has acabado ya? ¿Estás satisfecho, viejo marrullero? dijo Aznar al cabo de un rato; mira que el tiempo se pasa.

—Sí acabe, respondió Fortuñon; mas cosas son estas que no deben leerse una vez sola, y dió comienzo de nuevo á su larga tarea.

Aznar dió una patada en el suelo, su cólera iba á estallar, pero se detuvo instantáneamente; á pique estuvo que no lo echase todo á perder en aquel trance.

Mas la cuerda flotaba, el tiempo corria, y Aznar contenia ya dificultosamente su impaciencia: Fortuñon en tanto seguia leyendo tranquilamente.

—¿No acabarás? le dijo Aznar al fin.
 —Acabe por segunda vez, respondió Fortuñon, y veo que el escrito está bien, y tal como debe estar; de suerte que no habrá más sino hacer lo que tú ordenes.

—Pues vamos en nombre de Dios, dijo Aznar.

—Deja, deja, replicó el viejo almogávar, que le dé al escrito el último repaso.

Y tornó á su tarea.

De cuantas empresas habia llevado á cabo Aznar, ninguna le habia costado tanto trabajo como esta de contener la ira que le rebosaba en el alma contra Fortuñon, si exceptuamos aquella de negarse al reto que Fivallé le hizo momentos antes. Aquí acabó de agotar toda su paciéncia, pero calló y aguardó, tranquilo al parecer, á que se terminase aquella tercera lectura.

—Si vieras, dijo luego Fortuñon, la dificultad que me cuesta entender una endiablada abreviatura que hay? No puedo con ella, á pesar de los muchos y buenos cachetes que me costó el que me enseñasen á leer los reverendos padres de Jaca.

—¡Por los santos del cielo! prurumpió Aznar, acaba Fortuñon, acaba, ó harás que carguen conmigo todos los diablos.

—Siempre con tus impaciencias, muchacho! respondió el otro devolviéndole el pergamino y cerrando la linterna. Quédome sin entender esa abreviatura, y lo siento á fe mia, porque pudiera ser que en ella se contuviese alguna cosa en contrario de lo que rezan las demas letras.

—¡Satanás confunda al abreviador y á la abreviatura!

—No jures por el diablo, hijo.

—¿Vamos?

—Vamos, respondió Fortuñon. Pero á todo esto

no hemos caído en lo principal; ¿qué vamos á hacer? ¿De qué manera han de cumplirse nuestros propósitos?

—Irémos, respondió Aznar, á los alojamientos de los ricoshombres; yo sé ya de los de algunos, tú sabrás de otros, y entre todos lograremos dar con ellos. No hay mas que romper las puertas ó asaltar las ventanas, y pasar á hierro á cuantos hallemos.

—Aznar! contestó Fortuñon. Aznar, no pasemos de aquí sin inventar otro mejor proyecto, porque ese es de todo punto impracticable. Hé ahí de lo que sirve el ser viejo; hé ahí de lo que vale el conocer á los ricoshombres desde los tiempos gloriosos en que se dió aquella batalla famosa del Alcoráz, y haber visto esta ciudad de Huesca desde que se ganó. No puede ser eso así, no puede ser.

—Callárais lo del Alcoráz, que es la milésima vez que me lo decís en la vida, y diérais algun mejor consejo, y fuera cosa mas digna de agradecimiento, respondió el jóven almogávar.

—Cada casa de ricohombre es un castillo, continuó Fortuñon sin curarse de la reconvenccion de su compañero; en cada una de ellas hay siempre bastante número de hombres armados para acabar con nosotros. Y en cuanto á lo de romper las puertas y escalar las ventanas, ¿sabes lo que te dices, Aznar? Todas ellas están forradas de planchas de hierro, y aun hay puerta defendida con su foso y puente levadizo, como si fuera de una fortaleza.

—Será preciso, pues, replicó Aznar, que quebrantemos esas planchas de hierro, y ceguemos

esos fosos, y acabemos con esos hombres armados, que tan capaces son, según decís, de acabar con nosotros.

—Bueno es eso para hablado; pero de ahí á ejecutado no deja de haber gran distancia. Dígame, Aznar, que lo que tú propones es de ejecución imposible.

—¿Sabes de algún mejor consejo? preguntó secamente Aznar.

—No.

—Pues marchemos á casa de Lizana, que debe caer el primero de todos, repuso el jóven almogávar; y echó á andar adelante.

Habrian andado poco mas de cincuenta pasos, cuando Fortuñon se paró de repente.

Aznar, Aznar, dijo: una cosa se me ocurre ya mejor que la que tú propones; pára, pára, y la oirás.

Paró con efecto Aznar y puso oído á sus palabras.

Fortuñon continuó.
—Lo mejor será que aguardemos á mañana . . .

—El diablo te confunda! exclamó Aznar. ¿Para eso me hiciste detener el paso?

—Oye, Aznar, hijo mio, repuso Fortuñon: mira que es bueno el consejo: oyelo todo y decidirás luego.

—Dílo por tu vida y acabemos.

—El asaltar en sus casas á los ricoshombres ya te he dicho que es difícil, muy difícil, casi imposible para nosotros.

—Prosigue.

—Pues para hacer mas fácil el asalto paréceme á mí que debiéramos aguardar á mañana . . .

—¿Ira de Dios!

—Paso, paso, hijo mio; dígame que es bueno el consejo, y que no has de condenarlo sin oirlo antes todo entero de mis labios. Pues como te decia, lo mejor será aguardar á mañana y acudir al alcázar:

¿lo entiendes? Al alcázar, donde se reúnen de diario los principales de los ricoshombres del reino á disponer de todas las cosas. No cabe duda en que se reúnen, porque los víeron mis propios ojos, así como víeron tan grandes hazañas, así como han de comer la tierra antes de mucho, según es de larga mi edad.

Aznar, sin parar mientes en lo demás de la retahila, se fijó con mucha atención en las primeras palabras: parecióle que el viejo almogávar podia tener razón, y con tono mas afable que de ordinario le dijo:

—¿Conque es decir que tú te decidirás á acometer en medio del dia á los ricoshombres dentro de los salones del alcázar y á acabar con ellos de un golpe?

—Yo . . . yo . . . puesto que el rey lo manda, según reza ese pergamino que tú traes, y á no ser que haya leído mal.

—Tate, tate; que eso bien averiguado está ya: no vengas á levantarme nuevas dificultades y á quemarme la sangre con nuevas retahilas de palabras.

—Es que para cosas tales todo cuidado es poco, hijo mio.

—Por eso mismo estoy por aceptar el consejo que tú me das ahora: paréceme mas seguro el golpe hallándolos á todos reunidos en el alcázar que no en sus casas, y como es poco todo cuidado, según tú dices

—Es que yo

—Silencio, Fortuñon; silencio y no hablemos mas en ello: los asaltaremos en el alcázar. Pero eso de aguardar á mañana ¿No tendrán sospechas de los almogávares? ¿No temes tú que tengan mejor guardadas las puertas del alcázar que no las de sus casas?

—Eso es cierto, replicó Fortuñon; porque así como así, no es mucho lo que confían en nosotros, y ya he visto yo personas que han venido á espiarnos los dias anteriores: muy bien que saben ellos que no pueden contar con los almogávares.

—¿Pues entonces qué nos haremos? preguntó Aznar dudando entre varios pensamientos.

—La dificultad está en entrar dentro del alcázar.

—¡ Ah ! pues entraremos, entraremos, Fortuñon. ¿Que no se me hubiera ocurrido antes ! Sigueme, y apresura el paso, no se nos haga tarde; cierto que seria gran desdicha que hubiésemos perdido tal ocasion. ¡ Oh ! con tantas dificultades y entorpecimientos como me poneis todos, tengo la cabeza perdida. Yo no me he visto en ninguna cosa tan enmarañada como esta; y Dios quiera que no me vea en otra. Las cosas quiero yo hacerlas solo, yo

solo, sin esta lucha de palabras que tanto me enfada, y este continuo disputar que me abate el ánimo y me enflaquece las fuerzas.

El almogávar habia dado suelta por un instante á los sentimientos que á la sazón lo agitaban: aquel hombre no era para coordinar, era para obrar: no tenia instintos de conjurado sino de guerrero; y habria sin duda preferido atropellar dobles peligros, que no tener que urdir tan larga y dificultosa trama.

Muy cerca debia estar ya del logro de su deseo, muy luminoso debió de ser su último pensamiento, porque en su rostro brillaba el regocijo, regocijo siniestro en verdad, pero sincero, completo.

Y en tanto caminaba á largo paso seguido de los otros almogávares: y á medida que pasaba el tiempo mas apresuraba el andar, hasta que llegó con ellos delante del alcázar, por la parte que miraba hácia el rio, debajo del torreón ochavado.

De lo alto de éste colgaba una escala de cuerda; Aznar al verla lanzó una exclamacion de regocijo.

—Fortuñon, estamos salvados, dijo; ahora entraremos en el alcázar, y mañana la justicia del rey se habrá cumplido.

Y diciendo esto cogió las escalas y empezó á subir el primero. Iria á la mitad, cuando gritó á Fortuñon que se disponia á seguirle:

—¿ Tienes reunidos á todos los compañeros ?

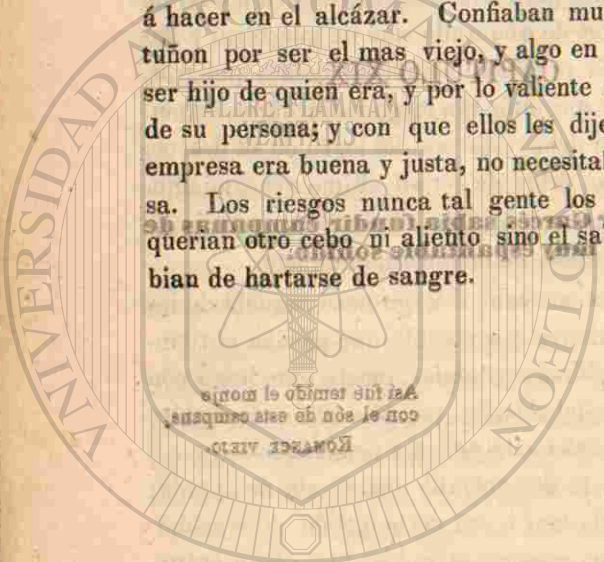
—Sí tengo, respondió Fortuñon; y ahora vendrán los que faltan con los sayones que quedaron un tanto á la zaga por asegurar nuestra marcha.

—¿ Son cincuenta ?

—Cincuenta.

—Pues adelante, y Dios nos ayude.

Comenzó á subir Aznar, y detrás de él se fueron encaramando todos los almogávares silenciosos, indiferentes, sin preguntar adónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon por ser el mas viejo, y algo en Aznar por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona; y con que ellos les dijessen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos nunca tal gente los midió; y no querian otro cebo ni aliento sino el saber que habían de hartarse de sangre.



—Cincuenta.

—Pues adelante, y Dios nos ayude.

Comenzó á subir Aznar, y detrás de él se fueron encaramando todos los almogávares silenciosos, indiferentes, sin preguntar adónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon por ser el mas viejo, y algo en Aznar por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona; y con que ellos les dijessen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos nunca tal gente los midió; y no querian otro cebo ni aliento sino el saber que habían de hartarse de sangre.

CAPITULO XIX.

Que Aznar Garcés sabia fundir campanas de muy espantable sonido.

Así fué temido el monje con el són de esta campana, ROMANCE VIEJO.



—Aznar, Aznar, ¿eres tú? preguntó Castana desde lo alto.

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? preguntó Castana desde lo alto.

—Yo soy, mi amor, le respondió éste poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Yo soy, mi amor, le respondió éste poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Te esperaba con impaciencia. ; Cuánto has tardado ! Pero ; Dios mio ! ; Qué es eso, Aznar ?

—Te esperaba con impaciencia. ; Cuánto has tardado ! Pero ; Dios mio ! ; Qué es eso, Aznar ?

—No vienes solo ?

—No vienes solo ?

—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.

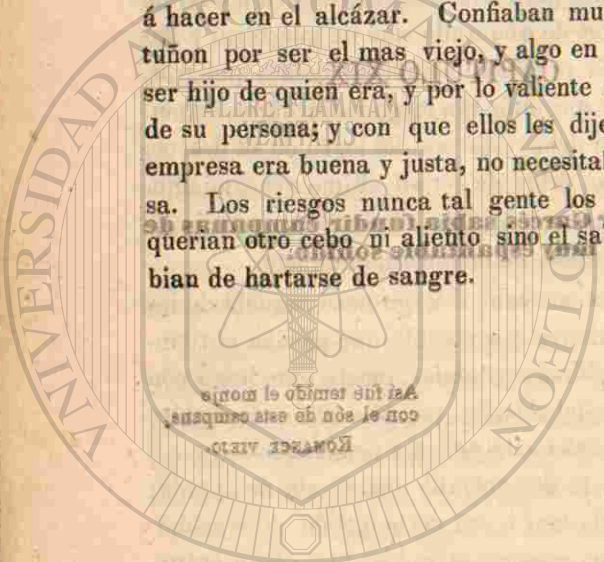
—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.



—Cincuenta.

—Pues adelante, y Dios nos ayude.

Comenzó á subir Aznar, y detrás de él se fueron encaramando todos los almogávares silenciosos, indiferentes, sin preguntar adónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon por ser el mas viejo, y algo en Aznar por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona; y con que ellos les dijessen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos nunca tal gente los midió; y no querian otro cebo ni aliento sino el saber que habían de hartarse de sangre.



—Cincuenta.

—Pues adelante, y Dios nos ayude.

Comenzó á subir Aznar, y detrás de él se fueron encaramando todos los almogávares silenciosos, indiferentes, sin preguntar adónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon por ser el mas viejo, y algo en Aznar por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona; y con que ellos les dijessen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos nunca tal gente los midió; y no querian otro cebo ni aliento sino el saber que habían de hartarse de sangre.

CAPITULO XIX.

Que Aznar Garcés sabia fundir campanas de muy espantable sonido.

Así fué temido el monje con el són de esta campana, ROMANCE VIEJO.



—Aznar, Aznar, ¿eres tú? preguntó Castana desde lo alto.

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? preguntó Castana desde lo alto.

Yo soy, mi amor, le respondió éste poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Yo soy, mi amor, le respondió éste poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Te esperaba con impaciencia. ; Cuánto has tardado ! Pero ; Dios mio ! ; Qué es eso, Aznar ?

—Te esperaba con impaciencia. ; Cuánto has tardado ! Pero ; Dios mio ! ; Qué es eso, Aznar ?

—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.

—No vienes solo ?

—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.

—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.

En esto saltó uno, y luego otro y otro dentro de la azotea.

—¿Qué piensas hacer? preguntó Castana temblando.

—Castana, por mi amor que no temas, que todo será para bien nuestro: ¿no hay algún sitio en esta torre donde pudiéramos pasar la noche sin ser vistos?

—No lo hay, Aznar.

—¿Ninguno?

—¿Como no sea allá abajo en el primer piso! pero es una habitación muy estrecha y húmeda; parece una mazmorra, y hay quien dice que de allí salen duendes y vestiglos de puro horrenda que es.

—Cabalmente eso es lo que necesitamos, Castana; guíanos allá, y sea sin que lo sienta la tierra.

Castana cogió una pequeña lámpara que había dejado colgada en una almena y comenzó a bajar las angostas escaleras de caracol por donde se comunicaba la torre con los pisos bajos. Al cabo de un cuarto de hora de bajar escalones se encontraron en la habitación que Castana había descrito.

Y en verdad que no pecaba de exagerada su descripción. Dos arcos apuntados cruzándose en el centro componían la bóveda del techo, y del punto en donde los dos arcos se juntaban colgaba un garfio de hierro; la bóveda y las paredes eran de grandísimos sillares, mal asentados los unos sobre los otros, de manera que los unos parecían próximos a soltar la carga, y los otros prontos a derrumbarse por sí solos sin ajeno esfuerzo; y sin embargo, hoy

los halla el viajero lo mismo que entonces estaban.

El suelo no tenía abrigo alguno, y la arena que lo formaba parecía mojada: tres solas ventanas se contaban, y esas abiertas como nuestras modernas aspilleras; de modo que comenzando por ser anchas hacia la parte de adentro, no mostraban por defuera sino una línea, una cinta, el espacio indispensable para que se distinguiera la claridad en medio del día. Aznar al ver este sitio tan lugubre prorumpió en una carcajada feroz.

—Mal aposento les preparamos, dijo luego en voz alta.

—¿Aznar! exclamó Castana, no pases tu por Dios la noche aquí; es un lugar enfermizo; un lugar espantoso.

—Sosiegate, Castana, respondió Aznar; ya te he dicho que todo esto es para nuestro bien, y que mañana saldremos de cuidados. ¿Duermes alguno de los ricoshombres en el alcazar?

—No duermes aquí ninguno de ellos, repuso Castana.

—¿Y á qué hora acuden á celebrar sus concilios ó conciliábulos?

—A cosa de las doce.

—Bien está, Castana, hasta la una no llega el rey, y hay tiempo para todo. Dinos ahora antes de retirarte si está muy apartada de este lugar la sala adonde se reúnen.

—No, aquí mismo, respondió Castana. Sal por la puerta, y en lugar de tomar la escalera de la derecha, que es por donde hemos bajado nosotros, to-

ma la de la izquierda, y á los pocos escalones te hallarás en el magnífico salon donde antes resplandecian nuestros reyes, y ahora imperan y se ostentan esos ricoshombres, que Dios castigue.

—Malditos están ya sus cuerpos, Castana, y bien puedes rogar, si eso te place, por sus almas. Mas ya es tiempo de que te retires y nos dejes cumplir con lo que el rey nos tiene mandado.

Castana se dirigió á la puerta; y al pasar por junto á Aznar le dijo con triste acento:

— ¡Y yo que habia creido pasar la noche á tu lado! ¿Por qué me engañaste, Aznar?

—Así Dios me ayude, Castana, le respondió el almogávar, como imaginado no tenia que para tal cosa sirviese nuestra cita. Yo no pensaba sino en verte y gozar á tu lado la felicidad purísima de los amantes; pero despues que te hablé, vinieron de suerte los sucesos, que fué menester aprovecharme de esta coyuntura.

— ¡Ingrato! dijo Castana.

— ¡Ingrato! Júrote, Castana, que en cuanto el rey recobre su trono y se apacigüen estas turbulencias, que me traen hecha ascuas la cabeza, me he de casar contigo, si quieres seguirme á la montaña.

Castana se sonrió, y saliéndose del aposento subió precipitadamente á su cuarto, temiendo el verse acometida á cada paso por las sombras encantadas del alcázar.

Y cuenta la crónica que la pobre, aun viendo tan engañadas sus esperanzas en la cita, no pudo pegar los ojos en toda la noche de puro regocijo; y que no

paró mientes ni por un momento siquiera en los propósitos de Aznar y sus compañeros, ni se puso á considerar si habria hecho bien ó mal en esconderlos dentro de la torre.

Con la nueva promesa de matrimonio juntaba ella la promesa de la reina de que la heredaria, de manera que dichosamente pudiera pasar sus dias con su esposo, y sin cesar revolvia en su cabeza ilusiones, y esperanzas, y venturas. ¡Dichosa Castana! ¿Qué emperatriz ni qué reina pudiera compararse con ella en tales momentos? ¿Qué estados, ni qué riquezas, ni qué esplendor pueden brindar con mas felicidad que aquella que daban á Castana su amor correspondido y sus modestos deseos? ¡Ah!; y qué bien se cambiara por Castana la reina doña Inés!

Ella tampoco dormia, pero no era de dichosa por cierto, sino de infeliz; porque pasó ya el primer impulso de júbilo que le causó la nueva de la vuelta de su esposo; y su situación era tan singular, que apenas podía decirse cuando más debiera padecer, si al estar su esposo ausente, ó al estar presente; si al ver que se dificultaban los deseos de don Ramiro, ó al ver que los lograba.

El triunfo de los grandes era la humillacion, era la desesperacion de su querido esposo; el triunfo de su esposo era su propia desesperacion y su humillacion propia. Mientras don Ramiro estuvo fuera deseó su vuelta; y al saber que estaba cerca la temió. Porque ¿á qué volvía don Ramiro sino á abandonarla definitivamente? ¿Por qué peleaba don Ra-

miro sino por divorciarse de ella? Y si no volvía, ¿cómo había de recobrar su hija? ¿Cómo había ella de soportar la afrenta de su marido? ¡Pobre mujer!

Así pasaron la noche á pocos pasos de distancia una de otra, la reina doña Inés y su doncella Castana.

No bien amaneció, una y otra se levantaron.

—¿Oíste por azar á qué hora se espera que entre en la ciudad el rey? dijo doña Inés.

—A la una, respondió Castana, recordando que lo había oído la noche anterior; y al representarse entonces aquella escena no pudo evitar que se le demudase el rostro.

Doña Inés no lo notó, y lentamente comenzó á hacer su tocado con ayuda de Castana.

Tocado no tan espléndido ya como aquel que hacían juntas la tarde que precedió al triste sarao de que dimos cuenta á nuestros lectores al comenzar este relato. Y sin embargo, ó miente el cronista, ó doña Inés tuvo mas cuenta con su tocado este dia que otros dias anteriores: ¿querria intentar el último esfuerzo? ¿Conservaría en su corazón esperanzas de ablandar al fin el alma de su esposo?

El respeto religioso que le había inspirado la resolución de éste, parece desmentirlo; ¿pero quién sabe? Ello es que doña Inés se esmeró y que halló medio de parecer bella todavía; bella cuando su tez estaba marchita, decaído su color, apagados sus ojos; cuando el llanto continuo y la continua pena

habían trabajado por mas de dos años en destruir sus encantos.

¡Oh! ¡la decadencia de las mujeres bellas tiene un hechizo indefinible para las almas sensibles! Es el hechizo del otoño con sus celajes rojizos y sus hojas secas que el viento va dejando caer una por una. Nunca es acaso tan bella la mujer como cuando está á punto de no serlo.

Llegó el sol al medio dia en los relojes pintados en las torres del alcázar, y doña Inés sintió latir su corazón fuertemente; no faltaba mas que una hora para que volviese su esposo. Entonces, casi involuntariamente, fué á colocarse en una ventana de la torre que daba frente á la puerta principal del alcázar.

Había allí apostados unos cuantos almogávares de tan feroz catadura como todos los de su laya; pero doña Inés no hizo alto en ello porque á la sazón se les hallaba en todas partes, lo mismo recorriendo los caminos que guarneciendo ciudades y fortalezas. Además que después de conocer á Aznar, y de medir su gran valor y fidelidad, había desaparecido de ella el horror que le inspiraban, y aun comenzaba á mirarlos como amigos.

A poco de estar allí asomada, vió llegar á Gil de Atrosillo y á Lizana, entrambos muy entretenidos y animados en conversacion, de tal suerte que no pusieron los ojos siquiera en los almogávares. Subieron la escalera principal que caía debajo del aposento en donde estaba la reina, y un instante después se sintió un espantoso ruido.

—¿ A mí, villanos? exclamaba uno, ¿ no me conocéis? Esta era sin duda voz de Ferriz de Lizana.

Sintióse también otra voz que parecía de Gil de Atrosillo, la cual gritaba ó hablaba muy alto; pero no pudo entenderse lo que decía. Hubo fragor de armas y dos ó tres gemidos sordos, y luego no se oyó mas algún ruido.

La reina, que no podía dudar de quién eran las voces, quedó aterrada, inmóvil sin osar apartarse del alfeizar de la ventana.

Pasados algunos momentos entró Roldan.

—¿ Qué haceis aquí, almogávares? preguntó á los que guardaban la puerta.

Mas ellos no le contestaron.

—¿ Qué haceis, digo? tornó á preguntarles.

Dos almogávares saltaron instantáneamente sobre el caballero; el uno le puso la mano en la espalda, el otro le tapó la boca con un pedazo de malla, y alzándole á un tiempo en alto comenzaron á subir con él las escaleras. Momentos despues bajaron como si tal cosa, como si nada hubiera acontecido.

El espanto de la reina subió al último punto: allí desde la ventana vió llegar unos tras otros á los principales señores de la corte; los mas no repararon en los almogávares: otros los miraron con extrañeza, pero no dijeron palabra. Cada vez que subia alguno se oia el mismo estruendo que la primera vez.

—; Traidores! decia uno.

—; Villanos! clamaba otro.
Y luego se sentian sordos gemidos, y poco despues nada, nada absolutamente.

—; Castana! ; Castana! gritó doña Inés cuando vió que mas no subian ni se sentia rumor alguno.

Castana acudió al punto alegre, lozana, mas picante y mas graciosa que nunca; pero al ver á doña Inés desencajada y llena de espanto, desapareció de su rostro toda muestra de alegría, y exclamó:

—¿ Qué teneis, señora mia? ; Qué sucede?

—Castana, dijo la reina, aquí debajo de nosotras están pasando horribles escenas; he sentido el són del hierro contra el hierro, y he oido muchos ayes de moribundos.

—; Ay! prorumpió Castana, volviendo á recordar que abajo debian estar Aznar y sus compañeros. ; Conque ha habido lid? ; Conque ha habido muertos? Dios tenga piedad de Aznar, señora.

—; De Aznar? ; Qué dices, Castana?

Y la pobre doncella, banada en llanto, contó á su senora cuanto habia sucedido la noche anterior.

—; Han asesinado á los ricoshombres! exclamó la reina con tanto horror como asombro.

—¿ Sabeis que han sido ellos los muertos? ; Estais segura de que no ha perecido Aznar? dijo sencillamente Castana.

—; Bien decia yo! continuó la reina sin prestarle atencion, que esos almogávares son de raza de lobos; ; han asesinado á los ricoshombres de Aragon!

Pero en aquel momento se oyó gran estruendo y

vocerío; y luego el concertado són de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos llegó á los oídos de doña Inés y de Castana.

— ¡ Viva el rey don Ramiro ! clamaba frenética la muchedumbre.

Doña Inés cayó desfallecida sin poder mas sufrir en su corazon tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente; ni una ni otra hablaron palabra por largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del mismo patio del alcázar los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban.

Doña Inés no pudo contenerse y se asomó á la ventana. El rey don Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados, ambos acababan de apearse y comenzaban á subir las escaleras; el patio del alcázar era un océano de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban rotos y espantosos multitud de almogávares: el pueblo quedaba victoreando á la puerta.

— ¡ Qué airoso está ! exclamó doña Inés. — ¡ Qué bien que le sientan las armas !

Y salió precipitadamente de el seguida de la fiel Castana.

Entre tanto el rey don Ramiro y el conde don Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y algunos aragoneses, que habian ido á juntarse con el partido que parecia mas poderoso, llegaron al gran salon donde solian darse las régias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

vocerío; y luego el concertado són de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos llegó á los oídos de doña Inés y de Castana. — ¡ Viva el rey don Ramiro ! clamaba frenética la muchedumbre.

Doña Inés cayó desfallecida sin poder mas sufrir en su corazon tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente; ni una ni otra hablaron palabra por largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del mismo patio del alcázar los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban.

Doña Inés no pudo contenerse y se asomó á la ventana. El rey don Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados, ambos acababan de apearse y comenzaban á subir las escaleras; el patio del alcázar era un océano de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban rotos y espantosos multitud de almogávares: el pueblo quedaba victoreando á la

puerta. Entre tanto el rey don Ramiro y el conde don Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y algunos aragoneses, que habian ido á juntarse con el partido que parecia mas poderoso, llegaron al gran salon donde solian darse las régias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

CAPITULO XX

Donde se continúa en algo la materia del anterior, y así como al descuido se aclaran sucesos no bien explicados hasta ahora.

Nunca fuera caballero de damas tan bien servido. ROMANCE VIETO.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



vocerío; y luego el concertado són de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos llegó á los oídos de doña Inés y de Castana.

— ¡ Viva el rey don Ramiro ! clamaba frenética la muchedumbre.

Doña Inés cayó desfallecida sin poder mas sufrir en su corazon tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente; ni una ni otra hablaron palabra por largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del mismo patio del alcázar los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban.

Doña Inés no pudo contenerse y se asomó á la ventana. El rey don Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados, ambos acababan de apearse y comenzaban á subir las escaleras; el patio del alcázar era un océano de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban rotos y espantosos multitud de almogávares: el pueblo quedaba victoreando á la puerta.

— ¡ Qué airoso está ! exclamó doña Inés. — ¡ Qué bien que le sientan las armas !

Y salió precipitadamente de el seguida de la fiel Castana.

Entre tanto el rey don Ramiro y el conde don Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y algunos aragoneses, que habian ido á juntarse con el partido que parecia mas poderoso, llegaron al gran salon donde solian darse las régias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

vocerío; y luego el concertado són de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos llegó á los oídos de doña Inés y de Castana. — ¡ Viva el rey don Ramiro ! clamaba frenética la muchedumbre.

Doña Inés cayó desfallecida sin poder mas sufrir en su corazon tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente; ni una ni otra hablaron palabra por largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del mismo patio del alcázar los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban.

Doña Inés no pudo contenerse y se asomó á la ventana. El rey don Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados, ambos acababan de apearse y comenzaban á subir las escaleras; el patio del alcázar era un océano de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban rotos y espantosos multitud de almogávares: el pueblo quedaba victoreando á la

puerta. — ¡ Qué airoso está ! exclamó doña Inés. — ¡ Qué bien que le sientan las armas !

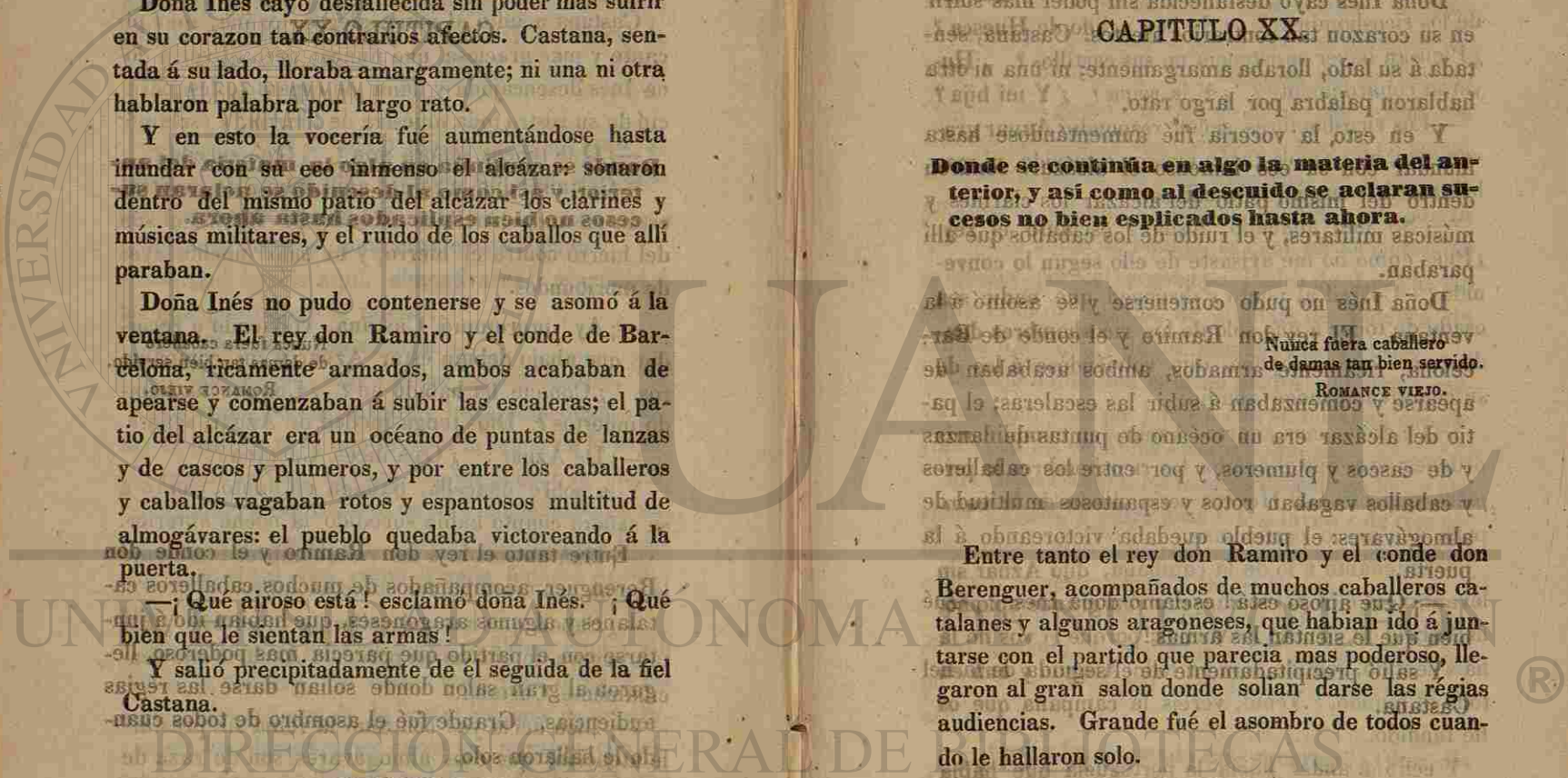
Y salió precipitadamente de el seguida de la fiel Castana.

Entre tanto el rey don Ramiro y el conde don Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y algunos aragoneses, que habian ido á juntarse con el partido que parecia mas poderoso, llegaron al gran salon donde solian darse las régias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-



Nunca fuera caballero de damas tan bien servido. ROMANCE VIETO.



der que me dejaron mis abuelos, ya que no osaron presentarse en el muro.

Abrióse una portezuela que habia en el fondo del salon y apareció en esto Aznar seguido de Fortuñon y de otros almogávares.

— ¡Aznar! gritó al momento el rey. ¿Qué fué de los ricoshombres? ¿Se han salido de Huesca? ¿Piensan hacer resistencia en sus castillos? ¿Huyeron cobardemente? ¿Y la reina? ¿Y mi hija?

— Los ricoshombres, señor, respondió Aznar gravemente, no os molestarán mas en esta vida, ni mas levantarán contra vos la cabeza.

— ¿Se han allanado, Aznar? exclamó el rey. ¿Pues como no me avisaste de ello segun lo convenido? Corred al punto y disponed que nadie sea osado de tocar á uno solo de los ricoshombres donde quiera que se hallen, dijo volviéndose á los de su comitiva, y luego añadió:

— Te creia mas exacto, Aznar, en cumplir mis órdenes; creí que allanados los ricoshombres lo primero que oiria en Huesca seria el són de la campana que me lo participase.

— En cuanto á lo de la campana, dijo Aznar sin levantar los ojos del suelo, pero con grande aplomo, no habeis de echarla de menos; porque si vos no la hais sentido, sentida será en todo Aragon y aun en todo el mundo. Venid, veréis la campana que os he fundido.

Y echó á andar hacia la portezuela que habia quedado abierta. El rey y el conde le siguieron sin darse cuenta de aquellas estrañas palabras; bajaron

algunos escalones y se encontraron en el aposento que conocen nuestros lectores, allí donde la noche anterior dejó Castaña á los almogávares.

La escasa luz de mediodia que alumbraba aquella lóbrega mansion, puso delante de los ojos del rey y del conde un siniestro espectáculo. Ambos, rey y conde, prurupieron en una exclamacion de horror al percibirlo. En derredor del garfio que colgaba del punto céntrico de la bóveda mirábanse catorce cabezas recién cortadas imitando en su colocacion la figura de una campana: en lo interior de aquella estraña campana colgaba otra cabeza que hacia como de badajo, la cual reconocieron los presentes por del arzobispo Pedro de Luesia; las otras eran de Lizana, de Roldan, de Vidaura, de Gil de Atrosillo, y de los demas ricoshombres.

Debajo habia una enorme piedra que debió servir de tajo, y de pié junto á ella se miraban dos sayones con las cuchillas ensangrentadas.

Mas lejos estaban los troncos descabezados, y heridos algunos, y entre ellos los cadáveres de tres almogávares que debieron sucumbir en lid, porque estaban tambien acribillados de heridas.

Don Ramiro y don Berenguer retrocedieron precipitadamente, no pudiendo sufrir por mucho tiempo la vista de aquel espectáculo, y volvieron al salon.

— ¿Quién ha ejecutado esas muertes? ¿Por orden de quien se han ejecutado? preguntó don Ramiro con acento de horror y de cólera.

Fortuñon y sus compañeros sintieron frio sudor

en sus frentes. Aznar cayó entonces como instintivamente á los pies del rey, y le puso en sus manos el pergamino diciéndole con voz casi desfallecida:

—Aquí está, señor, firmado, al parecer, de vuestra propia mano: yo forjé falsamente este escrito y engañé con él á estos leales servidores vuestros: yo soy, pues, el único autor de la justicia que acabais de ver. Mi conciencia me dice que he hecho bien; que eso y no otra cosa merecían los traidores; que de ese modo y no de otro podía servirlos; mas si me equivoqué, castigadme; que con haber quitado tantas cabezas rebeldes, y haberos libertado á costa de la mia, quedaré contento.

—Levántate, Aznar, le dijo el rey; levántate, y Dios te perdone los nuevos remordimientos que tu hecho va á causarme, y el mal nombre con que he de pasar á la posteridad.

En aquel momento apareció á la puerta Castana.

—¡Oh Castana, Castana, continuó el rey! ¿dónde está la reina tu senora? ¿dónde la princesa mi hija? Luego añadió casi sin poder continuar: soy mas infeliz cada momento que pasa.

—La princesa está depositada en casa de Azlor, respondieron á un tiempo varias voces sin dar tiempo á que hablase Castana.

—La reina, dijo ésta, me envía á decirlos que os aguarda en sus aposentos.

—Ea pues, repuso sin oírlo don Ramiro; Aznar, y vos Alqueizar, y vos, y vos, y al propio tiempo señalaba á varios de los caballeros de su comitiva:

id á la casa de Azlor y traed á la princesa para que la vea y reconozca su tutor y futuro esposo el conde de Barcelona. Saludad, aragoneses, á vuestro nuevo rey el buen don Berenguer y á vuestra nueva reina doña Petronila.

—Siguióse una aclamación inmensa.

El continente del conde, marcial y generoso, prevenía en su favor, de una parte, y de otra el deseo de agradar en aquellos momentos al rey ponía aliento en todos los labios.

Y ninguno imaginó que con aquel entusiasmo hacía los nuevos reyes insultaban á los que entonces bajaban del trono; quizás la reina doña Inés, con su delicado instinto, hubiera comprendido este insulto.

Pero ello es que las personas nombradas para traer á la princesa, de casa de Azlor, se reunieron todos alrededor del rey, menos una: Aznar.

Ya hacia rato que Castana le buscaba con los ojos inquietos entre la muchedumbre sin acertar con el almogávar.

Al ver ahora cuanto tardaba en reunirse con sus compañeros, el rey preguntó por él en voz alta, y nadie le respondió. Aznar se había hecho en un momento tan famoso, que su extraña ausencia escitó entre la multitud no poca curiosidad y sorpresa.

Por tres veces le llamó el rey y en ninguna de ellas respondió.

Y ¡oh felicidad prodigiosa del vulgo para forjar sucesos maravillosos! Cuando sonó la segunda pregunta del rey ya corrían por la espaciosa sala

varias versiones absurdas de su desaparicion, sosteniendo éstos que alados demonios lo habian arrebatado de allí mismo para llevarlo a pagar en los infiernos la muerte que habia dado á los ricos hombres; opinando aquellos que arrepentido y asombrado de su propio hecho, se habia retirado de la concurrencia manifestando á algunos en confianza que iba á consagrarse al servicio de Dios lo que le quedase de vida.

Pero ni Aznar era para monje, ni el diablo se habia tomado la molestia de pensar en él todavia.

La verdad era que el almogávar se miraba reclinado en la pared al un extremo de la sala, exánime y al parecer sin vida.

Castana fué quien al fin lo descubrió: y ¿quien habia de descubrir al amante primero que la mujer enamorada?

La pobre muchacha no pudo contener sus sentimientos; y sin respeto á los principes ni á la corte que allí estaba, se lanzó al lugar donde descubrió al almogávar, gritando:

—Aznar, Aznar.

La gente que habia en el aposento era tanta, que la doncella halló muchísimos obstáculos en abrirse camino.

Pero todos los ojos se fijaron en el punto hacia donde ella señalaba con las manos, y vieron á Aznar inmóvil, doblada la cabeza sobre el pecho, y apoyadas las espaldas en el muro.

El rey, aunque tan preocupado, no tardó en percibirse del caso; y recordando los grandes servicios

que le debia, se adelantó hacia él, y todos los circunstantes abrieron paso.

Al mirarle de cerca, notóse que por debajo del grosero capuchon de malla que vestia brotaba un torrente de sangre.

Castana se abrazó con él exhalando profundos gemidos; el rey mandó llamar al punto á su físico, que era un hombre atezado y de sombrío semblante, el cual con venir vestido á la cristiana, bien aparentaba haber nacido en las márgenes del Mularaya, y haber estudiado en alguna de las escuelas famosas de Fez ó de Córdoba.

El físico declaró que Aznar no estaba muerto, sino que se habia desvanecido á causa de la mucha sangre que estaba perdiendo largo rato habia, segun las señales.

Tenia dos grandes heridas, en el costado la una, y la otra en la cabeza, sin otros rasguños en diversas partes; su estado era verdaderamente grave, y el docto africano no se atrevió á responder de que sanase.

El rey mandó que se le trasladase á una de las mejores habitaciones del alcázar, y designó á un caballero de cuenta para que fuese en lugar del herido por la princesa á casa de los de Azlor, donde estaba cautiva.

Y Castana, separándose de la corte, y olvidada de toda otra cosa, siguió al herido hasta su aposento, y allí pasó lo que quedaba de dia y toda la noche atendiendo á su respiracion y á sus mas pequeños movimientos.

La pobre muchacha habia forjado tales castillos en el aire, que apenas acertaba á comprender ahora cómo estuviesen á punto de desvanecerse su amor y sus venturas.

Mas el físico era implacable.

Cada vez que entraba á ver al herido exclamaba sin tener por nada en cuenta la presencia de Castana:

—Sera difícil que sobreviviera.

Y Castana prorumpia en copioso llanto.

Solo Fortuñon, el viejo Fortuñon era quien no se apartaba del lecho, y más de lo que de hombre como él podía esperarse, mostrábase afligido.

De cuando en cuando Castana y Fortuñon se desapartaban del lecho, y en un rincon del aposento se comunicaban sus temores y sus esperanzas.

Castana no hablaba mas que de la curacion del herido, ó de su pérdida, que solo imaginario desgarrábale las entrañas; Fortuñon mezclaba con estas conversaciones otros pormenores sobre el suceso que la sencilla doncella, sin curiosidad de saber, veíase forzada á escuchar.

—Esa herida que tiene en el costado, decia aquel, debió recibirla de manos de alguno de los hombres de armas que guardaban el alcázar. Figuraos que al alborear el dia salimos del zaquizamí donde nos metisteis muy sigilosamente, y bajamos al patio; las puertas estaban cerradas todavía, y aquí y allí tendidos en el suelo dormian algunos adalides de los mas osados. Uno solo habian dejado de atalaya, y ese con el cansancio y la proximidad del nuevo dia

apenas podia resistir al sueño; de manera que tenia los ojos cerrados y la cabeza reclinada en el muro.

—Dispárale tu dardo,—le dije yo á Aznar, señalando al atalaya; y no quiso creerme; antes haciendo un gesto de repugnancia, como si le enojase el matarlo dormido, se acercó á él silenciosamente, y le echó mano á la partesana para desarmarlo. Pero el condenado del hombre no estaba mas que traspuesto un poco, y despertó en aquel momento, y le dió un golpe con la partesana, que el valiente Aznar no pudo evitar desde tan cerca. Y bien que lo pagó el de la atalaya, porque sentirse herido y derribarlo de un solo golpe fué todo uno para Aznar. A los otros pobretes los sorprendimos durmiendo como lirones y los pusimos á buen recaudo en los sótanos del Alcázar; y desde el patio recorrimos los demas puestos, y á los que los guardaban, que bien serian en todos tres docenas, los encerramos con sus compañeros; de suerte que quedamos por dueños del recinto, y á la hora acostumbrada abrimos las puertas, y aguardamos así á los ricos hombres. Buena jornada fué por vida mia!

Castana suspiraba tristemente é iba á visitar el lecho del herido, y luego tornaba á dar cuenta de sus observaciones á Fortuñon.

El viejo almogávar procuraba consolarla á su manera, diciéndole estas ó semejantes palabras:

—El moribundo está, Castana; pero júrote que con haber peleado en el Alcoráz, y haber asistido en el cerco de esta ciudad de Huesca, que fué de moros, como tú sabes; júrote, digo, que no vi en mi

vida mayor valentía que la de Aznar, ni corazón mas determinado. Cuenta que eran valientes los ricoshombres! Así no fueran ellos contra el rey, ni parecieran tan soberbios como eran animosos y diestros. Tengo para mí que eran los mejores caballeros del mundo. Sábetes que con estar mas de treinta de los nuestros apostados en la gran sala adonde ellos se reunían, hubo algunos á quienes no pudimos rendir sino rindiendo ellos antes la vida. ¡Qué Roldán! ¡Qué Roldán! El solo despachó á dos de los nuestros en un santiamén; pues ¿y el viejo Lizana? Lastimábame á mí el verle; yo que le conocí en el Alcoráz y no quise poner manos en su persona. Cuatro almogávares se lanzaron sobre él, y Lizana, como si no le embargasen los años, supo deshacerse de sus manos sin daño alguno. Entonces Aznar se arrojó á él, y por largo rato lidiaron cuerpo á cuerpo, y cierto era cosa muy de ver aquella lucha. Aznar, como mas joven, era mas ágil; pero no estaba tan bien armado ni con mucho como Lizana, ni era tan diestro como él en manejar la daga. Ninguno de nosotros ayudó á Aznar, pero éste tuvo de su parte á la fortuna, y derribó á su contrario aunque á costa de esa herida de la cabeza, que tanto mal le causa.

Castana en otra ocasion habria sentido su alma llena de orgullo al oír tales relaciones, porque son pocas las mujeres que no estimen el valor sobre todas las cosas, y en el siglo XII bien pudiera decirse que era la mayor de las virtudes para enamorar corazones femeniles.

Mas en el trance en que estaba Aznar, tales relaciones antes afligian que no daban consuelo alguno á la sensible amante.

Y segun dice el cronista, así pasaron dos, cuatro, seis dias sin notarse, al parecer, grande alivio en el almogávar; siempre Castana suspirando y Fortun relatando, sin otra visita ni compañía que la del físico renegado, que casi nunca respondia á las preguntas que le hacían los vigilantes enfermeros, y la de algun paje ó caballero que por sí ó de parte de otros venia á enterarse de la salud de Aznar.

Un dia en que se mostraba algo mas aliviado, Castana salió un momento, el viejo Fortun se durmió profundamente, y cuando volvió ella y cuando él despertó, se hallaron vacío el lecho del enfermo; Aznar habia desaparecido.

Castana y Fortun se devanaban los sesos por acertar las causas de aquella estraña desaparicion; pero solo pudieron saber por el pronto que uno de los escuderos que solian acudir á visitarle habia entrado en el aposento, y que no bien se marchó éste se levantó detrás de él Aznar, aunque descolorido y tan flaco que no parecia que pudiese dar un paso.

El cual sería de gustosa lectura para las mujeres sensibles, si el cronista de esta historia hubiera sabido de mejor manera relatarlo.

Yo estoy sola á estas horas,
y lloro, y lloro, y lloro,
porque siento que el corazón se me rompe.

MARGARITA.—EL FAUSTO.

Basta del almogávar y de su querida.

Así como así, aunque tan humildes, han llenado ya lo mejor de la historia. ¿No será justo que dejemos algún capítulo para doña Inés, algún capítulo para don Ramiro?

Pues á fe que bien lo merece la extraña situación en que ambos se encuentran.

Ya ha llegado don Ramiro, y se ha cumplido el

deseo de verlo que tenía doña Inés: ya ha vuelto don Ramiro, y se han realizado los temores y las penas que doña Inés sentía.

Vino el trance de la separación, la hora de que don Ramiro entrase de nuevo en aquel claustro de San Pedro el viejo, tan lúgubre y tan sombrío, que había hecho levantar para eso; vino la ocasión de que doña Inés se hallase sola en el mundo, sin poder mas llamarse esposa ni amante.

Por cierto que la historia se reanuda, y de suerte que no parece que haya trascurrido tiempo alguno, ni algunos sucesos; que no parece que los ricos-hombres se revelaran, ni que el rey huyera, ni que don Ramiro fuera guerrero por ser monje, ni que doña Inés llorara ausencias que apartaban de ella la ausencia eterna. Todo vuelve al ser que tenía el día despues que se puso la última piedra en San Pedro el viejo.

Pero no; hay una cosa de mas, que son los nuevos remordimientos de don Ramiro.

Pálido, inquieto, desencajadas las facciones del rostro, dejó éste el gran concurso que había acudido á recibirlo y se retiró á lo interior del alcázar: allí despidió aun á los pocos que le seguían y se quedó solo.

Vagando por aquí y por allí, llegó á la puerta de una alcoba ricamente decorada, y dudó un momento si había ó no de entrar en ella: parecía que una esperanza le impulsaba al propio tiempo que un presentimiento le apartaba de allí; era la alcoba nupcial.

Entró al cabo: entró llevando consigo sus remordimientos, que no le daban descanso alguno, buscando no sabía qué, una cosa imposible; la calma de los años de su infancia, el reposo de los días serenos de su monasterio.

Y mirando al propio tiempo en el espacio ojos que no le miraban, distinguiendo rostros que no había; ojos amenazadores, rostros ensangrentados.

Era el arzobispo Pedro de Luesia, con sus hábitos pontificales, segada la cabeza por la garganta, y destilando sangre; era Ferriz de Lizana, revueltas y manchadas las venerables canas, azotadas las gloriosas cicatrices del rostro, maldiciendo aun después de muerto á su asesino; era Roldan, era García de Vidaura: eran todos los ricos hombres degollados.

¡Ay de don Ramiro! ¡ay del monje apóstata en cuyo nombre se habían hecho tantas muertes, aunque fuera sin orden suya, aunque de sus labios no hubiera salido otra palabra que la palabra perdon!

Tanta sangre derramada caería sobre él gota á gota: aquel delito espantoso sería una nueva causa de condenacion eterna: con esto y el quebrantamiento de sus votos, su perdicion debía reputarse como irremediable.

¡Ay! ¡ay de don Ramiro! ¡Ay! ¡ay del rey de Aragon!

Tal pensaba él al entrar en la alcoba nupcial; tales ideas, amontonándose en su fantasía, le arrastraban no sabía ya adónde, al través de tinieblas y tinieblas, por en medio de multiformes y horrendas

fantasmas. Su exaltacion religiosa habia llegado á un punto extremo que confinaba con el delirio; con la insania.

Y si al entrar en la alcoba donde pasó tan venturosas horas se hubiera hallado á solas con la noche y consigo mismo, otro habria sido el fin que señalasen las historias al rey don Ramiro; habria acabado por estar loco.

Pero al mirar desatentado por todas partes, sus ojos se fijaron sin querer en una sombra apacible que delante de él se levantaba, la cual le pareció un rayo de luz en noche cerrada, un manantial en el desierto, un ángel del cielo que venia á templar su exaltacion horrible.

¿Qué era aquella sombra? ¿Qué era aquella vision inesperada? Don Ramiro se paró sin osar acercarse á ella, conteniendo aun la respiracion como si temiera espantarla, como si temiera verla desaparecer á manera que la niebla desaparece al rebullirse el viento, y la paloma al sentir el sdn del torrente, y la espuma del mar al tocar en la arena.

Suspense inmóvil puesto el ánimo entre los remordimientos y la esperanza miraba y tornaba á mirar aquella sombra sin comprenderla.

Ya los ojos de don Ramiro, que comenzaban á acostumbrarse á las sombras, le dejaban distinguir algo; y á creerlos á los ojos, lo que habia allí era una mujer arrodillada y de espaldas á la puerta por donde habia entrado don Ramiro; sueltos los cabellos y derramados en una garganta blanca como el cuello de un cisne; cabellos de color de oro.

De cuando en cuando levantaba los brazos al cielo, y flotaban las anchas mangas de su vestido blanco; y al hacer aquel movimiento, no parecía sino que iba á tomar vuelo para levantarse y subir al empireo.

¡Oh! si era un ángel, las formas las tenía de mujer; mas en verdad ¿qué otra forma podrían tomar los ángeles si bajaran á la tierra?

Mentira parece; pero el cronista asegura, y de nuestra parte nos sentimos muy inclinados á darle crédito, que tan grandes como eran los combates que tenía don Ramiro en la cabeza, se disiparon casi del todo; que su frente se serenó y sus ojos se pusieron claros: que la desatada rueda de sus pensamientos calmó un tanto sus incansables giros; y en el punto mismo en que iba á estallar la locura en su mente, sintióla llena de inefable esperanza.

¿Es que Dios se compadece al fin de sus culpas?
¿Es que su justicia está satisfecha con los tormentos que habian ya desgarrado su alma y envia un ángel que ponga término á ellos?

¿Qué sabe don Ramiro? Pero el caso es que sin querer, al iluminarlo aquella idea de esperanza, dió algunos pasos hacia la vision dichosa de quien la recibia: tornó ella al oírlos su rostro de mujer, y lanzó un grito indefinible y levantóse al punto; y don Ramiro reconoció en ella á la reina.

Su ilusion se habia desvanecido; pero no la calma de su frente, no el reposo inefable de su corazón.

Porqué á la verdad si doña Inés no era un ángel,

estaba tan hermosa, tan verdaderamente angelical, que no habia medio de echar de menos junto á ella cosa alguna. Y luego el amor que dentro de su alma le profesaba don Ramiro; y luego la ausencia, y el recuerdo de que era madre de su hija bien disculpan que el rey se contentase con verla á ella y no echase al pronto de menos la ilusion que habia perdido.

—; Doña Inés!

—; Don Ramiro!

Fueron las primeras exclamaciones de los esposos al verse. Don Ramiro dió tres pasos adelante para recibir á su esposa, y esta se precipitó á él con los brazos levantados; pero al llegar uno junto al otro, don Ramiro volvió á echar atrás los tres pasos que habia dado hacia adelante; doña Inés quedó parada, incierta, indicando en su actitud un abrazo imposible, derramando gruesas lagrimas, que lentamente resbalaban por sus mejillas.

Al cabo don Ramiro rompió el silencio.

—; Ah! doña Inés, dijo; libres estamos ya para cumplir nuestros votos, y hoy mas que nunca debemos abstenernos de faltar á ellos. Mirad cómo nos protege Dios, cómo á vos os ha sacado de cautiverio, y á mi de humillaciones, para que uno y otro podamos libremente salvar nuestras almas.

La reina no lloraba á la sazón; en sus ojos se leia esa resignacion infinita, indefinible, que solo saben tener las mujeres, y las mujeres religiosas.

Don Ramiro continuó:

—; Sabeis que me alegro de hallaros antes de

retirarme al monasterio? ¿Sabeis que es dichoso azar que yo aquí os encuentre? Pensé que salierais á esperarme

— ¡No os han dicho, señor, que os aguardaba yo aquí? dijo la reina tímidamente.

— Si he de deciros la verdad, no sé, no sé: mi cabeza estaba tan revuelta que no pude oirlo
— Parece que Castana mas ¿no sabeis lo que le ha pasado á Aznar? ¡Ah! señora, ¿no sabeis lo que ha sido de los ricoshombres?

Y al decir esto su frente comenzaba á nublarse de nuevo.

— Todo lo sé, don Ramiro.

¡Ah! pues entonces, dijo el rey acercándose á doña Inés; entonces ya sabréis cuánta es mi desdicha: ya sabréis que nuevos remordimientos pesan sobre mí: yo no puedo, no puedo ya con ellos, no hay penitencia ya que baste á rescatar mis culpas.

— Y ¿qué culpa tenéis vos, don Ramiro, de que esas muertes se hayan ejecutado? ¡Oh esposo mio, no os atormentéis así voluntariamente! Cuando entrasteis vuestro rostro estaba sereno, alegre; tal como debe estar el rostro del hermano cuando ve á la hermana querida después de una ausencia peligrosa. ¡Y ya veis que he aprendido á llamaros hermano; pero me ha costado tanto! ¡tanto! porque mientras más esfuerzos hacia mi cabeza por persuadímelo, más me decía el corazón otro nombre más tierno. Hermano, hermano mio, ¿cuál es, pues, la causa de que al verme os hayais entristecido? Ya sé yo que no puedo servir de consuelo; pero el pe-

sar ¿por qué tampoco he de causároslo? Yo no quiero nada, no os pido nada, sino que no me aborrezcais.

— ¡Aborreceros! exclamó don Ramiro. ¡Ah! ojalá pudiera solo dejar de amaros.

— ¿Qué? ¿eso, eso deseáis? dijo doña Inés saltándosele las lágrimas al propio tiempo.

— Eso deseo, si, para vuestra tranquilidad y la mia.

— ¡Ah! entonces comprendo bien por qué no prestasteis atención á Castana cuando os dijo que yo os aguardaba en este aposento: no hay que buscar otra causa. Comprendo que maldigais la casualidad que nos ha reunido, y que por eso os entristeceis al verme después de una ausencia que me ha costado tantas lágrimas. ¿No os basta con que yo renuncie al nombre de esposa? Porque mis derechos bien podríais quitármelos; pero el nombre no, sino que por complaceros yo lo dejara. ¿No os basta eso, sino que á mas habeis de deplorar los pocos momentos en que me veis? ¿Qué diferencia hay entre esto y aborrecerme, como yo digo?

— Estais engañada, doña Inés; no me ha entristecido el veros; me ha entristecido el oiros, porque me recordasteis sin quererlo aquellos sucesos horribles, espantosos, que me hacen mucho peso en la cabeza y me oprimen mucho el corazón. El veros ¿cómo habia de entristecerme? Si yo os contara lo que me ha sucedido! si yo os dijera que me habeis hecho feliz por un instante; feliz como el día

de nuestras bodas, como no lo soy desde el punto en que solté los silicios y vestí este malhadado traje de rey!

—¿Yo haceros feliz? ¿Qué decís, don Ramiro? ¿Sabeis que no habria para mí felicidad como esa, de poder haceros feliz, aunque fuera por breves instantes?

—Sí, sí, muy feliz me habeis hecho. Figuraos que yo venia cargado de remordimientos, loco, sin esperanza, y que al llegar aquí veo una sombra celestial, veo una mujer arrodillada que levantaba al cielo los brazos como pidiendo misericordia para sí.

—Oh! no, no, le interrumpió doña Inés: no la pedía para mí, pedíala para vos.

—Gracias, gracias; porque sin duda el cielo os oyó y la tuvo de mí en aquel momento. Yo sentia ya romperse dentro de mí alguna cosa: no sé si era el corazon, no sé si era la frente: solo sé que era parte del ser mio lo que iba á estallar, que era la vida en que caben el arrepentimiento y el dolor lo que se me escapaba, dejando solo á mi espíritu la vida necesaria para padecer despues en el infierno.

—Oh! delirais, delirais.

—No, no; digo que vos me habeis salvado: antes de veros sí que deliraba; y aun creo que iba á volverme loco. . . . los locos no pueden tener ya arrepentimiento, ¿no es verdad. . .? ¿no es verdad que ya no pueden implorar para sí el perdon de sus culpas? ¿no es verdad que si me hubiera vuelto loco mi espíritu habria quedado con la mancha que tie-

ne sin poder lavarla jamas? A vos debo el poder esperar salvacion todavia.

—Dichosa yo si eso hice, don Ramiro.

—Sí, eso hicisteis, continuó don Ramiro con la propia exaltacion que antes: os vi tan hermosa, con esos cabellos rubios derramados por la garganta; con ese vestido blanco que parece tejido con aire y con luz: os vi, digo, tan celestial, que no supe conoceros, y no me parecisteis vos misma, sino un ángel que bajaba del cielo á darme consuelos, trayéndome el perdon del Señor.

—Ah! exclamó doña Inés.

—¿Suspirais?

—Suspiro porque me habeis hecho creer que fuese de mi propia de quien os vino el consuelo, y no fué sino de una ilusion de vuestros sentidos.

—Oh! no digais eso, doña Inés: no hay ángeles mas bellos que vos, no puede haberlos. . . . me haréis decir blasfemias.

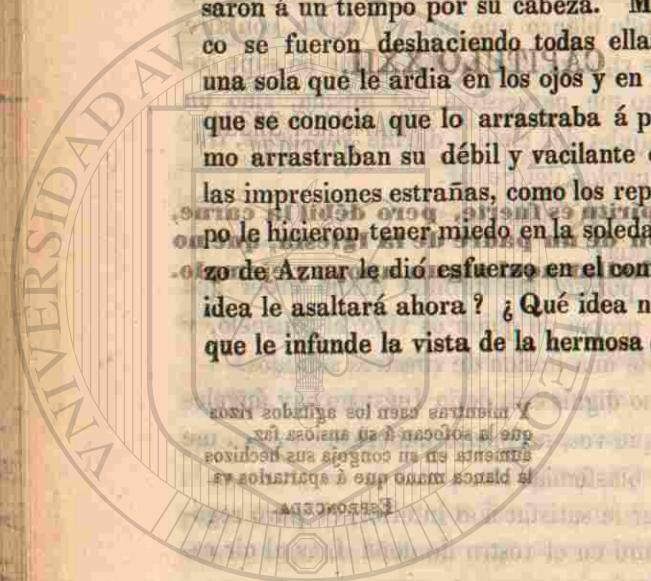
—Era de ver la satisfaccion interior, el puro regocijo que asomó en el rostro de doña Inés al oír estas palabras.

—Don Ramiro, sin reparar en eso continuó:

—Yo no sé si habré cometido con esto un nuevo pecado; mas hais de saber, doña Inés, que si pensando que erais un ángel me acerqué á vos, cuando supe que erais vos misma, que era doña Inés á quien veia, no eché al ángel de menos. ¡Tan dulce me pareció vuestra vista!

—Doña Inés, sin poder contener mas su emocion, lanzó un grito de alegría y se adelantó involunta-

riamente hácia don Ramiro: mas éste retrocedió algunos pasos, y rendido de tanta exaltacion, se dejó caer en uno de los cojines lujosos que decoraban el aposento. Ideas de despecho y de esperanza, de temor y de osadía, de placer y de pena pasaron á un tiempo por su cabeza. Mas poco á poco se fueron deshaciendo todas ellas, y apareció una sola que le ardía en los ojos y en la frente; una que se conocia que lo arrastraba á pesar suyo como arrastraban su débil y vacilante espíritu todas las impresiones estrañas, como los reptiles del campo le hicieron tener miedo en la soledad, y el esfuerzo de Aznar le dió esfuerzo en el combate. ¿Qué idea le asaltará ahora? ¿Qué idea nueva será esa que le infunde la vista de la hermosa doña Inés?



Largo fue por cierto el capítulo anterior; tan largo, que la pluma se resistia ya á pasar adelante, y ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentenciales de don Ramiro y doña Inés. Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la reina dió aquel grito de alegría de que hablamos en el último párrafo del capítulo anterior, y don Ramiro se arrojó fati-

riamente hácia don Ramiro: mas éste retrocedió algunos pasos, y rendido de tanta exaltacion, se dejó caer en uno de los cojines lujosos que decoraban el aposento. Ideas de despecho y de esperanza, de temor y de osadía, de placer y de pena pasaron á un tiempo por su cabeza. Mas poco á poco se fueron deshaciendo todas ellas, y apareció una sola que le ardía en los ojos y en la frente; una que se conocia que lo arrastraba á pesar suyo como arrastraban su débil y vacilante espíritu todas las impresiones estrañas, como los reptiles del campo le hicieron tener miedo en la soledad, y el esfuerzo de Aznar le dió esfuerzo en el combate. ¿Qué idea le asaltará ahora? ¿Qué idea nueva será esa que le infunde la vista de la hermosa doña Inés?

CAPITULO XXII.

Que el espíritu es fuerte, pero débil la carne, es lección de un padre de la Iglesia, que no deja de hallar aquí algun apoyo y ejemplo.

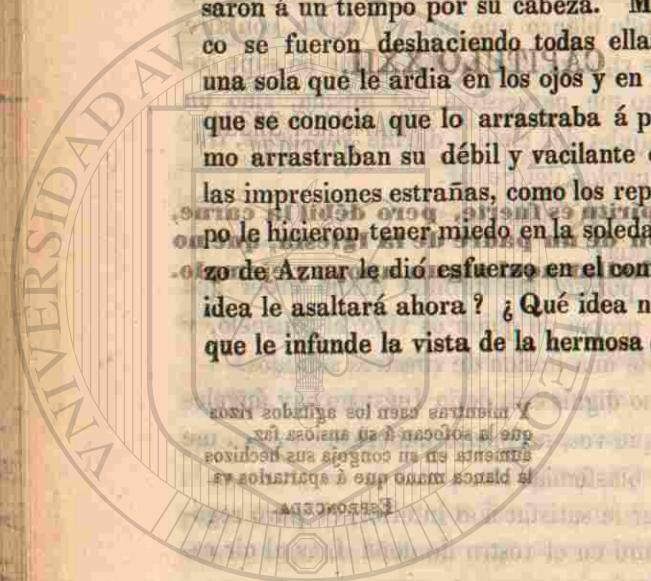
Y mientras caen los agitados rizos que la sofocan á su ansiosa faz, aumenta en su congoja sus hechizos la blanca mano que á apartarlos va.
ESPRONCEDA.

Largo fue por cierto el capítulo anterior; tan largo, que la pluma se resistia ya á pasar adelante, y ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentenciales de don Ramiro y doña Inés.

Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la reina dió aquel grito de alegría de que hablamos en el último párrafo del capítulo anterior, y don Ramiro se arrojó fati-



riamente hácia don Ramiro: mas éste retrocedió algunos pasos, y rendido de tanta exaltacion, se dejó caer en uno de los cojines lujosos que decoraban el aposento. Ideas de despecho y de esperanza, de temor y de osadía, de placer y de pena pasaron á un tiempo por su cabeza. Mas poco á poco se fueron deshaciendo todas ellas, y apareció una sola que le ardía en los ojos y en la frente; una que se conocia que lo arrastraba á pesar suyo como arrastraban su débil y vacilante espíritu todas las impresiones estrañas, como los reptiles del campo le hicieron tener miedo en la soledad, y el esfuerzo de Aznar le dió esfuerzo en el combate. ¿Qué idea le asaltará ahora? ¿Qué idea nueva será esa que le infunde la vista de la hermosa doña Inés?



Largo fue por cierto el capítulo anterior; tan largo, que la pluma se resistia ya á pasar adelante, y ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentenciales de don Ramiro y doña Inés. Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la reina dió aquel grito de alegría de que hablamos en el último párrafo del capítulo anterior, y don Ramiro se arrojó fati-

riamente hácia don Ramiro: mas éste retrocedió algunos pasos, y rendido de tanta exaltacion, se dejó caer en uno de los cojines lujosos que decoraban el aposento. Ideas de despecho y de esperanza, de temor y de osadía, de placer y de pena pasaron á un tiempo por su cabeza. Mas poco á poco se fueron deshaciendo todas ellas, y apareció una sola que le ardía en los ojos y en la frente; una que se conocia que lo arrastraba á pesar suyo como arrastraban su débil y vacilante espíritu todas las impresiones estrañas, como los reptiles del campo le hicieron tener miedo en la soledad, y el esfuerzo de Aznar le dió esfuerzo en el combate. ¿Qué idea le asaltará ahora? ¿Qué idea nueva será esa que le infunde la vista de la hermosa doña Inés?

CAPITULO XXII.

Que el espíritu es fuerte, pero débil la carne, es lección de un padre de la Iglesia, que no deja de hallar aquí algun apoyo y ejemplo.

Y mientras caen los agitados rizos que la sofocan á su ansiosa faz, aumenta en su congoja sus hechizos la blanca mano que á apartarlos va.
ESPRONCEDA.

Largo fue por cierto el capítulo anterior; tan largo, que la pluma se resistia ya á pasar adelante, y ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentenciales de don Ramiro y doña Inés. Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la reina dió aquel grito de alegría de que hablamos en el último párrafo del capítulo anterior, y don Ramiro se arrojó fati-



gado en uno de los cogines del aposento, hubo entre ambos largo rato de silencio.

Miraba doña Inés á don Ramiro con curiosidad, con anhelo, como deseando leer en su rostro las menores emociones. Volvia á uno y otro lado sus ojos don Ramiro, como deseando ocultarlas; y ni él ni ella se atrevían á comenzar una conversacion, difícil á un tiempo para los dos.

Un pretesto faltaba; un pequeño incidente ó detalle, insignificante en cualquiera otra ocasion, era lo bastante para que la conversacion volviera á reanudarse y dieran suelta entrambos á los indefinibles y vagos pensamientos de que estaban poseídos.

Ese pretesto, ese incidente, ese detalle hallólo por azar doña Inés, y se apresuró á aprovecharlo.

—Veo que traéis aún atada al brazo la cinta blanca que os di por divisa, dijo.

—Ella ha sido mi compañera en el combate, respondió don Ramiro, y he hecho cuanto he podido por sacarla con honra en todos los trances en que juntos nos hemos hallado.

—Oh! quitádosla, quitádosla ya.

—¿Por qué, doña Inés? preguntó el rey sorprendido. ¿No es vuestra divisa?

—Lo fué.

—¿Y no lo es ya? No acierto.

—Pues ¿no veis que dice la letra *sin esperanza*?

—No respondió al pronto don Ramiro, y doña

Inés cayó temiendo haber dicho mas de lo que de-

bia decir.

Y hubo algunos otros instantes de silencio.

Pero esta vez lo rompió don Ramiro diciendo:

—¿Y de qué teneis esperanza, doña Inés? ¿No sabeis que á mi no me es posible tenerla ya en este mundo?

—No digo yo que vos la tengais: hablo de que yo la tengo, respondió la reina.

—¿Vos? Pero ¿en qué?

—¿En qué? Yo os lo diré, porque de vos solo depende que se cumpla ó no mi esperanza.

—Pues hablad, que si es cosa que yo pueda hacer, y no es contraria á mis votos, hais de contar con ella desde ahora.

—¿De veras? ¿Me dais palabra de que me concederéis lo que os pida?

—Con tal, digo, doña Inés, que no se oponga á mis votos.

—No, no se oponga, segun creo, respondió doña Inés.

—Pues hablad, dijo el rey.

Doña Inés estuvo vacilando por algunos instantes; luego, tartamudeando y sin atreverse á decir de un golpe lo que queria, comenzó á hablar de esta manera:

—Es el caso, don Ramiro, que yo quisiera que... ya veis que con esto en nada faltais á vuestros votos . . . quisiera, digo . . . ¿No me hicisteis ya un favor muy grande al favorecer á nuestra hija? ¿No dilatasteis ya vuestros intentos por dos años á fin de complacerme? Pues modificad otro tanto ahora esos intentos hasta dejar lo del monasterio y

hacer de modo que os vengais conmigo á algun retiro oculto donde podamos vivir como hermanos.

—; Doña Inés! exclamó don Ramiro asombrado.

—; Qué! ¿No os place contentar mi súplica? ¿Queréis que lleve, como antes, en mi divisa esa letra que dice *sin esperanza*?

—Pero es, doña Inés, que aun no acierto yo á ver bien lo que queréis.

—Yo os lo explicaré, respondió la reina mas alentada. Figuraos que en lugar de iros á ese sombrío convento de San Pedro el viejo, os vinierais conmigo á uno de las santas ermitas que fundaron los godos en la montaña; allí viviríamos los dos separados del mundo para siempre y haciendo juntos vida ascética y devota. Dios os manda sin duda que os separéis de vuestra esposa, mas no de vuestra hermana y sierva doña Inés, que no desea otra cosa sino pasar el resto de sus años haciendo penitencia en vuestra compañía.

Hemos descrito tantas veces las gracias de doña Inés, que habria de parecer importuno el describirlas de nuevo; pero ello es que jamas habia parecido mas bella en el rostro ni mas galana en el tocado. Y lo dulce de sus palabras, y lo suplicante de su actitud, y las lágrimas que se dejaban entrever en sus ojos sin acertar á mostrarse del todo, hacian de ella un sér temible en la seducción para un alma de roca que no para la de don Ramiro.

Y quiso la fatalidad que conforme doña Inés suplicaba se fuese acercando é inclinándose involuntariamente hácia don Ramiro, de manera que al

terminar su súplica, se hallaban tan juntos él y ella, que sus alientos se confundían y se tocaban sus vestidos, y sus ojos mutuamente se reflejaban.

Y en esta actitud se mantuvo doña Inés embobada como esperando favorable respuesta, y don Ramiro, sin acertar que responder; sintiendo que un fuego intenso le quemaba las entrañas y que los pensamientos piadosos no parecían ya por su mente, y que los sentidos le arrastraban á su pesar sin mas poder la razón contenerlos. Nada era tan peligroso como el silencio; nada tan difícil como hablar en aquella ocasión.

A don Ramiro no se le ocurrieron mas palabras que estas:

—; Qué hermosa estais, doña Inés! ¿Qué hermosa estais!

—; Oh fatalidad! Fatalidad era la del rey entonces; y encaminada nada menos que á inutilizar sus penitencias; porque al decir aquellas palabras, que envolvían en sí tan inmenso sentimiento, los flotantes cabellos de doña Inés, vinieron á herir el rostro de don Ramiro, y, Dios nos perdone, pero cualquiera habria dicho que cuando éste los sintió cerca, puso en ellos muy anhelosamente los labios.

—; Ah, don Ramiro, don Ramiro! dijo la reina no poco turbada al ver aquellas extrañas demostraciones. Si me amais todavía ¿qué dificultad háis de tener en concederme lo que os pido?

—Esposa mía, esposa mía, respondió tartamudeando don Ramiro: no sé lo que me decís; mas

— sentaos aquí á mi lado, que yo os necesito tener conmigo.

— ¿Con vos me necesitais? ¡Oh! gracias, gracias. Voy á dar órdenes ahora mismo para que juntos marchemos á una ermita de la montaña. Veréis allí cómo pasamos la vida en penitencia, orando yo por vos y vos por mí, sin otra idea que la de nuestro eterno reposo.

— No, no me habeis entendido, doña Inés, repuso don Ramiro con voz ronca, y asiéndola de un brazo con todas sus fuerzas la sentó á su lado.

Doña Inés le miró entonces, y vió que sus ojos brotaban llamas, que sus labios estaban cárdenos, que todo su semblante denotaba los impulsos mal reprimidos de una pasión ciega, desatentada.

Miróle y tembló, y en aquel punto mismo prorumpió en un copioso llanto.

— Qué, ¿llorais, mi amor? Qué, ¿llorais? dijo don Ramiro recogiendo las manos de la reina en sus manos.

— Lloro, respondió la reina, porque ahora claramente veo que es imposible que vivamos mas juntos.

— Imposible!

— Sí, imposible; porque este arrebató de pasión que os ha acometido pasará, y en el propio punto os arrepentiréis, y á mí que no soy culpada en ello llegaréis á aborrecerme del todo por habéroslo escitado.

La luz de la razón alumbró de repente á don Ramiro al oír aquellas palabras de su esposa.

— ¡Infeliz! ¡infeliz! ¿qué hago? exclamó saltando repentinamente las manos de doña Inés y apartándose de ella largo trecho.

— Yo queria, continuó doña Inés, que viviésemos como hermanos, como verdaderos hermanos; yo tengo valor para eso; ¿por qué no habiais vos de tenerlo tambien?

— Porque yo soy un miserable y vos un ángel, exclamó don Ramiro levantándose y dando una violenta patada en el suelo; porque yo estoy condenado irremisiblemente, porque mi carne es flaca de tal suerte, que no basta el espíritu para contenerla.

— ¡Oh! calmaos, calmaos, don Ramiro, dijo doña Inés dirigiéndose hacia él.

— No, no hay calma para mí ni puede haberla en este mundo; pero no os acerqueis, doña Inés: vuestra funesta hermosura ciega los ojos de mi entendimiento y me pone á merced del inferno Si me amais, si me amais, huid para siempre de mi lado y que no os vuelva yo á ver mas en esta vida.

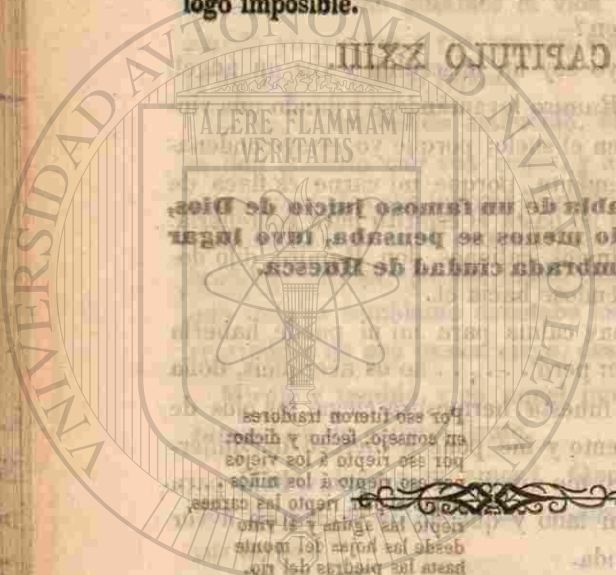
— Pero es, dijo la reina, que yo no tengo fuerzas para tan gran sacrificio: téngolas para vivir con vos como con un hermano fuera del mundo y de sus pompas, y no las tengo para perderos de vista, para dejar de oír vuestro acento.

— Doña Inés, doña Inés, ¿queréis volverme loco? prorumpió el rey. ¿Veis que necesito de vuestra ayuda y no me la dais?

— Y ¿quién me la da á mí? respondió la reina anegada en llanto.

En aquel punto se oyó el són de militares instrumentos y una gran gritería en el alcázar, y á pocos instantes despues se sintió resonar en las inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona.

Y á tiempo aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.



Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca.

ROMANCE DEL RETO DE ZANORA.

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar significaban que á la tierna princesa doña Petronilla la traian en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El conde de Barcelona la hacia victorear de los

En aquel punto se oyó el són de militares instrumentos y una gran gritería en el alcázar, y á pocos instantes despues se sintió resonar en las inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona. Y á tiempo aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.

CAPITULO XXIII.

Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca.

Por eso fueron traidores en consejo, fecho y dicho: por eso riepto á los viejos por eso riepto á los niños riepto el pan, riepto las carnes, riepto las aguas y el vino desde las hojas del monte hasta las piedras del rio.

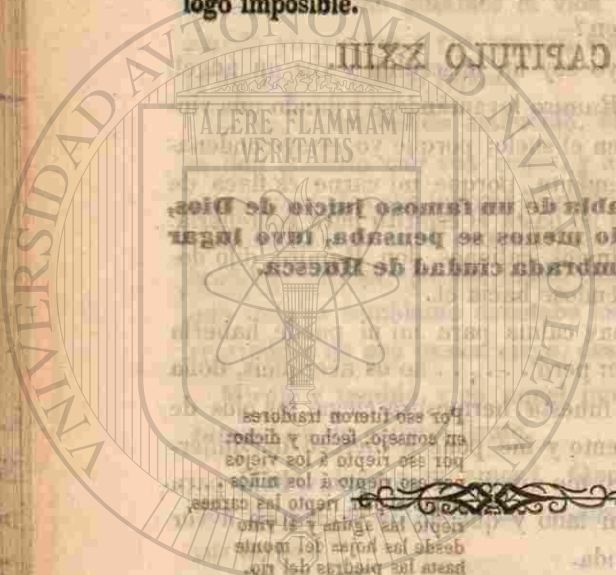
ROMANCE DEL RETO DE ZANORA.

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar significaban que á la tierna princesa doña Petronilla la traian en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El conde de Barcelona la hacia victorear de los

En aquel punto se oyó el són de militares instrumentos y una gran gritería en el alcázar, y á pocos instantes despues se sintió resonar en las inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona.

Y á tiempo aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.



Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca.

Romance del reto de Zanora.

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar significaban que á la tierna princesa doña Petronilla la traian en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

En aquel punto se oyó el són de militares instrumentos y una gran gritería en el alcázar, y á pocos instantes despues se sintió resonar en las inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona. Y á tiempo aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.

CAPITULO XXIII.

Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca.

Por eso fueron traidores en consejo, fecho y dicho: por eso riepto á los viejos por eso riepto á los niños... riepto el pan, riepto las carnes, riepto las aguas y el vino desde las hojas del monte hasta las piedras del rio.

ROMANCE DEL RETO DE ZANORA.

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar significaban que á la tierna princesa doña Petronilla la traian en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El conde de Barcelona la hacia victorear de los

señores de su comitiva, y todo era júbilo y entusiasmo en derredor de la angusta niña.

Don Ramiro y doña Inés á un tiempo se levantaron y caminaron á su encuentro, olvidándose de todo por un momento al verla y al oír las dulces palabras con que la princesa sabia ya nombrarlos.

¿ Qué tiene de extraño? Eran padres.

Y por mas que fueron grandes los extremos que don Ramiro y doña Inés hicieron en esta ocasion, siempre los lectores de esta historia podrán imaginárselos sin necesidad de que nosotros empleemos en ello tiempo y pluma; porque á la verdad, aunque muchos no sean padres, sospechamos, salvo error, que no haya alguno de ellos que deje de contarse por hijo.

Después de aquella entrevista vino el día de los contratos entre el rey don Ramiro y el conde don Berenguer de Barcelona, y luego la jura y coronacion, y las fiestas, que fueron semejantes á aquellas con cuya relacion comienza este libro, aunque mucho mas bulliciosas y alegres.

Verdad es que faltaban los mejores ricoshombres aragoneses; verdad es que las mas nobles familias de Huesca estaban sumidas en dolor profundo y anegadas en llanto.

¿ Pero qué le importaba al pueblo del dolor de los potentados?

¿ Qué habia de comun entre los pobres burgueses que reían y cantaban, y los ricos y poderosos nobles que lloraban y gemían?

De esta suerte nos suelen representar las viejas

historias, divididos siempre á los altos y á los bajos, á los nobles y á los plebeyos, conteniéndose unos á otros, y unos á otros oprimiéndose hasta dar lugar á que los tiranos los hayan igualado á estos y aquellos en la humillacion y la sorvidumbre.

A la verdad, á don Ramiro no puede llamársele tirano; pero el pueblo de Huesca simpatizaba mas con su causa aun despreciándolo, que con la de los ricoshombres, á quienes admiraba; por culpa de éstos, que no sabian ser afables como valientes, ni justos y modestos como eran poderosos en oro y armas, y ricos en reputacion y servicios.

Y aun por eso los aborrecia Aznar sin duda; por eso el hijo de la montaña habia sentido impulsado su brazo al hecho terrible que estaba pagando con su propia sangre en el lecho de dolor donde le dejamos sin otra compañía que la de Fortuñon y Castana.

Si los plebeyos hubiesen seguido siempre la voz de los grandes, si en todas partes los grandes hubieran sabido atraerse el amor de los plebeyos, jamas el despotismo monárquico habria pesado sobre el mundo, y todos los pueblos tendrian lo que hoy tiene alguno, libertades tradicionales, veneradas, eternas.

Pero nos apartamos de nuestro propósito; narrando estamos crónicas novelescas, que no escribiendo artículos de periódico.

Ibamos por las fiestas celebradas el día de la jura de doña Petronila y don Berenguer por reyes de

Aragon, y no habíamos salido ni teníamos por qué salir de los viejos muros de Huesca.

Después de la ceremonia de la iglesia, que fue por la mañana, concurrieron por la tarde los viejos y nuevos reyes á las acostumbradas justas y ejercicios caballerescos.

Inmenso pueblo llenaba el palenque; las damas mas hermosas y los mas apuestos galanes de los contornos embellecian desde los andamios allí levantados el espectáculo; y en la arena habian ya probado su esfuerzo y destreza famosos caballeros de Aragon y Cataluña.

Notóse sin embargo que los justadores aragoneses quedaban muy por debajo de los de la comitiva del conde de Barcelona, y entonces fué cuando hubo alguno que recordase á los muertos ricos hombres.

— Oh si estuviese aqui Roldan! dijo uno.

— Aun Ferriz de Lizana daria harto que entender á los catalanes, á pesar de sus muchos años, añadió otro.

Pero no se oyó mas, y la multitud indiferente siguió aplaudiendo á los vencedores y saludando con desdenosos motes á los vencidos; ya cuando tiraban los caballeros al tablado, ya cuando corrian sortijas, ya cuando rompian lanzas, repartidos en contrarias cuadrillas y escuadrones.

De pronto el eco del clarín hirió los oídos de los circunstantes.

Todos miraban de acá para allá, y nadie acertaba con el motivo de aquella novedad estraña; hasta

que vieron entrar por las puertas del palenque quince enlutados, armados de punta en blanco, y todos con esta divisa en los escudos: "por la honra." Delante de ellos venian un heraldo y dos clarines vestidos tambien con negras vestiduras, montados aquellos y estos en soberbios caballos.

Adelantáronse en cuadrilla heraldos, músicos y caballeros hasta la mitad del palenque; y allí sin solicitar de nadie permiso, tocaron á silencio los clarines, y los paladines hicieron alto, y uno de los heraldos, levantando la voz, dijo de esta manera:

— ¡ Nobles caballeros! ¡ Nobles caballeros! Presentes hay quince que lo son tanto como el que mas de vosotros; venid á ellos, venid uno á uno, quince á quince, ó ciento, cuantos sean los que osen mantener en campo que fué justa la sentencia de muer-

te dictada contra los muy poderosos y nobles ricos hombres de Aragon; lanzas hallaran que mantengan lo contrario, y hombres que les prueben aquí delante del mundo que ellos son alevos y traidores,

por lo mismo que defienden clara traicion y manifiesta alevosia. Campo, campo, armas iguales, y luego entrad, nobles caballeros, entrad en el palenque los que oseis defender que no fué traicion ni alevosia la muerte de aquellos leales ricos hombres.

Imposible seria pintar la confusion que hubo en los andamios y tablados del palenque al ver entrar á los enlutados y al oír despues el reto.

Hubo quien dijo que eran las almas de los ricos hombres que se levantaban de sus tumbas, pegadas otra vez las cabezas á los hombros; fuertes y pode-

rosos como en sus mejores días, para vengar su muerte y defender su honra.

Otros, los menos sin duda, sostenían que no eran sino hijos de los ricoshombres, que venían á mantener el reto por sus padres.

Y mientras tal decía: "aquel es Ferriz de Lianza; parece que nada le haya sucedido;" tal otro replicaba: no es él sino Corberan, el mayor de sus hijos, y este otro es Fortun, el menor de ellos, que vendrá por Roldan ó por alguno de los ricoshombres que no dejaron quien tomase su defensa.

De todas suertes la confusion y la estrañeza eran grandes, y mas aún que entre la multitud; en la corte y en el preeminente y lujoso tablado desde donde veían las fiestas los reyes.

Don Ramiro no habló palabra; bajó los ojos al punto y levantóse, y todo turbado montó á caballo; y seguido de dos escuderos solamente, partió á la carrera; doña Inés cayó desmayada.

Solo el conde de Barcelona supo tener serenidad en aquel trance.

No faltaron valientes caballeros en su comitiva que se acercasen á él á pedirle permiso para contestar al reto entrando en campo con los enlutados paladines; mas el buen conde no quiso concederselo.

—Dejad, dijo, á los de Aragon que prueben que esa no fué alevosía: vosotros, mis valientes catalanes, ¿estais seguros de que no lo haya sido?

Mas de Aragon no se movia nadie, y pasaba el tiempo sin que nadie respondiera al reto, y de cuar-

to en cuarto de hora sonaba el clarin, y los heraldos enlutados lo repetían primero el uno, luego el otro, alzando cada vez mas la voz, como para provocar mas al combate.

Don Berenguer se impacientaba; pero ni quería abandonar el campo, ni quería que lo mantuviesen los caballeros de su comitiva.

Al cabo un clarin respondió al clarin de los enlutados mantenedores, anunciando que un caballero acudia á disputar el campo, y á poco entró éste en el palenque sin heraldos que proclamasen su nombre ni su casa, ni escuderos que lo acompañasen.

Todos los ojos se fijaron en él, pero ninguno supo conocerle.

No traía mote ni divisa, ni la armadura era tan rica que denotase caballero de alta clase, ni tan conocida la apostura que con solo verle pudiera decirse quién era.

Pero mientras todos se fijaban inútilmente en su persona, el caballero recién venido llegó al sitio donde estaban los mantenedores, y con sereno continente, y alzando la voz dijo:

—Quien quiera de vosotros ser el primero en la lid, salga adelante.

No bien acabó de decir esto, miró ya delante á uno de los de las armas negras, el que estaba mas cerca.

—Tened, don Jaime, gritó al paladin uno de los que venían con él; tened y averiguad primero si ese es caballero como nosotros lo somos.

—Y ¿quién sois vosotros? gritó el recién venido

con firme acento: ¿quién os mete en averiguar si soy caballero ó no, cuando yo no os he preguntado vuestros nombres? Digan las obras quién somos.

—Tiene razon, don García, repuso el don Jaime: puesto que nosotros no estamos para descubrirnos, tenemos que aceptar el combate cualquiera que sea el campeón que se nos presente. Jueces del palenque, partid el campo.

Llegaron los dos caballeros que habian cuidado del buen orden en las justas, y que cierto no habrian imaginado el emplearse en tan siniestro trance aquel dia; y obtenida la venia del conde de Barcelona, partieron el campo y el último rayo de sol que enviaba la tarde al desaparecer detras de los montes cercanos.

Hicieron la señal los clarines, y los caballeros partieron á encontrarse al escape; pero el de las negras armas no pudo resistir al empuje de su contrario, y cayó al suelo perdida la razon al golpe.

Otro de sus compañeros se presentó á ocupar su puesto, y sufrió la misma suerte; solo que éste cayó tan mal herido, que no pudo ponerse en pié por entonces, ni parecia probable que lo lograra en su vida.

El pueblo prorumpió en gritos de aplauso para el caballero sin mote, que así llamaban ya al que iba contra los ricos hombres ajusticiados, y en gritos de desprecio para el escuadron de los contrarios.

—Callad, turba vil, dijo uno de ellos, que yo haré de modo que rescate por mi persona los pasados vencimientos.

Yase adelantó á ocupar el puesto del recién caído, sin que le hubiese llegado la vez.

Sonaron de nuevo los clarines, y los caballeros partieron uno contra otro, y al encuentro saltaron las lanzas en mil pedazos sin que ni uno ni otro vacilara en la silla.

Una aclamacion inmensa se oyó por todas partes al ver tanta fortaleza, y la general curiosidad se acrecentó mas todavia.

Volvieron á encontrarse los caballeros con nuevas lanzas, y también las hicieron astillas; y el furor de ambos era tanto, que precipitándose uno sobre otro en la carrera llegaron á chocar sus cuerpos, y en poco estuvo que de este choque no midiesen los dos la tierra.

La multitud volvió á saldar con entusiasmo á los combatientes: el espectáculo de dos hombres que con tanta destreza y fortaleza se procuraban mutuamente la muerte, producía un encanto inefable en los cultos oscenses del siglo XII.

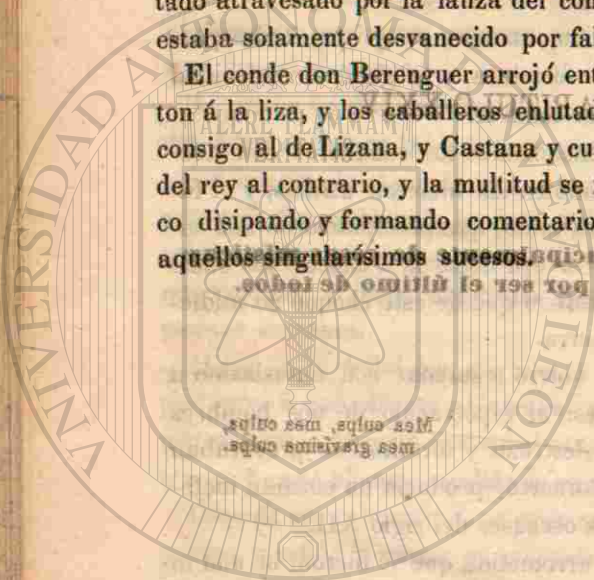
A la tercera arremetida que se dieron, ni uno ni otro pudieron resistir y entrambos cayeron en tierra, y ni uno ni otro se levantó.

Acudieron los jueces del campo á socorrerlos y les levantaron la visera: entonces el pueblo entero reconoció en el campeón de la negra armadura á Corberan de Lizana, hijo del buen caballero Ferriz de Lizana, que fué de los ricos hombres ajusticiados; y una mujer jóven y hermosa que vagaba hacia rato por alrededor del palenque, como sin saber adonde iba, lanzó un ¡ay! de espanto, y se precipitó so-

bre el cuerpo del caballero desconocido. Aquella mujer era Castana.

Los físicos declararon que ninguno de los dos campeones estaba muerto: el de Lizana tenia un costado atravesado por la lanza del contrario; el otro estaba solamente desvanecido por falta de fuerzas.

El conde don Berenguer arrojó entonces su baston á la liza, y los caballeros enlutados se llevaron consigo al de Lizana, y Castana y cuatro escuderos del rey al contrario, y la multitud se fué poco á poco disipando y formando comentarios sobre todos aquellos singularísimos sucesos.



Y el lector...
por qué fué la estraña desaparicion de Aznar, de
que dimos cuenta en el capítulo XX de esta verídica
historia.
El cronista muzárabe suele hacer cosas como es-
ta, que es dejar de explicar los sucesos cuando tie-
nen lugar, y luego al cabo de tiempo hacer de mo-
do que mal ó bien se entiendan, sin ponerse á de-
cirlo claramente.
Así debe de suceder tambien con el rey don Ra-
miro, que salió del palenque sin saber nadie adón-

de la y no volvíe a salir...
del cuerpo del caballero desconocido. Aquella
mujer era Castana.
Los físicos declararon que ninguno de los dos
campeones estaba muerto: el de Lizana tenia un cos-
tado atravesado por la lanza del contrario; el otro
estaba solamente desvanecido por falta de fuerzas.
El conde don Berenguer arrojó entonces su bas-
ton á la liza, y los caballeros enlutados se llevaron
consigo al de Lizana, y Castana y cuatro escuderos
del rey al contrario, y la multitud se fué poco á po-
co disipando y formando comentarios sobre todos

CAPITULO XXIV

**Que trata principalmente de cosas místicas;
es notable por ser el último de todos.**

Mea culpa, mea culpa,
mea gravissima culpa.

Ya el lector inteligentísimo habrá comprendido
por qué fué la estraña desaparicion de Aznar, de
que dimos cuenta en el capítulo XX de esta verídica
historia.

El cronista muzárabe suele hacer cosas como es-
ta, que es dejar de explicar los sucesos cuando tie-
nen lugar, y luego al cabo de tiempo hacer de mo-
do que mal ó bien se entiendan, sin ponerse á de-
cirlo claramente.

Así debe de suceder tambien con el rey don Ra-
miro, que salió del palenque sin saber nadie adón-

de iba y no vuelve á saberse de él en el relato. En nuestra opinion harlo deja entender adónde fué y lo que hizo, con el siguiente caso que fielmente trasladamos de sus páginas á las nuestras.

Al despuntar el día que siguió al de las justas y no imaginado juicio de Dios, salieron de Huesca tres hombres, montado uno de ellos, que llevaba la delantera, en una mula, y los otros en buenos caballos.

El aparato no era guerrero, pero con todo bien podía distinguirse desde lejos el relumbrar de las espadas que los dos que montaban caballos llevaban pendientes del cinto.

Cualquiera habria dicho que estos eran escuderos de algun abad que caminaba á su iglesia, dado que por aquel tiempo no era prudente viajar sin tan razonable compañía, aun llevando tonsura y hábitos sagrados.

Y que fuese abad el ginete de la mula no podia decirse de seguro, porque iba muy bien embozado en una ancha capa de lana toscamente labrada; pero lo de eclesiástico no podia faltar en él, segun el corte de su pelo y el ancho sombrero que traia.

Pues es el caso que los tres ginetes se encaminaron al cercano lugar de Quincena, y atravesándolo silenciosamente se encaminaron por la orilla derecha del rio Flamen á Mont-Aragon.

Llegaron al pié de la redonda y alta montaña, en cuya cima se levantaban sus altos y almenados torreones; y dejando á la derecha la villa de Mont-Aragon, de la cual no quedan hoy rastros siquiera, y que

habia recibido nombre del famoso monasterio, comenzaron lentamente á subir á lo alto.

La campana de la iglesia tocaba á misa á la sazón, y sus acentos despedidos de la alta torre del centro donde estaba situada, llenaban el aire y producian un indefinible sentimiento de melancolía y devocion.

De las vecinas montañas bajaban presurosos los campesinos á oír la misa del alba en el celebrado santuario, y todo lo largo del revuelto camino que á él subia mirábase lleno de gente devota y pecadora que acudia á implorar la gracia divina.

Hay pocas cosas tan poéticas como la misa del alba en el campo; los himnos espirituales de la Iglesia se juntan con el himno universal de la naturaleza; aquel que cantan los pájaros de la arboleda y los manantiales de las rocas, y el eco de la soledad que va repitiendo, sin olvidar ninguno, todos los murmullos y todas las voces que se levantan en las vecinas tierras.

Los tres desconocidos ginetes de que ya hemos hablado, echaron pié á tierra antes de llegar al foso y se dirigieron al puente levadizo que entonces estaba echado; la hora y la ocasion los eximieron de toda formalidad, y así nuestros tres caminantes cruzando un claustro cuadrado que contenia un patio espacioso con arriates de flores, entraron en la única y estrecha nave de la iglesia, donde ya habia bastante gente esperando la misa.

El que traia la mula se desembozó al entrar y se mostró vestido de monje benito; sus dos escuderos

(conozcámosles ahora por este nombre) se arrodillaron á la puerta; mas él fué á colocarse de rodillas delante del altar mayor.

En el retablo habia una tabla con la imágen de Jesus Nazareno; la misma que Sancho Ramirez trajo de la montaña para levantarla allí iglesia y fortaleza que fuese cuartel general, como ahora se dice, del ejército de Cristo.

Delante de aquella imágen milagrosa habian consolado sus enitas durante diez años los sitiadores de Huesca; allí tambien tomaron aliento para ejecutar tan gran conquista y emprender otras mayores.

El monje no debía ignorar estas historias, segun lo devotamente que tenia puestos los ojos en la imágen, y la verdadera contricion que mostraba su rostro.

Allí oyó misa sin levantarse un solo momento, y terminada ya estuvo aún por largo rato orando. Luego se encaminó á la sacristía y preguntó por el venerable abad de la casa. Uno de los acólitos le mostró un confesonario en donde á la sazón se hallaba practicando santamente su ministerio, rodeado de gran muchedumbre de fieles que enardecidos en cristiano celo se disputaban el puesto con acres palabras y descompuestas acciones.

El monje fué allá y aguardó pacientemente á que todos hubiesen acabado. Luego, acercándose al confesonario:

—Padre, dijo, concededme la gracia divina.

—Hermano, respondió el abad, gran favor me hariais con aguardar á mañana; porque en verdad

os digo que me faltan ya las fuerzas. Hace tres horas que estoy aquí sentado, y tengo ochenta años conmigo; conque perdonadme, os digo, y volved mañana, que ya oiré vuestras culpas.

—No puedo aguardar mas, padre. Hace tres años que aguardo de vos absolucion, y cada dia necesito mas de ella.

—¡Tres años! exclamó el abad sorprendido.

—Tres años, sí, continuó el penitente. Yo soy un mal monje que se casó contra sus votos, y contra sus votos tuvo y gozó altos bienes; yo soy uno á quien mandasteis que dejara mujer y bienes para poder lograr y merecer la absolucion de tantas culpas; yo soy uno por cuya causa

—¡Vos! vos sois el rey don Ramiro! prorumpió el abad levantándose como espantado.

—Sentaos, padre mio, sentaos y oidme por la misericordia de Dios. Yo no soy rey, ni me llamo ya don Ramiro; soy solo un gran pecador que viene á pedir os absolucion de sus culpas.

—Decís bien, hermano, respondió el abad sentándose al propio tiempo. Quienquiera que seais, poco importa ante el tribunal de Dios. Acercaos, acercaos mas para que nadie nos oiga.

Y el abad y el penitente hablaron bajo por largo espacio de tiempo; gemia éste de cuando en cuando: oianse voces como de reprension de aquel, pero nada mas que eso.

Muy grande debió ser uno de los pecados, porque el abad alzando la voz de suerte que casi podia oirse en toda la iglesia, dijo:

—Y qué, hermano, aun osais decir que la amais?

—Padre mio, sí; la amo todavía con toda mi alma: es un ángel. Ah! Es imposible verla y hablarla sin sentir por ella el amor que yo siento.

—¡Pecador! le interrumpió el abad. Mirad que estais ante el tribunal de Dios.

—¡Oh, perdon, perdon! replicó el monje sollozando. Ha sido por mucho tiempo compañera de mis desdichas, y es madre de mi hija. Yo me he separado ya de ella para siempre; yo no he de volver á verla mas.

—No basta, continuó el abad. Procurad tambien apartarla de vuestra mente, y no acordaros mas de ella para ser agradable á Dios.

—¡Temo, padre, que me sea imposible olvidar-la! ¿No os he dicho tambien que es la madre de mi hija?

—Bastará que lo deseais sinceramente para que Dios os perdone y os ayude con su poderosa proteccion á olvidarla.

—Pues yo lo desco, padre.

—Bien, bien. ¿Y estais verdaderamente arrepentido de todas vuestras culpas?

—Sí lo estoy, sí lo estoy, padre mio. Diera mil vidas si las tuviera por no haber cometido la menor de ellas.

Pues entonces, dijo el abad, bien podréis entrar en la gracia de Dios mediante mi absolucion espiritual.

Confesor y penitente hablaron por largo rato todavía, y al cabo aquel levantándose pronunció con

voz solemne la absolucion, tanto que llamó la atencion de los circunstantes.

Un momento despues el monje benito salió de la iglesia y del monasterio y se encaminó de nuevo á Huesca.

En una de las primeras calles dejó á los dos escuderos que le acompañaban y se entró solo en la iglesia antigua de San Pedro el viejo, que así se llamaba en tiempo de la conquista por los años 1094 de Cristo.

—No basta, continuó el abad. Procurad tambien apartarla de vuestra mente, y no acordaros mas de ella para ser agradable á Dios.

—Temo, padre, que me sea imposible olvidar-la! ¿No os he dicho tambien que es la madre de mi hija?

—Bastará que lo deseais sinceramente para que Dios os perdone y os ayude con su poderosa proteccion á olvidarla.

—Pues yo lo desco, padre.

—Bien, bien. ¿Y estais verdaderamente arrepentido de todas vuestras culpas?

—Sí lo estoy, sí lo estoy, padre mio. Diera mil vidas si las tuviera por no haber cometido la menor de ellas.

Pues entonces, dijo el abad, bien podréis entrar en la gracia de Dios mediante mi absolucion espiritual.

Confesor y penitente hablaron por largo rato todavía, y al cabo aquel levantándose pronunció con



Y con efecto, este matrimonio se verificó, y los años adelante fueron famosos por España y por todo el mundo el rey don Berenguer y la reina doña Petronila: hombre aquel de gran valor y cordura,

modelo ésta de esposas y de reinas. Aragon y Cataluña juntos por enlace tan feliz, formaron aquel poderoso estado que dió al mundo tanta envidia con sus leyes, y tanto pavor con sus armas y conquistas.

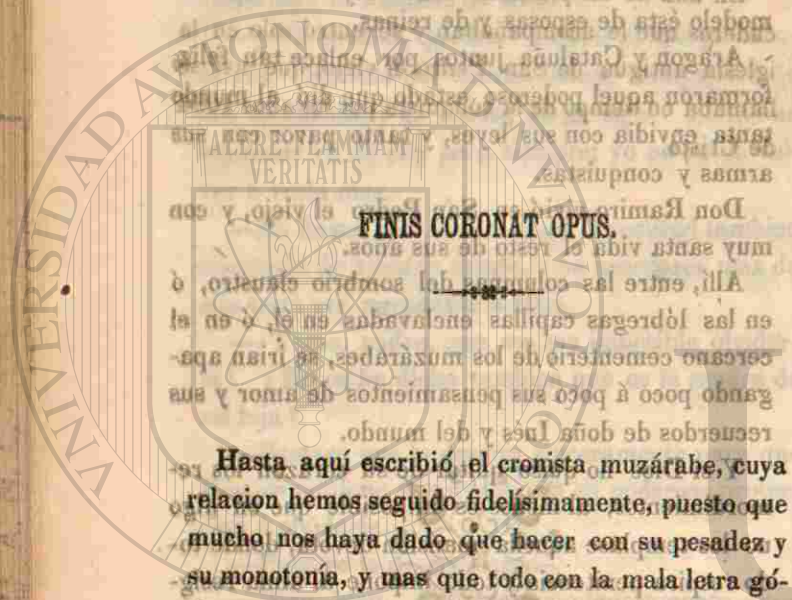
Don Ramiro vivió en San Pedro el viejo, y con muy santa vida el resto de sus años.

Allí, entre las columnas del sombrío claustro, ó en las lóbregas capillas enclavadas en él, ó en el cercano cementerio de los muzárabes, se irian apagando poco á poco sus pensamientos de amor y sus recuerdos de doña Inés y del mundo.

Hasta aquí escribió el cronista muzárabe, cuya relacion hemos seguido fidelísimamente, puesto que mucho nos haya dado que hacer con su pesadez y su monotonía, y mas que todo con la mala letra gótica en que hemos hallado escritos sus pergaminos.

Gran trabajo nos ha costado tambien y mucho el traher, y compulsar, y revolver libros por acá y por allá y el recoger detalles y pormenores sobre el fin de algunos de los personajes que han figurado en esta crónica.

La princesa doña Petronila, que á la sazón contaba dos años de edad, quedó bajo la tutela del conde don Berenguer de Barcelona, despues de tratado con éste que contraería matrimonio con ella en tiempo oportuno.



Y con efecto, este matrimonio se verificó, y los años adelante fueron famosos por España y por todo el mundo el rey don Berenguer y la reina doña Petronila: hombre aquel de gran valor y cordura, modelo ésta de esposas y de reinas.

Aragon y Cataluña juntos por enlace tan feliz, formaron aquel poderoso estado que dió al mundo tanta envidia con sus leyes, y tanto pavor con sus armas y conquistas.

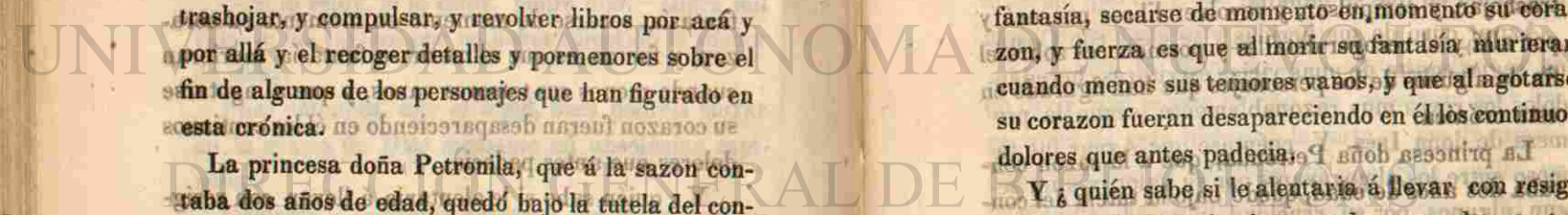
Don Ramiro vivió en San Pedro el viejo, y con muy santa vida el resto de sus años.

Allí, entre las columnas del sombrío claustro, ó en las lóbregas capillas enclavadas en él, ó en el cercano cementerio de los muzárabes, se irian apagando poco á poco sus pensamientos de amor y sus recuerdos de doña Inés y del mundo.

Y si Dios no quiso quitar de su corazón los remordimientos, al menos es imposible que en algo no los templase aquella mansión devota, donde todo respira penitencia y todo impone al alma resignacion y silencio.

Allí sentiria acortarse de instante en instante su fantasía, secarse de momento en momento su corazón, y fuerza es que al morir su fantasía, murieran cuando menos sus temores vanos, y que al agotarse su corazón fueran desapareciendo en él los continuos dolores que antes padecía.

Y ¿quién sabe si le alentaria á llevar con resignacion su infortunio el recuerdo por todas partes escrito en las piedras del muro y en las losas del pavimento, de los infelices cristianos que allí iban



á llorar su cautividad y miseria en los dias que poseyeron á Huesca los sectarios del Islamismo ? Como Dios les favoreció al fin á aquellos sacándolos de las manos de los infieles, podia favorecerle á él librándole del peso de su vida antigua.

Murió al fin; murió don Ramiro sepultado entre aquellas piedras de San Pedro el viejo, sin que nadie pueda decir cuáles fueron sus postreras palabras, ni sus esperanzas postreras, ni á quien iba encaminado el último de los pensamientos humanos que ocuparon su mente, ni el último de los suspiros que por humano sentimiento salió de sus labios. Sus hermanos recogieron su cadáver envuelto en bayetas y con el silicio puesto todavía, y vaciaron el sepulcro de un héroe romano hallado entre los restos de la grande Osca de Sertorio, y dentro de él lo depositaron. Allí ha permanecido olvidado por muchos siglos, hasta nuestros años, en que los versos inmortales de un gran poeta y la humilde prosa mia se han ocupado en dibujar su persona.

De su esposa doña Inés se sabe que vivió muy santamente lo que le quedó de vida, sin olvidar un momento á su esposo; mas sin quejarse por eso del abandono en que se hallaba.

Aznar curó de sus heridas y se casó con Castana, segun consta de unas viejas escrituras, heredándolos los reyes muy razonablemente, segun la promesa de doña Inés. Y cuéntase que Aznar fué famoso entre los almogávares por su valor, y aun, segun algunos, por su crueldad, y que dejó muchos hijos que no desmintieron del padre, los cuales en-

gendraron á otros que fueron de los mas nombrados en las campañas de Italia y en la expedición á Oriente contra turcos y griegos. Mas conviene saber que Aznar, á pesar de su crueldad, trató amorosísimamente toda su vida á Castana, y que ésta fué tan feliz como él, como merecia serlo.

Del fin de Fortuñon y los demas almogávares nada hemos podido averiguar, aunque es de creer que perecieran, como casi todos los de su laya, en alguna lid contra moros, ó despeñados por algun precipicio, ó enterrados en la nieve de la montaña. Ni tampoco hemos llegado á saber cosa alguna del buen monje Gaufrido, al cual sacarian sin duda del zaquizami donde le metió Aznar, tan en contra de su voluntad, y volveria de nuevo á su convento, fiándose menos que solia de persona que le llamase para ejercitar sus letras, y casi nos atrevemos á asegurar que en muchas ocasiones recordaria la escena con el almogávar, echando á un tiempo de menos algun diente de los que le saltaron al golpe tremendo que recibió, y aquellos sueldos jaqueses tan prometidos como mal pagados.

Pedro Fivallé tuvo un descendiente harto mas atrevido que él, y que ha dejado memoria en Cataluña de esforzadísimo patricio.

Del abad de Mont-Aragon, algo tambien se ha de decir, que puesto que no sea personaje muy importante de esta historia, la fortuna nos favoreció deparándonos el hallazgo de una hoja suelta en pergamino, que contiene curiosas noticias. El hallazgo fué en una tarde del último Setiembre, en la

cual andaba yo visitando, en compañía de un cierto amigo mio las ruinas de Mont-Aragon. Debajo de una gran torre de piedra, que permanece intacta y que al parecer sirvió de campanario, hay una habitacion que debió ser la sacristía, con labores góticas de buen gusto.

Piérome la curiosidad aquella sacristía, y mas las labores, porque la iglesia, aunque tan antigua, como restaurada despues en tiempos de gran corrupcion, no muestra cosa alguna respetable y digna de atencion por su antigüedad ó por su mérito artístico.

Entramos en la sacristía, no sin gran dificultad, porque estaba á medio tapiar y llena de escombros, y de entre ellos alzó mi amigo, que no yo, la hoja á que me refiero, desprendida sin duda de algun librote que por allí anduvo.

En aquella hoja se contaba que en el año no sé cuántos, porque estaba muy borroso, de la era de Mont-Aragon, estuvo el rey don Ramiro á confesarse y recibió la absolucion de mano del santo prelado Fortuñon, abad de la casa; y que en éste hizo tanta impresion aquella conferencia, que mientras le duró la vida no dejó de arrodillarse un solo dia en el claustro á la propia hora en que se verificó, orando muy devotamente por la salvacion del rey monje.

¡Dios haya oido al santo prelado!

FIN.

1-96-92.

INDICE.

INTRODUCCION..... 1

CAPITULO PRIMERO.—Que trata de una famosa ceremonia que se celebró en Huesca en el dozeavo siglo de nuestra era..... 13

CAPITULO II.—Donde se prosigue la materia del anterior, con un maravilloso suceso..... 18

CAPITULO III.—Que doña Inés de Poitiers se halló cuando menos lo pensaba con que ni era casada, siéndolo; ni viuda, puesto que no lo era; ni soltera puesto que habia dejado de serlo..... 24

CAPITULO IV.—Donde se da cuenta de cierta expedicion que hizo un monje benito á un monasterio, para acallar escrúpulos de su conciencia..... 36

CAPITULO V.—Que no hace mas sino proseguir la materia del anterior..... 46

CAPITULO VI.—Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algunos nudos y oscuridades que dejan de sí los precedentes..... 57

CAPITULO VII.—De una plática sentencial que pasó entre el rey don Ramiro, de buena memoria, y la reina doña Inés de Poitiers..... 66

CAPITULO VIII.—Que sirve para dar tiempo al

INDICE

tiempo y ocasión á que vengán otros inauditos sucesos. 123

CAPITULO IX.—Donde se vé que los ricos hombres de aquella edad no eran tan bien sufridos como estos que andan ahora. 128

CAPITULO X.—De cómo Aznar Garcés era hombre que solia hallar todas las puertas abiertas, con otros curiosos sucesos. 131

CAPITULO XI.—Donde comienzan las pláticas y aventuras del valeroso caballero don Ramiro de Aragon, y su escudero Aznar Garcés. 102

CAPITULO XII.—Que es si no de los mas largos, de los mas singulares que haya en esta historia. 112

CAPITULO XIII.—Muéstranse en él, tan bien como en cualquier libro de filosofía, algunas cosas raras del espíritu humano. 119

CAPITULO XIV.—En el cual se narra una grande y descomunal batalla, que no fuera para creída si de tan autorizado conducto no nos viniera, como es el cronista de esta historia. 130

CAPITULO XV.—Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas. 144

CAPITULO XVI.—Donde se preparan y entreveen muy de antemano los sucesos que andando capítulos han de poner fin á esta historia. 155

CAPITULO XVII.—Cómo es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada. 166

CAPITULO XVIII.—Que Aznar no dejaba de acudir á las citas que le daban las mujeres. 178

CAPITULO XIX.—Que Aznar Garcés sabia fundir campanas de muy espantable sonido. 187

CAPITULO XX.—Donde se continúa en algo la materia del anterior, y así como al descuido se

CAPITULO XXI.—Donde se continúa en algo la materia del anterior, y así como al descuido se

INDICE

aclaran sucesos no bien esplicados hasta ahora. 197

CAPITULO XXI.—El cual seria de gustosa lectura para las mujeres sensibles, si el cronista de esta historia hubiera sabido de mejor manera relatarlo. 208

CAPITULO XXII.—Que el espíritu es fuerte, pero débil la carne, es lección de un padre de la Iglesia, que no deja de hallar aquí algun apóyoy ejemplo. 219

CAPITULO XXIII.—Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba, estuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca. 227

CAPITULO XXIV.—Que trata principalmente de cosas místicas: es notable por ser el último de todos. 237

FINIS CORONAT OPUS. 244

CAPITULO XIV.—En el cual se narra una grande y descomunal batalla, que no fuera para creída si de tan autorizado conducto no nos viniera, como es el cronista de esta historia. 130

CAPITULO XV.—Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas. 144

CAPITULO XVI.—Donde se preparan y entreveen muy de antemano los sucesos que andando capítulos han de poner fin á esta historia. 155

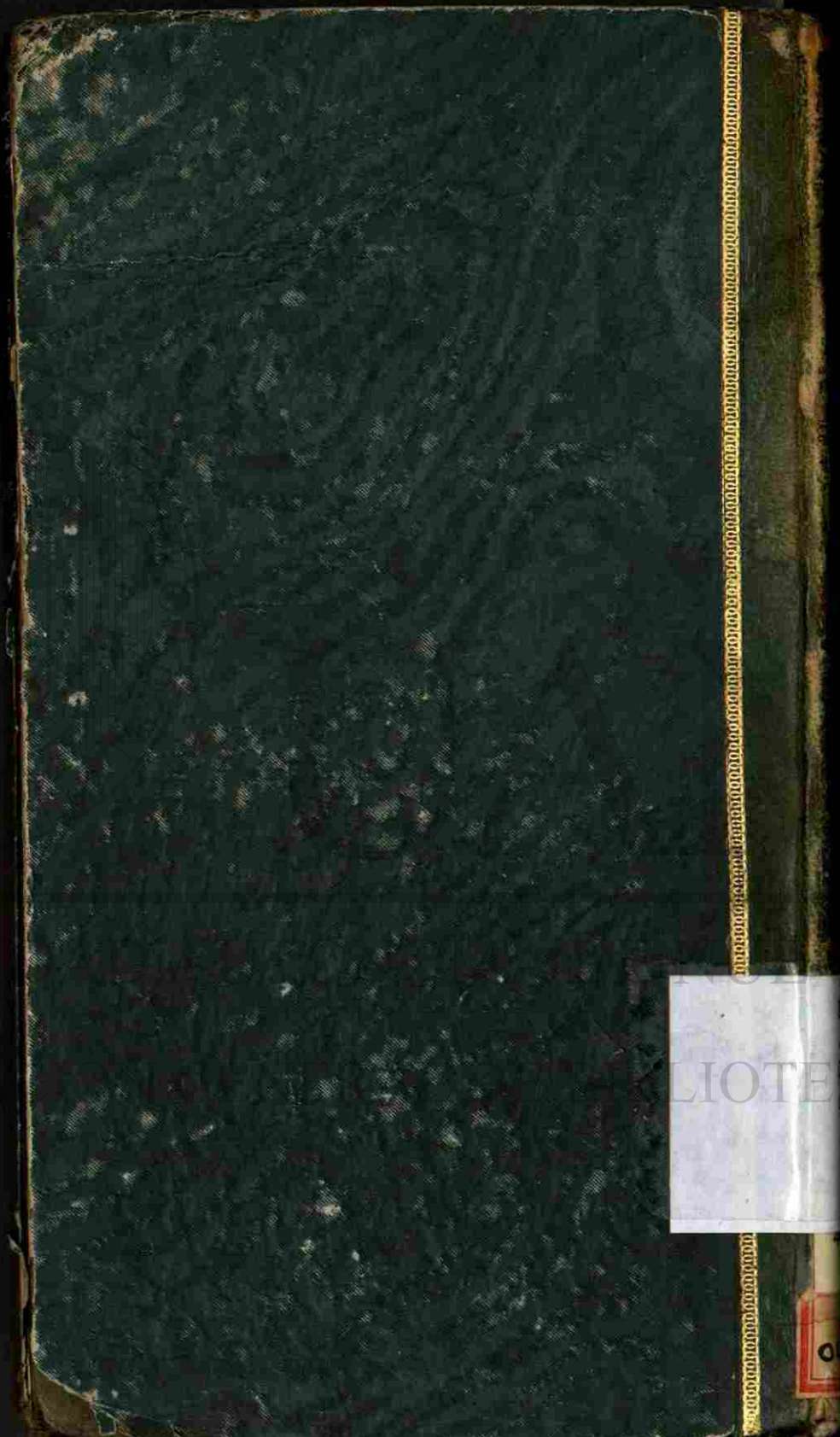
CAPITULO XVII.—Cómo es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada. 166

CAPITULO XVIII.—Que Aznar no dejaba de acudir á las citas que le daban las mujeres. 178

CAPITULO XIX.—Que Aznar Garcés sabia fundir campanas de muy espantable sonido. 187

CAPITULO XX.—Donde se continúa en algo la materia del anterior, y así como al descuido se





LIOTE

9